



Imaginario a Damján

Bárbara Asela



Imaginario a Damián

Bárbara Asela

Labná

1

Damián, escribí esta carta para decirte que aquella vez que te vi, no logré apartar de mí la imagen del hombre quien se detenía a tocar la armónica frente a la casa verde. Te vi Damián, la mitad desnudo, descalzo, miraba tu vientre abultado, tus muñecas gordas, tus dedos con las puntas a medio reventar. Ahí estabas, inhalando y exhalando el humo que empañaba la claridad de los colores de la noche.

Las hormigas trabajaban, iban y venían con trocitos de hoja recién cortados soltando minuciosamente su frescor entre las diminutas tenazas, bajo la luz de las estrellas; ahí también estaban los caracoles estirando los ojos, buscando la humedad para llevar hacia allá sus cuerpecillos. Damián, ahí estabas, en medio de todo, arrugando el entrecejo pensando y pensando... Ya no quería saber, ni entender lo que pensabas, solamente me enroscaba en el silloncito mugroso de tu casa verde y trataba de discernir la claridad de los colores de la noche.

Los gatazos aullaban como lobos, pleiteaban como perros callejeros defendiendo un pedacito de carne, se arrancaban el pelo de los hocicos, de las colas, de las orejas, se hacían cosas feas, hasta ya no poder más e irse gimiendo. Subías la mano para recargar la barbilla, sacabas más el vientre para acomodarte y permanecer más tiempo de pie, ahí, sin moverte... Los grillos estridulaban entre los huecos de la pared y el suelo de piedra, buscaban esconderse entre las ramas que caían de la enredadera, querían entreverarse, perderse, cantar duro, y desaparecer... los había visto de día, sin estridular, cientos de veces, tan pardos ellos, me hacían sentir muy acompañada. Ahí las polillas, las ratas, el avispero amenazando desprenderse con el viento; ahí los colibríes de plumas lustrosas, chispeantes con la luz de las estrellas, venían a meter sus picos dentro de las buganvilias, no se cansaban de beber el néctar, cuando había luna se veían áureos, pero en realidad eran de un verde y guinda muy intensos. Las hojas secas regadas por todas partes, sintiéndolas crepitar bajo las suelas.

Hacía tiempo pasaban los músicos por enfrente de tu casa, cantaban y tocaban, pero te he de confesar... me gustaba más como sonaban las hojas secas

bajo las suelas. Amaba el sol secando las hojas. El astro enjutaba la piel, marcaba el ceño, hacía enflaquecer cada día ajando el alma y las manos. No hacía nada Damián, ah... solo decapitar los dientes de león con una soplada. Ahí el estanque, con las baldosas invadidas de musgo, el estanque abandonado, con hojas y flores caídas.

“¿Estará helada la noche?”, me preguntaba. Estaba tan sola la noche, no tenía ni siquiera un recuerdo, estaba inmersa en sus colores de noche: azules, negros, violetas, plateados; estaba entre sus animales, las lombrices esperando la lluvia para salir de la tierra, las catarinas, los inesperados murciélagos estampándose en los cristales de las ventanas. No me esforzaba más, solo me enroscaba y te veía, suspendido entre la diamantina cayendo a pausas desde el cielo. No cesaba, aquella imagen no tenía final: ahí estabas, con la quijada recargada en una palma, pensando, arrugando el entrecejo, parpadeando a veces.

Ahí venía ella, sin tocar el piso, con el cabello grasiento, liso, cayéndole en la frente, con los huesos levándose a pesar de su voluntad. Venía ella con una palmatoria en la mano negra, encima la vela apagada antes del inicio del siglo XXI. Sería mejor recordarla con la vela de la palmatoria encendida.

“¿A qué hora entraras a casa...?” Estaría harta y me quedaría dormida. No aguantaba tus desveladas, ni el humo del cigarro, prefería ir a dormir, soñar con el hombre de la armónica. Sin embargo, los gatos maullaban más fuerte, la armónica no me quitaba de la cabeza la riña de los gatos allá afuera, aquello me ponía los pelos de punta.

Un día salí a ver el pleito y me encontré con los ojos del músico, de ahí emanaba una miel como la del avispero, brotando como si fuera una fuente infinita. El músico y el cantante venían de abajo, subiendo por toda la banqueta, tocando sus instrumentos mientras los gatos se estaban peleando.

2

Venían cansados, sedientos, el cantante hablaba más que el otro. Me vieron, asomando medio cuerpo a la calle, pensaron los buscaba a ellos, pero en realidad me dio por merodear el escándalo de los gatos, no ubicaba de dónde venía el

ruidero, si de atrás de la casa, de enfrente o desde el patio de alguna casa de al lado, por eso salí. Yo estaba ciñéndome al cuerpo aquel vestido-bata para dormir, evitando me entrara el sereno de la noche, no fue posible evadir el contacto con ellos, así, con la mano izquierda seguí ciñéndome el vestido y con la derecha me alisé el cabello, sonreí por cortesía y me arrepentí de haber salido.

Había viento paseando las hojas y las flores secas en la calle, llevándolas de un lado para otro. Ellos tampoco podían escabullirse sin saludar, no podíamos ignorarnos, quedamos mirándonos las caras. “Buenas noches”, dijo el que cantaba, mientras el otro se despegó la armónica de los labios y movió la cabeza hacia atrás asintiendo, sin hablar, el saludo de su amigo para mí. Me dieron una especie de confianza, de cercanía, más el de la armónica. “¿Quieren agua?”, esto lo dije, pero en realidad pensé que era demasiado tarde para andar vagando; el cantante quien traía un sombrero negro de alón, dijo sí, y en un momento el de la armónica se acomodó recargándose en la barda para esperar yo entrara por los vasos con agua; al cantante le vi intención de entrar, pero al ver la actitud de su compañero se acomodó afuera también.

Dejé abierto y fui por el agua, pero antes fui a ponerme sobre el vestido-bata el suéter abotonado azul pizarra, aquel que me llegaba a las piernas, entonces me dirigí a la cocina en penumbras y serví el agua, atravesé el patio y sin poner los pies afuera del portón les acerqué los vasos, los dos me dieron las gracias. Esperé que bebieran, después pregunté:

“¿Para dónde van?”, el cantante dijo estaban creando su música y letra andando por las calles de la ciudad, pero esta vez se les había hecho de madrugada, ya no había transporte y debían caminar. “Bueno, ya no tarda en amanecer y el transporte público comenzará a circular. Es riesgoso seguir hacia donde iban, las calles más arriba son menos seguras. Podrían quedarse en el patio. A mí no me molesta, ni a la gente de casa.” Eso dije, pero en realidad estaba sola, y dije lo de “la gente de casa”, por si mi confianza hacia los desconocidos estaba equivocada. Al concluir mi propuesta, el de la armónica miró al cantante, pero el cantante me miró directamente diciendo sí, sin buscar la aprobación del compañero. Mi confianza vino de inicio, me remordió hallarlos fiados de las calles y de la noche.

Entraron, cerré el portón con seguro. Decir que se quedaran en el patio fue un decir, porque en realidad pasaron de filón hasta la estancia y se acomodaron

adentro, pero eso sí, al lado de la puerta por la cual entraron, como sí los que corrieran peligro fuesen ellos, y no yo dando cobijo a dos desconocidos, como sea, hubiera sido un cargo de conciencia dejar a aquellos dos de madrugada en la calle. “No quisiéramos molestarla. Nos quedáremos por aquí sin hacer ruido, en cuanto amanezca nos vamos.”, dijo el cantante, tomando entre las manos su sombrero de alón, yo asentí y les señalé el sofá dándoles a entender podían ocuparlo para descansar, aunque no sé si podrían dormir, ni yo tampoco, ¿acaso había sido imprudente dejarlos entrar a casa?, no lo sabía.

Los dejé y entré a la habitación, esa, al lado de la que había sido de Damián, su habitación estaba al fondo del pasillo, daba frente a la estancia. Me acosté, cerré los ojos. “¿Te fijas en ese extraño?”, ya acostada me detuve a pensar en el hombre de la armónica, ¿...los había dejado pasar pues el hombre de la armónica me había parecido especial... o le advertí algo en la cara y en las manos... y comencé a conmovirme? Me había llevado a la cama su imagen, trastornándome un poco... de pensarlo cerca... ahí estaba él, en la estancia, “¿se habrá sentado o recostado?”, tal vez cuando se quedaron solos sintió algo de confianza... se le notaba receloso, y si se quedó, había sido por su amigo.

Los oí hablar, pero no alcanzaba a escuchar lo que decían... y es que en esa casa se alcanzaban a escuchar las voces, pero no las palabras, esto debido a que aquella casa era pequeña, pero de muros muy gruesos y techo alto, quizá las palabras se levaban y perdían... Solo dos habitaciones, más una biblioteca que de tamaño era la mitad de una habitación, la cocina con un reducido patio semi-techado con pileta y macetas, algunas colgantes, después la estancia, el baño de la habitación de Damián que permaneció cerrado, el baño del patio con tina, y el patio de piedra con estanque y su barda con enredadera que nos separaba de la calle. Los oía, cada vez más lejos... no, más bien ya no hablaban y era mi imaginación soñolienta.

¿Había asegurado la puerta de mi habitación?, aquella era mi habitación, la de los trebejos y documentos sin espacio en la biblioteca, “¿Aseguré la puerta? ay creo no... la aseguraré y se me irá el sueño”, pensaba casi dormida, los párpados me pesaban. Recordaba la visita de Bertha y las niñas, me encontraba cansada, ellas, las niñas, gritaron y saltaron toda la tarde, más Clemencia, Dolores era apacible y a veces miraba a la otra como si fuese una loca; cansada la tarde pues

además ellas, las niñas, salían a buscar gatos perdidos, y las acompañábamos. Aquella visita me había agotado, necesitaba dormir, pero... ¿cómo con aquellos dos en casa?, “¿a quién se le ocurre tamaña imprudencia?, si Bertha supiera me regañaría...”, esto pensaba, justo en el momento de cerrar los ojos, cuando la conciencia te dice lo mal hecho durante el día; terminé incorporándome para revisar el seguro de la habitación, en efecto, no había puesto el seguro. Me volví a ceñir el suéter al cuerpo para sentirme protegida, ya no podría pasarme nada con el seguro de la puerta y el suéter ceñido al cuerpo.

Regresé a la cama, me senté, luego me acosté enroscada, cerré los ojos; estaba muy despierta, parecía el cansancio cedía, parecía el pensamiento estaba siendo invadido. Sentía una gran curiosidad: “¿cómo estará él: sentado cómo, acostado cómo o levantado cómo?, ¿dormido?, ¿despierto?, ¿mirándolo todo?, ¿pensara que soy una señora que permite entrar a cualquiera a su casa?, ¿pensara en robar y huir?”, dejaría pasar un momento y saldría con el pretexto de ir al baño... “mejor no, ¿y si son malos...?”, entonces salir habría sido darles pie... “¡Qué más pie que haberlos dejado entrar a casa en medio de la noche! ¿Y si me vieron las hermanas de Fermín, su madre o él mismo?, ...ay no, imposible, en esa casa ya no vive nadie”. Pero mi curiosidad empezaba a magnificarse ante cualquier precaución. El hombre, quien tocaba la armónica, tenía algo...

Esperé un rato, abría y cerraba los ojos según fueran o vinieran los pensamientos. Comencé a sentir una especie de emoción, mejor me levanté sin hacer ningún ruido; me ceñía el suéter para prodigarme una impronta de seguridad, pero esto comenzaba a cambiar, algo intuía... una atmósfera diferente... de bienestar, de placer, mi cuerpo sentía un calor familiar, era la presencia del hombre de la armónica. Él, con algo en el centro del pecho que yo era capaz de saber, ¡me di cuenta de ello!, y me senté de tajo en la cama, recargando la espalda en la pared, abrazándome las piernas.

¿Quién era Damián entonces? La cabeza del diente de león, el sereno de la madrugada... Damián no era nada, Damián no estaba, Damián no había existido. Allí estaba, al lado de la mía, su habitación, su casa verde, su acta de nacimiento, sus documentos biblio y hemerográficos, sus macetas, sus gatos, aquella materialidad probaba su preliminar existencia. No sentía nada, solo la imagen donde él aparecía no tenía final, esa imagen no me abandonaba.

Se escuchó el ruido de la puerta, me emocionó pensar despierto al hombre de la armónica, pero siendo así no podría verlo dormir. Podía salir y encontrarlo de frente, o esperar durmiera para salir y mirarlo dormido. Esperé. Dejé transcurrir más de media hora, cuidadosamente salí de la cama y abrí la puerta de mi habitación, iba descalza, apenas quería tocar el suelo, junté mi cuerpo a la pared del pasillo del lado izquierdo para que nadie me advirtiera iluminada por la luz entrante de la calle, pues las ventanas de techo a suelo nunca tuvieron cortinas, me untaba el suéter a la espalda y a la cadera. “¿Qué hago si me quieren lastimar?, gritar, correr, salir de ahí, pero son dos...”, pensaba esto mientras la emoción de ver al hombre de la armónica llenaba mi sangre. ¡Un ruido!, venía de la penumbra de la estancia, detuve mis pasos, un segundo después los latidos de mi corazón se hicieron más fuertes, más veloces, como si mi pecho fuese un instrumento de percusión.

Entreabrí los labios y paralicé los ojos...

3

Salió de la penumbra más oscura, y su cuerpo se iluminó con la luz proveniente de afuera. Tenía la cara un poco echada hacia atrás, la mirada fija, los brazos sueltos a los costados, las piernas entreabiertas. Me quedé ahí, como fosilizada, atrapada.

4

—Hazme cosquillas... —me pidió Clemencia.

—Con suavidad Loli, es pequeño—sugirió Bertha a su hija cuando acariciaba al gato.

—¿Así mamá? —preguntó la niña.

—Sí. —Asintió Bertha.

—¿Qué te pasa? —me preguntó la hermana de Damián.

5

Me tomó de la nuca con la mano derecha, y la izquierda la deslizó por mi cintura, acercando a mi oído, su boca... para decir, nada...

6

—...

—¿Qué te pasa? —insistió Bertha, dibujando una lúdica sonrisa.

—No me pasa nada, estoy soñando—respondí.

7

Sentía sus manos pesadas, precisas. Sus labios en mi oído, en mi mejilla. Él sentía el dinamismo de mi corazón y de mi imaginación, pero se mantenía estoico, con el cabello despeinado, los ojos semiabiertos; no quise mirar más, hubiera sido condenarme. Subí la mano izquierda y tomé su muñeca, ahí estaba su pulso, empezaba a haber una revolución en su abdomen, un contagioso calor salía de su ropa, volviéndose aquello una lumbre; trataba de pegar sus muslos a mí, su cadera, su pecho. Quería saber de sus manos, del grosor de sus muñecas, de los antebrazos, de los brazos, de la redondez de los hombros perfectos y, sobre todo, dejarme llevar por aquel prodigioso olor a vivo. Lo halé hacia mí, llevándolo al cuarto de Damián, donde la cama era grande, al abrir la puerta salió despavorida una polilla negra. Se quitó la chamarra de cuerina, y se desabotonó la camisa azul pizarra que yo le quité. Estábamos aún más a oscuras, la luz natural y artificial de la noche llegaba menos en esa habitación. Metió las manos debajo de mi vestido y subí las piernas hasta su torso, su cuerpo se venció y cayó sobre mí, entonces buscó mi boca para besarme, yo lo tomé del cuello. Me sudaban los párpados, mi cabello se revolvió, había entendimiento... tomé entre mis dedos su cabello casi lacio. Era un regocijo, sentirme bajo el vestido, desnuda.

Como medusa tornasol, corriendo de una pieza entre los miembros del agua.

“La muerte está más cerca de lo esperado, la muerte es lo más finamente hilvanado a la vida.” Pensé. Me corrió un llanto profundo por fuera, en las mejillas, y por dentro, en la garganta, me llegaba hasta el pecho: me había enamorado con fervor, jamás podría olvidar el momento recién terminado... “La muerte está aquí, entre mis dedos; la muerte presente, grave, todo lo invade, por nada ni nadie se detiene; la vida no es nada, la vida cuesta, amar es letal, y el tiempo es inclemente.”

Volví a mi habitación, necesitaba recogerme para terminar de sentir. El hombre de la armónica se quedó acostado, la mitad desnudo, las piernas colgando de la cama, los brazos a los costados, rendidos, puesto así miraba el techo; le emparejé la puerta. Me enrosqué en mi cama, con el impacto de las recientes sensaciones pinchándome como si fueran las puntas de millones de alfileres de oro; apretaba los ojos y me apretaba las piernas con los brazos juntándolas a mi pecho, no quería aquellas sensaciones escaparan, buscaba retenerlas. Quería morirme ya, y volverme eterna en lo que me había pasado, para no dejar de sentir lo sentido. Pero había pasado ya...

Fui al baño apresurada, sin mirar nada atravesé la estancia, salí y entré al cuarto de baño, a oscuras, con la tina reluciente tallada ese día por Bertha. Me subí el vestido y me senté, el líquido estaba hirviendo y al salir me hizo gritar, pero me tapé la boca, no pude evitar morderme la palma de la mano; tuve miedo de sentir tanto, me corría electricidad, no lo soporté y se me cayó la cabeza sobre las piernas. Me repuse y me incorporé. Ya no era la misma, un instante había bastado para cambiar la vida. Regresé a mi habitación, no quería saber nada más, creo no importaba si ese hombre se fuera sin siquiera despedirse, y así fue, al otro día ya no estaba, ni tampoco su amigo.

Gocé la soledad... quería recordar a detalle, sin permitirme olvidar nada: desde no sabiendo lo que iba a ocurrir decidí salir a ver si podía desbaratar el pleito de los gatos, y luego ellos, los músicos, viniendo hacia arriba por toda la banqueta...

Por la noche llené la tina, me sumergí en el agua caliente un largo rato hasta sentir la presión baja, me reía por todo, no podía apartar de mi pensamiento ni de mis sensaciones lo vivido el día anterior. Recordaba las manos de mi amante, su impulso y la gravedad con las que me había tocado. Al salir del agua me sequé, aún entre el vapor, me vestí con el mismo vestido y encima el mismo

suéter; salí del baño y fui a la cocina para servirme un té, lo tomé ahí, sin encender la luz, como era mi usanza, gustaba de habitar en la penumbra, siempre con la luz entrando desde afuera, de la calle, del cielo, y eso era suficiente.

¿Hubiese sido una locura asomarme a la calle, fingir era el día anterior, y estar en la víspera de ocurrir lo inesperado en mi vida? Mi vida era... beber infusiones, revisar libros y documentos, barrer las hojas de la buganvilia, recibir la visita de Bertha y las niñas, ir por pan antes de oscurecer y coexistir con las sombras. Si, sería excesiva locura, además me haría daño serenarme, sobre todo después del baño. Me quedé mirando hacia el patio unos minutos, cuando sentí una presencia. En esa casa pasaban cosas raras, con el paso de los años yo dejé de andar temerosa, escondiéndome de nada en concreto, pero esta vez era muy claro, algo estaba ahí, conmigo. De pronto se oyó un ruido, allá en el cuarto de Damián, no fui a ver, me convencí... era esencial seguir soñando la noche anterior.

8

Lo que me sucedía no se parecía a nada, quería reírme a carcajadas, morirme para no dejar de sentir. Pasaron días, yo seguí ahí, hechizada y sin salir, ¿cuánto duraría aquello?, "...viva, duraría poco, muerta, sería infinito", creí. No moriría, era solo un pensamiento y me atraía imaginarlo: si moría todas aquellas sensaciones serían para siempre, de ese para siempre prolongado después de la vida.

Había fantasmas en esa casa, iban y venían. Los fantasmas no necesariamente era la gente que moría y regresaba, había fantasmas de gente viva, como si una parte de la gente viva se quedara ahí, atrapada, era entonces cuando se sentían las presencias:

el latir de corazones,
 el ritmo de las respiraciones,
 lo vibrante de los intestinos,
 el estertor del hipo
 y el chasquido de las articulaciones...
 todo, apenas perceptible
 ...afinando el oído, se escuchaban hasta palabras y suspiros, risillas aguan-

tadas, casi insignificantes; y afinando más, se sentía el rozar de la ropa, el calor del costado, el olor de la boca. Era mejor no hacer caso, yo seguía: preparándome el té, mirando la lluvia, barriendo el patio, leyendo, acordándome de cosas.

El hombre de la armónica y el cantante se iban a presentar en una casa-café cerca de la casa verde, caminando algunas calles abajo. Vinieron a invitarme, días después de conocernos, me dejaron un volante.

Soñaba mucho, me gustaba dormir solo para soñar...

Soñé un río... corría y se detenía en una amplia represa de agua, para después seguir corriendo. Venía yo de una casa amarilla, espaciosa, caminando por la ladera hasta dar con el río estancado en una parte, hacían sombra unos árboles bien altos, pero los árboles estaban del otro lado, no del lado de donde yo venía. Observé la masa de agua y desde metros atrás tomé vuelo para lanzarme. Allá adentro sentí la gravedad de mi cuerpo halarme hacia abajo con fuerza, después la pujanza del agua me expulsó a la superficie, las burbujas me acariciaron el cuerpo, en ese momento la imagen del hombre de la armónica vino a mí. Ahí estaba él, abrazándome en el agua, su cuerpo aferrado al mío con piernas y brazos, durante esos pocos segundos antes de salir a la superficie. Salí, y el cabello me quedó pegado y liso en la espalda, me sentía glorificada. Nadé hacia donde estaban los árboles altos, para recargarme y permanecer en algún remanso; ahí quedé, observando al frente un puño de gente acercándose de aquel lado, oí hablaban sin saber que decían, no sé a qué venían.

Así fue mi sueño. Al despertar percibía bienestar, respiraba y el aire se introducía mejor en mi interior. Recordé mi sueño, pero antes me conmovieron las sensaciones que ese sueño me había suscitado. Me estremecí.

Iría a escuchar al hombre de la armónica en aquella casa-café, ubicada a unas calles abajo de la casa verde...

El tiempo transcurría ralentizado, mientras yo siempre hacía las mismas cosas: levantarme al clarear el cielo, ponerme el suéter o acaso con suéter me había dormido, regar las macetas, sentarme al bordecillo del estanque seco, hacer dibujos, escribir, recordar a Damián durante el día con las diferentes luces del cielo aluzando la casa, hacer siestas largas, despertar ya casi anocheciendo o ya de noche por el canto azorado de los grillos, bañarme... solo algunos días. Había escasos días desiguales, como cuando venía Bertha con las niñas, o cuando debía ir por dinero.

Iría a la casa-café...

Aquel día me levanté tarde, no podía dormir de madrugada recordando cada instante la noche del hombre de la armónica, no podía conciliar el sueño, ni dejar de estremecerme, pensaba en él, pues iba a verlo en el anochecer de ese día.

Al salir de la casa-café ya era tarde, y empecé a correr calle arriba ciñéndome el suéter al cuerpo. Comenzaba a lloviznar, si me apuraba llegaría pronto a la casa verde, me haría un té. No veía bien el suelo, los postes de luz estaban intermitentes, no me detenía a pesar de los tropezones, iba corriendo.

—¡Oye! —Me gritaron.

Tuve miedo y me alejé. La lluvia se volvió densa, alguien empezó a correr tras de mí, el corazón iba a reventarme. Me alcanzó, me tomó del cabello. Se escuchaba música en alguna casa de por ahí, en eso se soltó el aguacero. Él me atrajo hacia su cuerpo, acercó sus labios a mi cara, siendo así me soltó y se fue. Yo quedé en la banqueta, mientras el agua comenzaba a correr calle abajo y se escuchaba su avance, sentí los pies mojados, me entró agua en los zapatos. Era el hombre de la armónica, quien se había acercado y se había marchado. Entonces lloré y maldecí. Mi corazón de reventar, casi se detiene en seco de la desilusión. Me fui mojándome, iba despacio, presentí me enfermaría y me encerraría en casa, no saldría en mucho tiempo.

Nada más fulminante para los sentidos que el amante arrepentido... “Esta madrugada pasará también”, pensé resignándome. “¿Y si no fue el hombre de la armónica?”, me pregunté, después de todo no lo había distinguido bien, la luz de la calle estaba intermitente, además no lo escuché tocar su música, se hizo tarde y ellos -músico y cantante- no salieron al escenario, por eso me fui. Salí corriendo, y la llovizna apenas venía. Me pegué el suéter al cuerpo, cubriéndome de la humedad, aceleré el paso y de pronto escuché unas pisadas aproximarse.

—¡Oye! —me gritaron.

Pero yo seguí, no me detendría en seguida, no le demostraría mi impaciencia por encontrarlo a solas. Entonces seguí. Su osadía fue tal halándome del cabello, no supe qué pensar y sí que sentir... Acercó su boca a mis mejillas, y mi corazón ya no estaba en el pecho, se había subido a mi garganta echando sangre de a puños, cerré los ojos. Empero él se fue, me dejó parada en la banqueta, y...

odié. Me fui dando tumbos a las paredes, arrancando las hojas de las enredaderas mojadas, llorando de rabia. Era él, el hombre de la armónica, estoy segura.

“¿Estás segura?, no quisiste ni ver quién era, por orgullosa, por soberbia, no fuera a pensar que estás loca por él.”, hablaba conmigo misma. Tal vez no era él, pero se parecía.

—¡Oye! —me gritaron.

Y no supe qué hacer, si detenerme o seguir. Me quedé paralizada, no podía irme sin ver al hombre de la armónica y esa voz podía ser de él, no lo creo, él se estaba preparando para salir a tocar, acompañando al del sombrero, siendo así sería alguien más... y yo ahí... en medio de la noche, en medio de la calle, se escuchaban los rumores de una fiesta, eso significaba gente cerca, cualquier cosa yo gritaría fuerte, armaría un escándalo, lo mejor era irme sin voltear, seguir, bajar de la banqueta, correr por donde los carros. ¿Qué tal y me seguían hasta la casa de Damián? De repente sentí una mano tibia en la cabeza, he dicho ¡en la cabeza!, cerré los ojos y él había quedado frente a mí, sentí y reconocí el aliento, la calidad de su cercanía, era él, el hombre de la armónica. Y se fue. Yo quedé allí y me abracé, untándome más el suéter al cuerpo, la humedad ya había repercutido en la tela.

Llegué.

Miraba el techo cerrando los ojos de vez en vez, suspiraba, gustaba de la tibieza, en los pies, las piernas, los brazos, estaba bien. Parece afuera seguía la llovizna y la luz del cielo y de la calle iluminaba los charcos. Pensaba en el hombre de la armónica, quien había salido a encontrarme, mas no se quedó conmigo por falta de tiempo, tendría encima el turno para tocar su música, o no sé, había tantas personas ahí, seguro alguien estaría esperándolo.

Salí de la cama, colocándome encima lo que encontré y fui a la calle.

Lo esperé afuera del lugar, no podía haberse ido ya. Había unos cuantos carros estacionados, en algunos de ellos estaban un par de personas fumando y hablando recargadas en las cajuelas, o al lado de las puertezuelas. Me ubiqué por allí... él me vería. Quedé observando fijamente la entrada del lugar, ¿sería el único acceso? Ahí estaba el hombre de la armónica, ayudaba a subir algunos instrumentos a una camioneta negra estacionada, con las intermitentes encendidas, me erguí, así era más fácil que él me viera, salió otro hombre y otro más con

un par de bocinas en los brazos. El hombre de la armónica se incorporó y cuando levantó la mirada justamente me encontró, me hizo una seña levantando la mano, pidiendo lo esperara un momento. No me inmuté, solo lo miré. Volvió a acceder a la casa-café, saliendo unos segundos después con unos estuches que parecían ser de micrófonos, algunos mechones de cabello se le vinieron a la cara, y al inclinarse un poco subió la mirada buscándome. Estaba ahí, me costaba creerlo, estaba esperándolo, atenta a las señas, a la insinuación de alguno de sus rasgos. Pasaron unos minutos, aquellos hombres seguían en el trajín, pero eran sombras, yo no podía distinguir más que no fuese el hombre de la armónica, sin dejar de pensar en las venas de sus manos o en la sangre corriendo por sus muñecas. Por fin, cruzó la calle:

—Debo quedarme un rato, esperaré otra camioneta. Vendrán a recoger más cosas, ya no cabían... —y señaló hacia atrás, donde estaba estacionada la camioneta negra—ellos no pueden regresar—agregó.

Él me haló del cabello, y me dio un beso.

—¿Te quedas? —me preguntó.

—Te espero aquí.

La sensación de estar ahí era como cuando picaban las hormigas rojas, ellas picaban de felicidad o de enfurecimiento... de cuando un cometa se iba rallando el cielo plumizo de la tierra... era la sensación de la comezón del té de jengibre en la garganta... del sonido crepitante de las hojas secas pulverizándose bajo la suela del zapato... era la sensación de los sueños recurribles donde habitaba en casonas viejas y vacías, los sueños donde nadaba en hondos pozos de agua estancada. La sensación era fuerte, como cuando vi en algún objeto todos los colores reunidos, pero en aquellos tonos no tan chocantes, sino más bien tonos en versiones alternativas, tornándose los objetos exiguos, antiguos, y por esto se quedaba una pensando en los colores de esos objetos.

Me volvió a halar del cabello para besarme.

La camioneta se fue, antes, los que la abordaron, tocaron el claxon y bajaron la ventanilla para sacar la mano y hacerle una seña al hombre de la armónica, él les devolvió la señal levantando las cejas y haciendo la cabeza un poco hacia atrás.

El acceso a la casa-café era una especie de vestíbulo-bodega donde había polvorientas cajas apiladas, con plantas secas adentro de macetones desposti-

llados recargados en la pared, en una esquina había un rollo de cables y varias conexiones eléctricas. Nos hallábamos en penumbra, al fondo se oían voces, pero no se alcanzaba a escuchar las palabras. Mientras yo observé el lugar, el hombre de la armónica fue y vino un par de veces, acercando a la puerta por la que habíamos ingresado, más de las cosas usadas para la presentación concluida, la cual no me había quedado a escuchar. Quise mirarlo y no lo hice. Al cargar y llevar algo la fuerza de sus manos era notoria, sus venas saltaban, se había quitado la chamarra, colocándola sobre una maleta de tela negra, después se arremangó la camisa blanca, de vez en vez se ponía en cuclillas para meter, sacar y acomodar cosas, marcándosele los muslos a través del pantalón, las botas eran redondeadas de las puntas. Bebió un poco de agua de una botella puesta en un rincón, entre los maletones y las cosas por las que vendrían. Los cabellos encerados se le venían a la cara, pero como ya era tarde perdieron fijeza. A veces me miraba y sonreía con cierta reserva. Yo permanecía inerte, solo observando.

—En esta casa hay fantasmas. Esas voces que se escuchan son de gente que no está—dijo sin mirarme, en cuclillas aún, y cuando terminó, se hizo el cabello hacia atrás.

—Ah—contesté, volteando a mirar con cierta precaución y temor.

Se levantó y me tomó de la mano, nos recargamos en la pared. Teníamos solo unos minutos antes de irnos a la casa verde... Pronto se escuchó un motor, no lograba ponerme en una pieza, el hombre de la armónica se arregló la ropa, se alisó el cabello hacia atrás y me tomó de la mano. Salimos, y mientras le decía algo a la gente recién llegada en la camioneta, a través de la ventanilla, continuaba tomándome de la mano, estirando todo el brazo, pues yo no me había bajado de la acera y él sí. Entonces la camioneta se estacionó, y yo me fui con el hombre de la armónica calle arriba.

Era de madrugada, la noche estaba húmeda, había llovido y nos deteníamos para besarnos, sobre la acera le alcanzaba bien los labios. Metía mis dedos entre su cabello, casi lacio; estábamos en la calle, él lo olvidaba... solo atento a mi boca y mi cuerpo; avanzábamos otro tanto y parábamos para recargarnos contra las bardas de roca, contra las jardineras, contra los árboles de troncos torcidos con corteza descarapelada y mojada.

—¿Cómo te llamas?

—Oliver.

Él me llamó por mi nombre, y sonreí, cuando lo dijo su naturaleza fue la de parpadear, sus pestañas bajaron una vez, y volteó la cara moviendo de lado los labios, ¿le dio vergüenza?, parece sí, pues enseguida de voltear la cara la bajó y miró mis manos que tenía entre sus manos. Miré su cuello y una parte de su pecho, lo miré con la luz de la noche. Comenzó a llover otra vez, entonces los pasos se alentaron más; al besarnos la lluvia nos caía en la cara, nuestros labios estaban empapados, se hincharon por el frío y los besos; por las mejillas nos venía el agua de la frente; él metía sus manos por dentro de mi suéter y estoy segura la presión de sus dedos quedó marcada en mi espalda. La fuerza de sus brazos era poderosa, esa fuerza movía lo intangible; sentía desnudos sus antebrazos, la potencia rebotada de sus muñecas y la dureza de su pecho y sus hombros; los ojos cerrados, apretados; la claridad de su carne era de pronto espectral y la luz de la noche lo hizo ser una ballena blanca en altamar. El pelo goteaba y nos tomábamos aquella agua de lluvia con saliva. Entreveraba mis dedos en su cabello escurriéndole en la nuca.

Llegamos tarde a casa... de madrugada. Abrí el portón mientras él esperaba, después crucé el patio de piedra, él fue tras de mí, en ese momento percibí a alguien mirarnos desde adentro.

“¿Por qué la necesidad de vivir abrazados? Ese magnetismo es pura ciencia, darnos las manos a toda hora... ese calor nos rebasa buscando siempre el contacto físico. Nunca he estado enamorada y correspondida. Y sí, late mi corazón, cada orgasmo es un nombre entrando a las entrañas y al final, es meter las manos en las espaldas como si fuera una bandeja con mantequilla. Te vuelves párvulo, tus cabellos goteando, tu sexo se vuelve fútil. ¿Cuándo te vi grande y pavorosamente indefectible tocando la armónica? Tocando la armónica, corriendo la sangre roja en las arterias verde-azul de las muñecas, parpadeando como un dios, haciendo temblar las venas violetas de la delicada piel que cubre los ojos, haciendo música con el aire... Yo no sé, ni entiendo, en qué momento empieza a marchar eso que no va con la cuenta del tiempo de los relojes del mundo, y forja su propio ritmo de manera genuina. No entiendo por qué no sé vivir en armonía el amor, pues prefiero matar, aniquilar para renacer... de aquellas honduras se adhieren en mis muslos... estrellas... y salgo incólume. Después, la nostalgia... No sé vivir en armonía el amor, sé vivir en paz y pasión en la nostalgia.” Pensaba.

Pasaron los días, no supe nada de Oliver. Estaba sobrecogida, viendo el patio a través del ventanal del pasillo, asiendo mi taza mientras el líquido se enfriaba un poco, cerraba los ojos y escuchaba los gritos de las niñas, sus manitas pegadas a mis piernas, jalando mi suéter, una de un lado, la otra del otro... ojos risueños, llenos de vida.

Cada noche recordaba las manos del hombre de la armónica. Antes de irse tocó un rato su música, se sentó recargando la espalda en la pared del cuarto sin luz, mientras yo descansaba en la cama, no habíamos dormido, de pronto tomé fuerza para levantarme, debía ir al baño, antes de salir, de cruzar el umbral de la puerta, él cesó de tocar y rodeó con su mano mi tobillo, unos segundos después me soltó con dulzura. Al ir al baño, antes de salir el líquido y durante la salida, sentí una aguda delicia, lo pensé ahí sentado, esperándome mientras componía. Volví y al entrar en la habitación de la cama grande, me senté en sus piernas... No quería pasaran los minutos, él se iría... “Me dejará, entonces pensaré y sentiré. Necesito espacio y tiempo, para poner mi energía en función del sueño y la imaginación.”

Sentía las manitas de las niñas, el té aún estaba caliente.

Habían pasado días cuando tocaron el portón, estaba sola y el sol estaba en su apogeo. Dejé el té sobre la mesita de la entrada y salí, abrí... era Oliver. Él entró, dio unos pasos adentro, cerré y me subí a él con su ayuda, quedando mis piernas bien abrazadas a su cintura.

9

Entrecerraba los ojos, la luz del sol de medio día caía en mi cara, y la sombra también, la sombra de la enredadera de la buganvilia, el pelo me acariciaba la espalda, Oliver tenía los ojos cerrados y me abrazaba con devoción mientras me daba un beso largo. Un viento movió la enredadera y las flores pequeñas adentro de las flores grandes se desprendieron, y también algunas hojas cayeron. Oliver... tenía miedo de quererlo, de sentirlo, pero prefería fuera así a dejar de verlo. A pesar del apogeo del sol de medio día, se sentía el frescor proveniente del patio de piedra, de la humedad acogida en el estanque y de la barda rocosa con orificios

rasados de agua de lluvia pasada, ahí los pájaros se detenían a beber y a cantar, mientras yo pasaba el tiempo acordándome de cosas.

—Ven, quiero contarte algo—le dije y fuimos adentro.

—Ayer escuché ruidos. Estaba en la penumbra de la cocina calentando unos panes en la hornilla, estaba esperando se calentaran y mientras me miraba las manos... ¿Oliver, se ven ajadas mis manos?... Bueno, ahora me respondes, las estaba mirando y para mirar mejor me acerqué a la luz que entra del patio de la pileta, cuando escuché a alguien reírse. Me quedé quieta por el miedo y para ver si escuchaba algo más... Me coloqué en el quicio de la puerta de la cocina y me abracé, abrí los ojos sin poder parpadear, y la risa se sucedió otra vez, pero en tono más bajito, di unos pasos para “encender” la luz de la estancia, solo para hacer la finta... tú sabes, esa lámpara no enciende, pero experimenté tanto miedo al caminar hacia el encendedor que sentí que alguien vendría a tocarme por detrás.

—¿Quieres me quedé hoy? —preguntó Oliver.

—Sí.

Pasamos el día abrazándonos. Oliver estudió la armónica, yo escribí unas cartas. Decoré unas cajas para las niñas, más tarde le pedí a Oliver me acompañara a la dulcería para rellenar de golosinas las cajas y dárselas a Loli y a Clemen cuando vinieran. Fuimos ya casi anocheciendo, él traía la armónica en el bolsillo del pantalón. Compré mazapanes, obleas, dulce de tamarindo, bomboncitos de chocolate, paletas de menta y de anís, gomitas de frambuesa. El señor de la tienda nos merodeaba con los ojos, sin incomodarnos; entraba a la dulcería un olor a tacos, afuera había un puesto, con un techo de plástico fucsia amarrado de unas cuerdas. Comenzaría a oscurecer y empezaba a alborotarse cierto relente, a querer lloviznar, a acentuarse los olores.

Al salir de la tienda Oliver se acercó a mi oído y dijo que yo olía a azúcar con agua. Fuimos calle arriba con nuestro paquete, una bolsa mediana de papel estraza. Íbamos con calma, contentos con aquella llovizna, Oliver metió la bolsa bajo su suéter para no mojarla. Bajo lo nublado del cielo mirábamos los terrenos baldíos, y ahí unas poquitas luciérnagas entre la maraña de hierba entelarañada, daban ganas de ir hacia allá, pero nos detenían las tarántulas, los caras de niño, los ciempiés y los alacranes negros, todos esperando recia tormenta azotando duro contra la tierra.

Llegamos a casa, dejamos la bolsa sobre la barra de la cocina. Oliver me conocía poco a poco y no encendía las luces, se acostumbraba también a la luz proveniente de afuera. De pie, tomamos algo en la cocina, yo acariciaba su cara mientras él tocaba mi mano, sus palmas siempre secas y tibias... esto hacíamos cuando oímos ruido en una de las dos habitaciones, o tal vez pudo ser en la biblioteca. Lo miré y le hice seña de quedarnos en silencio llevándome el índice a los labios; nos miramos sin parpadear, a la expectativa de lo que se pudiera escuchar... un ruido más... y dije en voz muy baja, “¿Qué es eso?”, Oliver respondió tal vez se habría metido algún gato, una rata o una ardilla.

—¿Crees que es un animal...?

—Sí, seguro.

Fuimos a ver sin temor, lo que él dijo nos tranquilizó. Las puertas estaban cerradas.

—Espera, antes de abrir peguemos el oído a las puertas para ver en cuál cuarto está el animal—le pedí.

Él se acercó a la puerta de la habitación de Damián y yo a la mía, quedamos ahí unos instantes, no escuchamos nada. Oliver abrió un poco la puerta para asomarse desde afuera, fui con él, con la oscuridad no vimos nada, encendió la luz junto a la puerta y nada, solo una luz vetusta, densa, como de vela, una luz como a fuerzas, ahí estaba el tocador con su espejo pañoso de añejo reflejando la luz por poco anaranjada de la lámpara, allá arriba el techo con arañas tejiendo, la cama se hallaba como se había quedado la noche en que Oliver y yo estuvimos ahí, la cabecera ladeada, los burós a los lados —sobre uno había un vaso de cristal con dos varitas de trigo seco—, la puerta del baño, la del guardarropa, la cortina y la ventana eternamente cerradas, el piso de madera polvoriento, opaco.

—Parece que no hay nada aquí—dijo.

—Debajo de la cama...—propuse, Oliver se encogió para revisar. No había nada.

—En tu cuarto—dijo y fue allá.

Más allá de la cama y cosas amontonadas entre pilas de libros, no había nada ahí. El ruido no había venido de la biblioteca, pero fuimos a ver, y nada.

—El animal se escondió.

—Sí—contesté.

Fuimos a dormir a la cama grande de Damián. Al irse muriendo el día, imaginaba el momento de ir a dormir con el hombre de la armónica, escuchaba su voz, miraba aquellas manos, aquel cabello oscuro casi lacio viniéndosele a la frente amplia, blanca. Nos abrazamos rodeados de oscuridad, sentía sus manos cubrir mi espalda.

—Tus omoplatos están casi juntos—dijo y bajó sus manos a mi cintura, me hacía recordar las jacarandas oliendo a miel, apisonadas en el suelo...

Aquello era veneno, apenas me dejaba viva para el siguiente beso. Las sensaciones me rebasaban, dejándome lánguida y a la vez desbordante de energía, si Oliver me hubiera dicho, “Ven, salta conmigo”, por más alta la cumbre, yo hubiera saltado con él al vacío. Entrelazábamos las manos, él halaba mis brazos hacia atrás, lo abrazaba con las piernas, fue entonces cuando el cortinero se venció cayéndose, tirando las cortinas, de aquello surgió una nube de polvo, nos paralizamos, creo que continuábamos alterados por el ruido escuchado cuando estábamos en la cocina. Ahora la noche entraba de lleno. Después de unas horas, quedamos dormidos. Empecé a soñar...

...Estaba en el baldío, sola, con la bolsa de estraza en la derecha, como hipnotizada mirando la hierba enmarañada y el fulgor segundero de las luciérnagas. Quería moverme, no podía, mis piernas eran de acero, quería hablar, tal vez gritar, no podía, en la boca tenía algo amargo y pegado, como si mi boca fuera de chicle, no soltaba, eso sí, la bolsa de papel estraza, de repente venía de allá, del fondo, un hombre caminando, se aproximaba y cada vez que se acercaba sus pies se alejaban del suelo, estaba ahí suspendido y debajo de él las luciérnagas. Cada vez más cerca de mí... de pronto cayó, al caer se escuchó el tronar de su cabeza sobre el suelo, como si hubiese golpeado contra una piedra.

Desperté angustiada. “El cortinero... claro, se había vencido...” recordé. Oliver dormido, pegado a mí. Lo sentí despertar, pero no podía moverme, no podía con los párpados, estaba hecha piezas, mis piernas pesaban... “Tus omoplatos están casi juntos...”, lo escuchaba murmurar lejos, sin poder levantar los párpados, su olor me hacía sonreír, sentía sus cabellos acariciando mi cuello, no pude más... me quedé dormida otra vez.

Volví a sentir la caricia de sus cabellos, ahora en los omoplatos, sus manos raspaban... empecé a sentir algo desemejante en su piel... era casi glacial, las

piernas... ¿estas no eras las piernas de él! No podía despertar, este no era Oliver, este no era el olor, ni las manos, ni los pies, ni los cabellos... Temí desconocer, ¿aquello era humano?, no parecía tan humano. A través de una rendijita abierta de los ojos, veía con esfuerzo el bulto de la cortina sobre el suelo, el polvo... estaría impregnándose en nosotros. No tenía fuerzas para voltear, menos el valor para verle la cara, sentí un inefable pánico. La cara... ¿cómo sería aquella cara?! “Dios... que se acabe, hazme despertar.”, pedí. Desperté entre una taquicardia vibrándome en las costillas, en seguida volteé, ahí estaba Oliver, dormido...
—Oliv... despierta.

10

“La casa verde se estremece, siempre en penumbras, y yo aquí.”, pensaba. Me gustaban las penumbras, la luz entrante de la calle y la que nos venía del cielo. Era mentira el cielo se oscurecía, el cielo siempre estaba iluminado, y cuando no había estrellas era mentira, siempre había estrellas hasta cuando era de día, era mentira que solo había una estrella durante el día. El cielo nunca estaba negro o si estaba negro era de un negro refulgente, que iluminaba, por eso la casa siempre estaba con luz.

Estaba ahí, sin espejos límpidos, pero fuertes, el tiempo los enturbió, Damián quitó algunos, los partió y los sacó a la calle en bolsas negras, Andrina se los llevó, esa mujer con la que a Damián le gustaba estar, reían y hablaban hasta la madrugada, retozaban como gatos, mientras los gatos los miraban desde afuera, hasta que el humo pesado de los cigarros los hacía huir. Thelma trinaba de rabia desde la habitación, al lado de la mía, no dormía, esperaba a Damián hasta irse Andrina. Debía irse, no podía quedarse, Andrina se lo dijo a Damián en varias ocasiones, pues empezaba con el servicio desde las cuatro de la madrugada; algunas veces de ahí mismo, de la casa, sacaba sus botes sobre ruedas guardados la noche anterior en el patio de la casa verde, y empezaba con nuestra basura, hojas y hojas de buganvilia apelmazadas en costales. Damián la quería mucho, disfrutaba de su presencia. Pero un día Thelma reventó, dejó de lado su silencio y descabritó, Damián no decía nada, solo fruncía el ceño y movía la boca... ella se

colmó y arrojó una bota de Damián al espejo del tocador, pero no se rompió, solo se oyó un ruido estrepitoso.

—¿Qué pasa, viene hoy también? —preguntó ella.

—No sé, Thelma.

—¡Sí sabes!

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Ya ves, sabes que vendrá hoy y no me lo quieres decir.

—¿Prefieres que no estemos aquí?

Ella bufó y tiró la otra bota al espejo del pasillo, aquel espejo sí se rompió, desde entonces quedó solo el marco que nadie quito.

—Lárguense a donde quieran.

—Contrólate, solo hablamos, tomamos café y fumamos.

—Y se mueren de risa, y estás con ella madrugadas enteras.

—Le diré que traiga al Solín.

—¿Y para qué queremos aquí al Solín?

—Pues para conversar los cuatro, y pasarla bien.

—Andrina, te gusta Damián, no acaricias ni a los gatos cuando ella está aquí.

—No te acaricio ni a ti.

Yo recogí los vidrios, lo hice escrupulosamente, pues me gustaba andar sin zapatos, y un vidrio diminuto habría sido fatal para mí.

—Te gusta Andrina y a mí ya no me quieres, eso pasa.

—Le diré que traiga al Solín...

Las lágrimas de Thelma no cesaban, su cabello grasiento contrastaba con sus manos cenizas, casi negras, de los ojos le brotaba una vigorosa desesperación, se tapaba los labios púrpuras saliendo de allí gemidos de dolor casi inaudibles, ella andó sin esquivar los vidrios del suelo, le dolía más que Damián ya no la quisiera y estuviera por irse. Thelma ya no quería comer, se encerraba todos los días, si salía era para mirar el patio en donde, de a poco, llegaban los gatos para posarse afuera y mirarla, yo observaba todo desde el marco de mi puerta, o recargada en la barra de la cocina.

Damián permanecía en la azotea, mirando el cielo con su taza de café en una mano y en la otra un cigarro, relajado mientras los gatos le pasaban por en medio de las piernas, para ir después a pasearse sobre la orilla del techo. Al rato

él bajaba, leía y escribía por horas, obnubilado entre sus pensamientos, relejendo los escritos, después le pedía a Thelma leyera también, solicitaba su ayuda, ella lo apoyaba con la redacción, o diciéndole: “Pero... ¿qué trataste de decir aquí? No se entiende nada eh... mejor escríbelo otra vez”. Desde que ella se atrevió a reclamarle la asidua presencia de Andrina en la casa verde, lo miraba con sospecha, de reojo, pero cuando se quedaba abstraído en sus cosas, ella lo observaba con llaneza pues él no se daría cuenta. Nada hacía Damián por acercarse a Thelma, nada tenía ya que decirle.

Tocaron el portón.

—Es Andrina, ¿verdad?

—Sí—respondió Damián, incorporándose después de horas frente a libros, además había buscado unos esquemas de ideas perdidos hace años, la respuesta que le dio a Thelma lo hizo sin apartar los ojos de sus cosas. Fue a abrir.

—No le abras Damián.

Damián no hizo caso, y fue a abrir como si nadie hubiera dicho nada. Saludó a Andrina, abrazándola.

Venían juntos por el patio, Damián había echado una mano al hombro de Andrina, su semblante de mantener rasgos de concentración, se tornó perentoriamente alegre, sin mirar a Andrina sus ojos estaban risueños escuchando atento algo que ella venía diciendo, entraron. Volvieron a tocar, Damián regresó y Andrina se quedó en el marco de la puerta volteando hacia donde Damián había ido, era Solín, a quien Damián abrazó con efusividad, y al lado de Solín, una mujer. Yo miraba desde la cocina, recargada en la barra. Entraron, Damián les dijo se acomodaran en la estancia, o no, creo no se los dijo, pero si se acomodaron; Solín y la mujer se sentaron en el mismo sillón y se abrazaron, yo comía semillas de girasol con los codos recargados encima de la barra, observando lo que hacían y escuchando qué decían, hace tiempo no había tanta gente en casa y aquello era entretenido, Andrina miraba a Damián y era correspondida, Thelma tenía razón de estar celosa, daba tristeza su tristeza, era pasiva, ella pensó que Damián nunca la dejaría, creyó que al vivir juntos morirían juntos, pero las cosas no fueron así, cambiaron, no hubiera querido estar en el lugar de ella, ella estaba muriendo sola y Damián, creo, estaba enamorándose. Fui a buscarla a su cuarto... —¿Thelma? —dije abriendo un poco la puerta, ésta entornada.

Ella no respondió, estaba ahí: la luz apagada, la cortina abierta y la ventana cerrada; miraba hacia afuera pero no estaba mirando realmente, se había peinado el cabello hacia atrás, yo la veía de perfil y como ella ya casi no comía, la clavícula estaba más afuera. Comenzó a llorar, los gatos comenzaron a ronronear, oí a Damián abrir la puerta de la estancia para hacer entrar a los gatos.

—Esto no es tan malo Thelma—entonces me miró, haciéndome callar con una seña, y volteando en seguida a la ventana dejó correr nuevas lágrimas...

Aquellos fueron los últimos días de Thelma, su pena cada día se hacía mayúscula, sus concernimientos iban más allá de la relación con Damián, era una pena por todo. Había conseguido logros académicos, sus publicaciones sobre la problemática social y cultural en las fronteras del país, habían sido bien recibidas en un par de universidades nacionales y extranjeras. Un día dejó de hacer sus cosas, de escribir, de leer, de buscar, de salir, de comunicarse, de comer, de dormir, de hablar, era como si se dejara secar. Le pasaba algo, no solo una decepción, era un descreimiento, más parecido a la desesperanza, parecía la fe la había abandonado, y también el sentido de estar en el mundo.

—Me da tanta pena esto. Sabes... todo es superficial, un invento inmediato, esas conversaciones banales dan tristeza, ¿o es que yo escucho todo tan vacío? No hay sentido para esto, el mundo es un engranaje complejo de inventos inmediatos, y lo verdaderamente inevitable y perdurable es la labilidad de todo. Damián es parvo, él no significa nada, y me da espanto sentir este sinsentido infinito. Tengo una turbación, no encuentro el significado de esta turbación y no quiero pensarlo, ni entenderlo, porque sé que es algo muy grave y más grande que todo, que mi vida, que mi muerte. A ver dime tú, ¿para qué tanto y tanto...? Damián piensa que estoy celosa, y sí, hay momentos en que pueden salvarme los celos por él, lo amé, pero ahora no puedo amarlo, ya no entiendo eso. ¿Sabes por qué le reclamo? Para ver si el sentido de la vida me abrasa otra vez, a ver sí el noble sentido de la trivialidad se apiada de mí y me quita de esta agonía descubierta, porque sentir todo esto que estoy sintiendo y pensar todo esto que estoy pensando... mata. Pero no, no hay conmiseración de ningún tipo, ahora sé más de la precariedad que nos atañe. No hay pasión, ni dolor, ni odio, ni amor inmarcesible, imaginar eso es un chasco, no hay nada que me salve de lo que ahora sé y siento.

—Es ansiedad Thelma.

—Sí.

Regresé a la cocina, me serví agua. Mi puño estaba cerrado, traía todavía semillas de girasol, humedecidas por el sudor de la mano. La mujer quien acompañaba a Solín, entró a la cocina y saludó sin cuestionar la penumbra:

—Hola—dijo y sonrió. Era divina.

—Hola, la pasan bien—contesté.

—Sí. Qué linda casita, es chiquita y a la vez grande, huele a tierra mojada. Me agrada.

—¿Tú cómo te llamas?

—Lucila.

—¿Y tú? ¿Por qué no sales? —entonces sonreí.

Yo no tenía nada qué decir. No sabía de nada, ni de filosofía, ni de historia, ni de arte, ni de política, ni de cosas sucedidas; qué iba a decirle yo a aquella gente, yo no bebía café ni cerveza, no fumaba, tampoco escuchaba música. Además, con Damián ahí, era peor, con él me volvía torpe, temblaba, me enmudecía, cuando se acercaba debía ponerme las manos en el pecho, pues sentía el corazón menearse tan duro que creía él iba a darse cuenta, hasta hubiera podido escucharlo... no tuve nada para decirle a él, nunca. La mujer, Lucila, se quedó unos segundos mirándome, creyó... yo no existía, creyó estar presenciando una aparición, lo leí en sus ojos, entornados para ver mejor a través de la penumbra.

—Sí, la casa es pequeña, y sí huele a tierra mojada es porque las piedras son un repositorio de humedad—le dije.

—Se siente algo más aquí, ¿se encierran mucho? —preguntó.

—Sí—contesté.

11

Vinieron las niñas, les di sus dulces dentro de las bolsas de papel estraza. Tenían caritas alegres y sorprendidas, gritaron de felicidad, entraban y salían agitando la bolsa, después se sentaron para comer sus golosinas. Clemencia peleaba más dulces, buscaba guerra, arrebatava e iba a esconderse entre las ramas de la buganvilia, Bertha decía: “¡No, Clemencia, devuélvelo!”, la niña volteaba la carita y cerraba los ojitos, aferrada al botín. Después las llamamos... “Vengan, vamos a regar las

plantitas.”, “Vamos a cortar flores.”, “Vamos a ver a los pajaritos tomando agua.”, “Vamos a dibujar.” Así la tarde, llena de descubrimientos y cosas mágicas. Fuimos un rato a la pileta, se treparon en unos taburetes para alcanzar la orilla, nos hicieron imaginar peces y anémonas...

—¿De dónde sacaron lo de las “anémonas”, Bertha?

—Ah, de un documental. Loli dijo que las anémonas son “fantasmitas” en el agua, y Clemen agregó, son “fantasmitas rosados” en el agua.

Nos salpicaron, metieron plantas y flores al agua, las cuales, dijeron, serían los peces y las anémonas. Pensé en regalarles pececitos, ellas aprenderían a alimentarlos, estarían felices. Las convencimos bajar de los taburetes para merendar leche y pan de piloncillo que Bertha compró en un puesto de la feria. Nos sentamos en la estancia, a la luz de una vela, sobre la mesa colocamos sus vasos con leche, y un plato al centro con rebanadas de pan. Nosotras tomamos té y platicamos, yo quería contarle a Bertha sobre el hombre de la armónica, pero no lo hice.

—¿Se quedan? —pregunté.

—Sí... ya es tarde—respondió Bertha.

—Genial. Niñas, ¿quieren tomar un baño de tina? —propuse.

—¡Sí! —contestaron eufóricas.

Clemen quería empezar a desvestirse, Bertha muerta de risa le dijo que debía esperar y terminar de merendar. Loli dijo que contaríamos cuentos y dormiríamos después para soñar. Preparé el agua mientras Bertha extendió una frazada sobre la cama grande, ahí colocó sus ropitas. Ya todo listo nos metimos al cuarto de baño, las niñas nos tiraban de los vestidos, estaban anhelantes por introducirse a la tina, Bertha supervisó la temperatura del agua con el codo, y dio su aprobación.

—Clemencia espera...

—¡Rápido, ya quiero estar ahí!

—Ya vamos. A ver...

Le retiré la ropa a Loli y la levanté para ingresarla al agua.

—Loli ya entró, iba yo primero...

—Confía, tú también estarás ahí—le dijo Bertha a Clemen.

Claro, tenían sus juguetes los cuales zambullían al fondo de la tina para soltarlos y ver cómo salían disparados a la superficie... les causaba carcajadas.

El agua comenzó a enfriarse, Clemen no quería salir y contagiaba a Loli con su rebeldía. Al sacarlas de la tina las cubrimos, y permanecimos en el cuarto de baño un rato, para no salir de inmediato a la intemperie. Ya arropadas inventamos cuentos cortos y cantamos canciones, hasta que se acomodaron y arrullaron. Bertha y yo estábamos rendidas, dormimos junto a ellas.

Como a las tres de la mañana desperté, tenía los pies de Clemen enterrados en las costillas, me reacomodé y descansé la espalda. Respiraba con llaneza, el día anterior había sido estupendo, la compañía de las niñas lo sanaba todo, hasta esa casa llena de achaques y penas. Me di unos segundos para cerrar los ojos y acordarme de Oliver, sonreí, entonces escuché una risa afuera del cuarto, otra vez aquella risa, ¿de dónde venía?, no, no era mi imaginación, era una auténtica risa. Aquello me hizo recordar cuando encontramos a Thelma muerta con bata y camión en la azotea... “¿o fue en el baño de esta habitación y por eso ya no se volvió a abrir?”, me pregunté, tenía una ligera sonrisa haciéndole mostrar un poco los dientes, los ojos abiertos, los dedos de las manos tiesos, llevaba algunas horas allá arriba... “¿o aquí abajo?”, volví a dudar, nadie se había percatado del suicidio, porque fue suicidio, ella se mató, no estaba enferma, no le ocurrió un accidente, nadie la envenenó, había perdido el sentido de las cosas simples de la vida, volviéndose baladí para ella; ni la rabia, ni los celos la regresaban a las cosas mundanas, no hallaba contención, ni sustancia. Unos minutos después de escuchar la risa, escuché ruidos, como que movían las cosas; no podía ser pusilánime pues las niñas estaban ahí, por ellas debía ser valiente y sobre todo sensata... siendo así pensé: “Todo eso que escucho son los ruidos naturales de esta casa, son los ruidos que no se dejan escuchar inmediatamente, quizá lleven contenidos años; son ruidos guardados y en algún momento tienen que escucharse, es por eso que ahora los escucho. ¿Y la risa?, también esa risa estaba esperando salir irreflexivamente, y justo se ha escuchado esta madrugada. No hay de qué preocuparse, no hay en qué pensar, no hay cosa mala. No hay nada acechando esta casa.” Logré templarme un poco; tal vez lo mejor sería despertar a Bertha, pero decidí no hacerlo, la escuché respirando placenteramente. Ruidos... más cerca... pegados a la puerta... ¿un animal? ¿ruidos guardados? Unos minutos después, la risa de nuevo, “Los gatos a veces parece que lloran o ríen...” pensé. Mi corazón comenzó a palpitar fuerte y rápido, sentí las palmas de las manos frías y moja-

das, al igual las plantas de los pies, esto no podía estar pasando: ¡allí estaban las niñas! Mas si, si estaba pasando, y yo debía conservar la impavidez. ¿Alguien se había metido?, eso era peor; me acomodé en la cama quedando de frente a la puerta de la habitación, con los ojos bien abiertos, esperé para escuchar más, pero ningún ruido ni ninguna risa volvieron a sucederse esa noche. Me quedé dormida hasta comenzar a clarear el cielo.

12

Saqué el ajustado blazer de cuerina negra y los pantalones de mezclilla oscura, limpié las botas cortas y tallé las arracadas de plata, quedaron relucientes. Vería al hombre de la armónica a las siete, abajo, donde estaba el árbol en la esquina de la calle San Gregorio y Colina Belén, iríamos juntos a una reunión por el día de muertos. Se sentía el frío nocturno del otoño, disipado por la caminata, el calor de las veladoras y el humo tórrido del copal. En algunas casas colocaban fogatas e invitaban café de olla o chocolate de agua; el frío se iría y el cuerpo se calentaría con la tibieza del ambiente.

Antes de salir tomé un baño, sintiendo en el estómago una impronta estremecedora, era la evocación de Oliver. Ya fuera de la tina me envolví y me quedé unos minutos sin moverme, para reposar. Se había encerrado el vapor, pensé en abrir un poquito la ventana, la humedad lo echaba a perder todo... entró una delicada y gélida corriente, asomando los ojos al patio a través de la ventana observé dos luces apenas distinguibles, me dije: "Son luciérnagas." No lo eran, aquellas luces fueron la coronación de la noche, no tuve miedo, guardaría esa visión como un secreto... las luces tendieron a apagarse, sin embargo, se encendieron de nuevo y cada luz se transformó en una figura ovalada, me asombré. Relajada aquello debía esfumarse, había sido algo intangible y esas cosas no resistían estar en la realidad... y deberían tender a desaparecer.

Salí de casa, caminé calle abajo entre la fruta tirada y la hojarasca, desprendidas de los árboles. Llegué a la esquina de la calle San Gregorio y Colina Belén, recargado en el gran árbol, ya estaba esperándome el hombre de la armónica.

En la reunión casi no había gente, poco a poco llegó más. Bebían cerveza, hablaban fuerte y reían a carcajadas. Había quienes llevaban la cara pintada de calavera, algunos tenían en el rostro flores pintadas en blanco y negro, y dientes largos cruzándoles más allá de los labios. Él me presentó a algunas personas, mas yo seguía pensando en aquellas luces en el patio. Fui a sentarme en el lumbral de la puerta de entrada, y acomodé las piernas en el primero de tres escalones altos, abajo, junto a un macetón a punto de vencerse, había un perro echado.

Escuchaba el barullo de adentro y la intermitencia de los ruidos de la calle, me encontraba justo donde salía el calor de la gente y donde entraba el frío del inicio de la madrugada. Tenía los labios rojos y resecos, los párpados pesados, miré hacia abajo y el perro alzó la cabeza para mirarme. Después de un rato me asomé hacia adentro, Oliver estaba recargado en una de las paredes de la estancia, conversaba con un muchacho, vio que lo vi. Me levanté, fui hacia el hombre de la armónica y lo llevé a bailar bajo la luz carmesí. Bailando, él bajó la cabeza para acercar su cara a mi frente. Pasado un momento nos acercamos a mirar la ofrenda cerca de la puerta de entrada, tenía colores y olores penetrantes, entre fruta, calaveras de azúcar, guisados, flores, veladoras, incienso, papel picado y fotografías de familias fechadas en los años de la primera mitad del siglo XX.

Volvimos al centro de la estancia para seguir bailando al lado de algunas parejas. Otras personas miraban al hombre de la armónica, y a mí no me gustaba perder el tiempo en pensar esas cosas. Un hombre me miraba de manera insistente, tenía las cejas depiladas y delineadas con tiza, dibujando solo un delgado arco para enmarcar los amplios parpados, parecía de los años veinte, muy alto, moreno, de labios finos, todo él era magro, portando una playera y un overol de telas y colores dispuestos en una anómala armonía, nadie podría llevar ese atuendo como él; estaba rodeado de gente, era una especie de imán gigante. Atravesé un pasillo para dirigirme al sanitario, Oliver me siguió, causándome risa, abrí la puerta y él entró sagaz tras de mí asegurándose de cerrar; le colgué los brazos al cuello y sonreímos... Nos volvimos cómplices, por todas las veces que hicimos el amor secretamente. Al salir, nos encontramos con el hombre de las cejas delineadas y overol, quien, de nuevo me miró, ahora menospreciando a Oliver, pasamos de largo.

Otros dos hombres conversaban al final del pasillo:

—¿Cómo fue posible le dijeras eso?! Eres un patán, deberías tener más delicadeza, ¡pobrecita!

—¡Ay!, yo solo dije la verdad: “¿Acaso no me estás viendo?!” —Y el hombre se contoneó; enseguida ambos soltaron la carcajada.

Aún me acomodaba la ropa cuando Oliver por detrás me tomó la cintura con ambas manos, acercándose para preguntarme cómo estaba. A pesar de la corriente helada colándose por la puerta abierta, el ambiente se tornó cálido, intensificándose por el tono carmesí de la luz. El perro seguía echado al final de los escalones y comenzó a aullar.

13

Regresamos a la casa verde ya bien entrada la madrugada, nos íbamos abrazando por el camino para quitarnos el frío. Le iba contando al hombre de la armónica lo que vi aquella misma noche antes de salir de casa, esas dos luces ovaladas en el patio, una más alargada que la otra, avanzando, palpitantes, despegadas del suelo. —Pueden ser los muertos, vienen por las ofrendas. —bonancible dijo Oliver, mientras miraba hacia adelante.

14

Hace tiempo no te soñaba.

Halabas tus pestañas de africano, tu cara tal cual, los hombros desnudos, el cabello encanecido; hacías ese gesto con los labios que siempre me cohibió; tras de ti, Damián, un borroso arco iris y bruma.

Días después de aquel sueño, Bertha dijo tener semanas sin saber de ti. Ella trajo una colcha celeste, blanda, trajo sábanas limpias, pasó un trapo llevándose el polvo, tiró las cortinas, y todo lo rancio habiente en el cuarto de Damián y Thelma. A mí no se me hubiera ocurrido hacerlo así, sentí haber permanecido en estado fósil, como si me hubiera conservado en un aceite traslucido, el cual

se volvía más denso con los años. Cuando Thelma murió la casa no se deshizo de su presencia; cuando Damián se fue, su presencia también se quedó, mas no tanto como la de ella. Al paso del tiempo aquellas presencias se fueron perdiendo, alivianándose cuando las niñas comenzaron a venir y cuando comencé a relacionarme con el hombre de la armónica, entonces todo se modificó, pero en sí la casa siempre fue rara.

Al dormir, soñaba levantarme y salirme de la habitación en la que hacía años acordé con Damián, yo dormiría. Soñaba salir de ahí y a cada paso intuía vería algo no visto despierta; en los sueños la casa poseía más habitaciones, pasajes, escalones, ventanas, paredes y pisos, mosaicos y cosas desvencijadas, ajenas, cosas que en realidad no existían, había puertas guiando hacia lugares abiertos con colinas glaucas, o a calles que no eran las calles que yo conocía. Salía, caminaba, corría... luego comenzaba a elevarme y ya iba volando... abandonaba aquellas calles y hasta la ciudad, empezaban los bosques, los campos, los desiertos, se acababa la tierra e iniciaba el mar. En otros sueños subía y subía hasta salir de la tierra, lo sé porque se acababan las nubes y comenzaba la oscuridad del universo, entonces sentía la respiración apretándose en mi pecho. Ni durmiendo abrazada de Oliver dejaba de soñar lo que recurrentemente soñaba, aquella casa agrandada, rodeada de calles y jardines insospechados, aquel mar al que llegaba en instantes, aquel frenesí sacándome de la tierra. Abría los ojos con angustia, aunque siempre sabía, estaba soñando... soñando entre la colcha azul, la ventana abierta por donde entraba a borbotones la noche, la puerta cerrada y los brazos del hombre de la armónica, ¡cuántas veces lo desperté...!, quizás no fueron tantas. Ya quería que él se fuera, que no volviera y se desvaneciera. Solo una crisis existencial disminuiría su presencia, lo haría parvo, y yo crecería o moriría sin ningún miedo, según las enseñanzas de Thelma. Ahí estaban los brazos de él, dispuestos como dos cuerdas atándome a la planta baja, con una ternura profana y una sexualidad impúdica.

Allí, en cada resquicio de las puertas de la casa verde... estaban unos pies, unos ojos, el hálito de alguien, cada día era innegable y ya no me espantaba, solo tenía un sentimiento y un razonamiento alojándoseme en lo indecible. Atrás de mí, en la penumbra de la cocina, alguien estuvo a punto de acariciar mi cabello, lo supe, porque el cabello también siente.

Recordaba el momento en el que algo me amarró a Damián. Fue el sueño en el que yo esperaba en el andén... el tren llegó, aquel viento me rebotó en la cara, me desacomodó el pelo, el tren paró y abrió sus puertas automáticamente, de una de las últimas puertas bajó él... en eso llegó a mí, y me besó, era él de bulto y esencia; el alma se me crispó toda, el corazón se expandió, pero al instante se quebró, es más... se pulverizó, fue... un orgasmo de corazón. Era Damián y sus ojos, sus pestañas de africano, sus lentes, su vejez precoz...

Tomábamos bolis en el patio, sentadas las cuatro en el bordecillo del estanque de piedra, hacía calor; dejé la basura orgánica aglomerarse, imaginé aquella basura molerse sola y reintegrarse. Las niñas reían, cruzó un helicóptero ocasionando un ruido inesperado, las niñas voltearon hacia el cielo del mes de mayo... —He-li-cóp-te-ro. —Les decíamos y ellas repetían por sílabas.

En esto estábamos, cuando Bertha aun mirando hacia arriba me dijo que Damián había muerto hacía meses, “¿Qué le pasó?”, pregunté sin dejar de mirar a lo alto, poniéndome la mano en la frente para hacerme sombra del resplandeciente sol de la primavera.

15

Teníamos veinte años cuando solíamos pasear alrededor de la fuente ubicada afuera de la biblioteca, para mí las tardes eran un martirio, siempre tenía dolor de cabeza. En primavera las jacarandas se cundían de flores, ni pizca de verde, y al caminar bajo ellas o al sentarse un rato junto a sus troncos olía a miel. Las abejas perseguían a la gente que llevaba comida, o de a montones las veíamos en los botes de basura, zumbando, volando y buscando. Yo no me acuerdo de más, a no ser de aquellos punzantes dolores de cabeza, del brillo enceguecedor del sol, de que a diario bebía abundante agua; me acuerdo de alguna de mi ropa, pero de ningún par de zapatos, me acuerdo salir de la biblioteca con los brazos ocupados por libros y de una sola ojeada sabía si estabas por ahí. Tenía el texto de los Diálogos de Platón entre las manos, leería “Fedón” y “Fedro”, me quedé un momento ahí, como embelesada, como lenta escuchando el ruido del agua y de los estudiantes, olí los libros, olían a viejo, sus páginas estaban amarillas y tenían

anotaciones; el sol estaba en su apogeo. No estabas. Mi alma se debilitaba, siempre precisé verte al menos una vez al día, a pesar de tu adusto trato, cuando no te había visto demoraba mi ida, “un rato, un rato más...”, pensaba, sin embargo, tampoco importaba tanto, ni era tan necesario.

No me acuerdo de mucho, las clases se hacían pesadas por las tardes, en algunos salones la luz del sol entraba rematadamente anaranjada, mientras un semestre entero analizamos “Muerte sin fin”, ahí mismo se nos oscurecía. En otra clase López señalaba satírico que “los verdaderos héroes” eran quienes decidían tener hijos; él me regaló algunos libros de su editorial, nos pidió leer algunas novelas, fuimos a buscarlas de segunda mano pues en ninguna librería las encontraríamos, según el mismo López nos había advertido, recomendándonos un lugar. Así en aquel popular tianguis, encontré La isla de los hombres solos, Junta-cadáveres, Tres tristes tigres, Yo, el supremo y El obsceno pájaro de la noche.

Aquel tiempo parecía imperecedero, pero alguien se encargó de mostrarme una nueva palabra, y cada clase esa palabra se repetía: finito. Aquella palabra la entendí mejor cuando leí El ser para la muerte. Las clases terminaban de noche, regresaba caminando sola, entre las sombras de coníferas, pirules y jacarandás, mientras la luz de las farolas alumbraba el circuito. Así quería irme, sola, porque quería pensar, porque así fluía la imaginación.

Años después encontré a la maestra quien nos hablaba de lo finito, cadavérica, paseando a sus perros, los ojos se le volvieron más dulces, me detuve frente a ella diciéndole mi nombre, pregunté si me recordaba, ella respondió afirmando, con aquella voz que no le había cambiado, me miró con atención, no como antes que rehuía la mirada como si fuese culpable de algo. Las calles en las cuales nos encontramos eran gratas para el paseo, al final del encuentro propusimos tomar algún día un café. Yo creo que Damián estaba enamorado de ella, quien daba clase mirando hacia el formidable ventanal, desde ahí se apreciaba un jardín, ella... sentada, lacia, castaña, cayéndole el cabello sobre los hombros, era joven, era filósofa y no nos miraba; al concluir la clase e irse era flemática, iba directo a la puerta y de ahí, ni rastro. Encontrarla años después con aquella disposición de ir por café y aquella agregada edulcoración en los ojos, me pareció trascendente en mi vida. Al despedirnos nos dimos un abrazo, sentí su espalda casi romperse, sus huesos apenas la sostenían.

16

“La gente se muere, Damián, la gente a veces vive muy sola y así se muere, sin nadie quien la vea, sin quién avise si quiera que alguien ha muerto para que vayan y lo entierren. Ahí se quedan los muertos, solitarios, hasta empezar a apesatar, yacen en sus camas si les dio tiempo de ir a acostarse, o acaso ahí, en la cama, ya llevan días y días antes del deceso definitivo. ¿Qué habrá pasado contigo?...

...Mira, yo no sé si soñé o fue cierto, pero ¿te acuerdas de aquella nuestra maestra de filosofía, de la que se te iban las dos horas de clase observando y escuchando perdidamente?, pues a ella yo la encontré fría.”

Sus perros rascaban la puerta con sus patas, estaban desesperados, no habían comido ni bebido, estaban flacos y con mierda en sus cuerpecitos; cuando los perros me vieron, con aquellas miradas exasperadas, comenzaron a llorar y me brincaron a la cintura, les acaricié la cabeza dándoles antes de comida y agua, un consuelo. “¡Pero, ¿qué pasó?!”, les pregunté, y aquellos aullaron con fervor. Yo sabía cómo abrir esa casa porque fui algunas veces, había un cordón blanco escondido entre las matas de una enredadera con campanillas blancas, el cordón se halaba, ya abierta la rejilla se atravesaba el jardín, los pies se hundían en el pasto, y para ingresar sin llave al interior, se debía entrar por la puerta de la cocina, ubicada en la parte trasera, por allá pasé. Adentro, en la cocina, olía a la acidez de las naranjas y las guayabas, nadie había recogido la fruta del jardín y ya se estaba descomponiendo, algunas piezas estaban mordidas por los perros y las ardillas; en el piso de la cocina había pozas de pipi y bolas de popo. El comedor, la sala, las puertas, los marcos de las ventanas, el pasamanos y la escalera eran de madera cobriza, el vetusto tapiz cubriendo los muros era amarillento ilustrado con gerberas ya poco distinguibles, los retratos de toda la familia se hallaban sobre una consola también de madera; encima del comedor, había un flamante frutero de mármol con un juego de frutas de cristal. Tuve el deber de subir y echar a un lado la prudencia, para tratar de averiguar cuál era su habitación, había varias puertas y no quería equivocarme, no quería encontrar a nadie más que no fuese mi maestra viva o muerta, pues yo sabía que pronto moriría. No sé Damián, si aquello fue verdad o fue un sueño.

Un día la filósofa me contó, siendo ésta una conversación insólita, que en esa casa habían vivido dos tías hermanas de su papá. Una de ellas tuvo un hijo, quien murió en los primeros días de nacido; aquel hecho les engendró culpa, pues parte de la familia les dijo que el niño había muerto pues ni una ni otra de las hermanas habían sabido cuidar de él, además les achacaban no haberse casado, me pregunté yo, ¿dónde estaba el padre? Ya de ancianas, el papá de mi maestra les pidió a sus hermanas fueran a vivir con él y su familia, aceptaron y la vida les cambió, pues mi maestra y sus hermanos apreciaban sinceramente a sus tías, además la mamá las trató muy bien. Al final, la mamá de mi maestra y sus cuñadas envejecieron juntas, para ese entonces el papá ya había fallecido. Las tres mujeres ya casi no hablaban y las dos hermanas comenzaron a desarrollar demencia senil; con el tiempo el padecimiento se tornó crónico, dormían de día, despertaban de noche, sin encender las luces permanecían en la oscuridad jugando con los objetos que hallaban por la casa, de forma peculiar era de su atención el frutero de mármol sosteniendo frutas de cristal. Otras noches salían de casa, iban andando en camisón, descalzas, con las trenzas ya desbaratadas, dejaban salir a los perros, durante las caminatas ellas levantaban las frutas tiradas a su paso, así estuvieran podridas y agusanadas. Al darse cuenta de su ausencia, la familia salía a buscarlas.

Esas imágenes de las tías de mi maestra venían a mí cuando veía las puertas cerradas en la planta alta de aquella casa, entre esas puertas había una entornada y decidí asomarme, era el cuarto de los libros con un librero tapiando la ventana. Avancé y puse la mano en la manija de otra puerta, pero dudé y di un paso atrás... ¡total, muy posiblemente, ya estaba muerta...! no me hacía falta ver a una muerta cuando nunca había visto ninguna. “Los perros... ¿por qué no me siguen hasta acá?”, pensé. De pronto, un estrépito se escuchó en la planta baja, algo pesado, sólido, se había impactado sobre el suelo, estrellándose. Quedé paralizada en medio del pasillo, la madera y el tapiz eran abrumadores, además el aire no circulaba, solo un humor acedo atestaba el ambiente, entonces me fui.

Ya no sé si otra o esa misma noche, viví o soñé salir de casa de Damián en la madrugada, tapada con mi suéter de siempre, atravesando las calles aquellas con la luz del cielo, en la cara la sombra de los árboles, tronando en la corretiza las hojas secas con los pies sin zapatos; llegaba allá, sin aliento, a la casa de mi

maestra, abría halando el cordón blanco escondido entre las matas, los pies se me hundían en el lodo escondido entre el pasto, al entrar el agudo olor de las naranjas y guayabas en descomposición, botadas a la vera de los árboles medianos, se advertía aún dentro de la cocina, todo revuelto con meados y caca de perro. Resueltamente, subiría las escaleras, después abriría las puertas con el valor que antes me había faltado, pero no, me quedaba aterida, siempre... No sé si fueron sueños, o si en verdad lo hacía: salir corriendo a casa de mi maestra ya de madrugada, envalentonada con el suéter puesto; no sé si a veces lo soñé, no sé si a veces sí lo hice.

Sin embargo, un día, un día, Damián, la encontré muerta.

Salí como siempre de madrugada con mi suéter, eran meses de primavera. Atravesé las anchas calles cubiertas de cielo, seguida de mi sombra. Llegué, halé el cordón blanco, los perros se salieron, el jardincillo, ya sabes, con caca, meados, guayabas, naranjas, lodo, pasto, hojas y flores, basura orgánica, los olores mezclados, hediondos, la puerta de la cocina, el comedor, una de las frutas de cristal tirada, despostillada, los retratos, la consola, la sala, el tapiz, la escalera y las puertas en la planta alta... sin dudar abrí una... ahí estaba mi maestra tendida, en los huesos, los brazos a los costados, los ojos al techo, no me horrorice de lo que vi, era lo esperado ya tantas veces -en mis sueños, en la realidad, que para el caso eran lo mismo-, pero nunca había culminado la misión. Salí de la habitación, y entonces quedé paralizada de nuevo, el miedo cobró fuerza otra vez, incitándose al ver las otras puertas cerradas y no saber qué podía encontrar más allá del cadáver de mi maestra, porque eso era lo único seguro, hallarla a ella en aquella condición finita, condición que tanto se esmeró en especular y problematizar en sus escritos y en sus clases. Me quedé ahí por un momento, las manos se me helaron y casi por inercia fui a la siguiente puerta, coloqué la mano en la manija dorada, giré hacia abajo y abrí, Damián, ahí estabas tú, consumido, como ella, en los huesos, manos a los costados, ojos al techo. Ese sí fue un sueño, porque el hombre de la armónica me despertó.

17

No pregunté de qué moriste, ni dónde, ni cuándo, ni cómo, solo vi pasar el helicóptero mientras escuchaba los suspiros emocionados de las niñas, al terminar de pasar gritaron y brincaron eufóricas partiendo en sílabas la palabra: “he-li-cóp-te-ro”, reían, se abrazaban y jalaban una a la otra.

Así como tu vida, así fue para mí tu muerte, indolente, ajena, no pude evitar un tanto de apatía; a la vez saberlo —tu vida, tu muerte— era suficiente, era demasiado, me agobiaba. En tu nueva condición, podrías verme, seguirme, escucharme, tal vez hasta tocarme, entrar en mi inconsciente para ver qué soñaba y en mi consciente para saber qué pensaba. En tu nueva condición serías libre, hecho de otro material, no de carne y huesos. Siendo así yo podría hablarte, hablarle al silencio, entonces la casa verde y vacía, y por fin esa soledad, esa nada, tendrían sentido. Saberte muerto era tenerte cada vez que yo quisiera.

Salí a la recaudería, Bertha se había quedado con las niñas. Iba caminando, pensando en la muerte de Damián. Experimentaba cierta alegría por su muerte, y no era por ser mala, tampoco sabía si padeció alguna enfermedad, dándole la muerte alivio, y por eso me alegrara su muerte. No, esa alegría no provenía de ninguna idea malsana, ni de la compasión, al contrario, esa idea estaba fuera de lo que socialmente implicaría la muerte de alguien cercano, era más bien una especie de molicie, de cercanía. Su muerte se volvería mi usanza, mi tradición, cada noche cenaría con él, mientras tanto en el patio de piedra transcurriría el tiempo, la buganvilia cambiaría su follaje y en la calle pasaría la vida; la muerte de Damián formaría parte de una sosiega cotidianeidad, alejando la propensión a lo enajenante, a la desazón. Esa muerte, sería la taza con té en la que se diluirían cada una de las calamidades que atestaban mis pensamientos y mis sentidos.

En esto venía pensando cuando vi un hombre mirando la pared de una casa, cayéndosele los pantalones, con los cabellos pegados, negros y crespos, al acercarme un poco más lo observé hablándole altaneramente a esa misma pared, ¡Dios, mi alma se encogió!, sentí una pena insondable por él, por tantos habidos como él, las botas sucias y rotas, la chamarra le cubría las manos. No llevaba nada para darle, ¡una fruta, una tortilla, un pan, algo!, solo llevaba una bolsa y el dinero, pensé también podría quitarme el dinero o ser agresivo; acaso estaría

drogado para olvidar cosas, para no sentir el frío, el hambre, el vacío, la locura. Preferí alejarme, para dejar siguiera expresándose libremente, sin interrumpirle, tal vez al regreso de la recaudería lo volvería a ver y entonces podría ofrecerle algo, tal vez lo encontraría más apaciguado, porque de pronto dejó la altanería para empezar a alegar francamente encolerizado, decidí no mirar y pasé de largo. Llegué a la recaudería, siempre caótica...

—Hola. Por favor, me da cilantro, garbanzos, calabazas... —Mientras yo iba diciéndolo, el señor iba poniendo las cosas.

—¿Qué más?

—... ¿Tiene aguacate?

—Sí, ¿cuántos? ¿Qué más?

—Y esto separado, por favor. —Había elegido una pera.

Saliendo busqué al hombre quien alegaba con la pared hace un rato, por ahí debía estar, di vuelta en la esquina donde empieza la calle del baldío, el sol quemaba y la calle estaba vacía. Se encontraba recargado en una barda, guardándose en la sombra. En una mano llevaba la bolsa con las compras, en la otra la pera. Tomé mis precauciones, traté de no mirar hacia donde él estaba, no quería se diera cuenta de que antes de acercarme examinaba la situación, pero él en ningún momento se percató de mí, estaba anegado en alguna cavilación, miraba y no miraba nada. Ya junto a él lo vi a los ojos, ese hecho sería decisivo, me correspondió, su mirada no estaba perdida. Extendí el brazo para aproximar la pera a sus manos.

—Dios la bendiga.

Seguí de largo, y por mi garganta corrió algo acibarado, era el sentimiento de ver gente tan arrinconada. Algo me hizo volver la cara, debí colocarme la mano en la frente para hacerme sombra, ahí seguía el hombre devorándose la fruta. Llegué a casa y todo me daba vueltas. Coloqué las cosas en la barra de la cocina y me dirigí a la cama para sentarme. Las niñas estaban por allá, jugando. Me quedé dormida y comenzó el sueño.

Ahí estaba el hombre aquel, en medio del tianguis de libros, pero nadie lo veía, solamente yo. El lugar olía a humedad, a papeles ojeados y hojeados, miles de páginas amarillas, casi vencidas. Gente yendo y viniendo se detenía, entornaba la mirada, reconocía, preguntaba, tocaba las portadas, levantaba los libros, los

abría, leía. Un comerciante decía... “A este le falta una página del prólogo, no sé si así lo quiera...” Ahí estaba el hombre, el indigente, con las botas sucias en medio de aquella embrollada composición de lo que había sido escrito y después reescrito con cada página leída, en medio de las épocas escritas en tantas historias, historias de a verdad y de a mentiras, dualidad nunca fallida, germinación dada a través de la aleación de los sueños y la ‘realidad’, entre lo que sucede y lo que no, entre lo habido en la memoria, en la imaginación, en los deseos... Ahí estaba el hombre, ahí las manos escondidas en las mangas de la chamarra... “¡Dios... no tiene manos, tiene libros envés de manos; no ve gente, ve historias; no ve libros, ve seres vivos; no come, devora y roba letras y peras!”, exclamé para mí. Salí de ahí, la gente se empezó a apretujar, los sentía en mi pecho, como matándome, como si los cargara, explotaría y cada uno de mis pedazos sería cada una de las gentes que han existido sobre la tierra. “¡Qué pesar, librenme de ser gente, de pensar, de saber, de entender; libérenme de andar sintiendo y viendo! Quítense, necesito salir de aquí.” desesperé, mientras me resonaba por dentro ese, “Dios la bendiga...”, entre el hervidero de gente.

18

Un día, cuando Damián todavía vivía en la casa verde, amanecí como si tuviera arena en los ojos, no podía abrirlos, debiendo mantener los párpados cerrados y permanecer acostada boca arriba. De esto ya tiene años, era la época en la que se me caía el cabello y estaba muy flaca. Me habían dicho que el hijo de la señora de enfrente era médico y su consultorio se hallaba en la otra esquina, ahí donde terminaba la barda rosa de su casa. ¡Qué casa tan grande aquella! Algún día me detuve en el umbral de la puerta de entrada y emanaba desde ahí un aire caduco, un olor a cosas añosas sin ser movidas, desde ahí se veían los maceteros en bases de fierro, con plantas de hojas venosas y tallos adiposos. Era una casa con arquitectura antigüita, sencilla, en colores sobrios, con aquellas cortinas de tela delgada que poco o nada dejaban entender del interior. Vivía ahí la madre de no sé cuántas hermanas y del médico. En el exterior el consultorio tenía los mismos colores y el mismo estilo de la casa, con un letrero en letras mayúsculas

color chocolate el cual decía “MÉDICO”, y a ambos lados del acceso al consultorio dos maceteros. Cada determinado tiempo se veía pasar el hipnótico rodillo por las paredes del exterior de la casa, expandiendo la pintura rosada, con un par de pormenores en chocolate para la herrería, cuidando hasta el mínimo fragmento, siempre quedaba perfecta, jamás una sola descarapeladura. Los cristales de las ventanas los mantenían diáfanos, así como las cortinas, sin gramo de polvo; trabajaban ahí varias muchachas una hacía acá, otra allá.

No sé cómo cedió la infección de los ojos... si hasta fiebre tuve por las noches. Cuando me repuse fui al consultorio médico de la casa rosa. Estaba abierto, cualquiera podía pasar y sentarse en aquellos sillones tiesos, rectangulares, cubiertos por un plástico transparente, era un mobiliario que parecía haber sido elegido por alguien solemne, me parecía... cualquiera podía pasar y quedarse a leer las revistas con hojas despegadas, cuidadosamente repuestas conforme a la numeración de las páginas. Todo se hallaba pulcro, sin embargo, la limpieza no aminoraba el olor a tiempos pretéritos; los sillones, la mesa de centro y a un lado de los sillones las mesillas con revistas y lámparas encima, todo ya gastado, remontaba hacia décadas pasadas. Ya sentada esperé ver a alguien salir de una de dos puertas... ninguna perilla viró. Pude haber desesperado, pero me mantenía quieta, tratando de comprender la sincronía de los mosaicos expuestos en el suelo... “Ya vendrán.”, pensé y un ruido se escuchó al interior, una puerta se abrió y salió de ahí una señorita vestida de blanco como si hubiera salido de otra época. —Ya viene el médico. Ahora la mido y la peso.

De la recepción pasé al consultorio. El médico tomó asiento en una silla giratoria frente a su escritorio, y empezó a escribir en hojas revolución, mirándome de inicio y dándome un saludo de manera seria y a la vez cortes. Al bajar la cabeza, para empezar a escribir, observé aquel cabello engomado, de la amplia frente se distinguía una fina capa de sudor, más patente ante la luz artificial del consultorio. La quijada era saliente, y los ojos oscuros miraban con perspicacia y fuerza.

—¿Qué tiene? —Preguntó sin mirar, y sin dejar de escribir.

—He estado algunos días en cama, permanecí acostada boca arriba... sentía arena en los ojos.

—Ah, ¿pero ya no? —Dijo, parando de escribir y mirándome afuera de los lentes,

sin levantar la cabeza.

—La sensación es menor, pero aún la percibo.

—¿Algo más?

—Tuve fiebre.

—¿Cuánto?

—No sé.

—Bueno, vamos a revisarla. Aunque el malestar ha cedido, deberé indagar.

Subí a la mesa de exploración, apoyando primero los pies en el escabel, ya sentada me acomodé el vestido y me recosté. Algo hacía el médico, no venía, entonces observé el único cuadro, estaba a mis pies, era una pintura difuminada con remisiones a la naturaleza, estaba ahí entre las paredes lisas. Por fin vino el médico, y acercó sus manos a mi cara, me revisó los ojos abiertos y después me indicó cerrarlos, cuando los cerré me sentí relajada, en buenas manos, siendo así olí el almidón de las mangas de su bata. Le miré la cara, por un instante, mientras él escuchaba el corazón con el estetoscopio y atendía su reloj de mano. Una de las puertas, la cual daba hacia el consultorio, era por la cual yo había ingresado como paciente, pero había otra puerta y al parecer tras ésta se hallaba gente en silencio, tal vez estaban a hurtadillas para no molestar la auscultación del médico a su paciente, o tal vez no había nadie y yo me lo estaba imaginando... Esa puerta se abrió y se mantuvo entornada por unos segundos, oyéndose una música de piano...

—¿Le gusta Satie? —me preguntó el médico y yo no supe qué responder, ni él espero respuesta.

De noche me apliqué las gotas prescritas antes de dormir, “Cuando ya esté usted en cama.” Me disponía a cerrar los ojos con cara al techo, para que el líquido corriera por dentro, cuando escuché unos golpes en la puerta de mi cuarto, entonces abrí los ojos olvidando todo lo demás, pues cuando vivía con Damián nadie solía tocar mi puerta. Me incorporé, me levanté de la cama y cuando tenía el oído pegado a la puerta, volvieron a golpear, esto me hizo separar de tajo la cabeza y mis manos fueron directo a mi boca para que cualquier sonido de mi voz no pudiera escucharse, me quedé unos segundos inmovilizada, alguien estaba del otro lado, pasado un momento ese alguien se movió y siguió hacia la estancia. Tomé valor, y giré sigilosamente la perilla, me asomé por un rabillo, ahí esta-

ba Thelma, a oscuras, de espaldas, enclenque, detenida en el pasillo y mirando hacia la estancia, se hallaba rígida, sin movérsele un cabello, con las piernas entreabiertas... en seguida vi a Damián salir de su cuarto, se colocó frente a ella y le dijo: “Vamos, yo te llevo.”, siendo así la hizo dar media vuelta para hacerla volver a la habitación, en ese momento pude haber cerrado e irme a dormir... ahí permanecí, quería verle la cara a la sonámbula, a quien Damián trataba más amorosamente cuando estaba dormida que cuando estaba despierta.

19

Desperté recordando de inmediato el sueño vespertino con el indigente; desperté angustiada, pensando en las dolencias que en la vida me habían acompañado. Salí de la habitación y asomándome al patio a través de la ventana busqué a las niñas. Quizá era hora que Oliver volviera. Todavía faltaba un rato para oscurecer y aprovechamos la luz del día. Observé los platos de las niñas, ya habían comido, los levanté y llevé a la tarja para lavarlos. Después las cuatro nos sentamos alrededor de la mesa de centro, en la estancia, para amasar plastilina y hacer figurillas deformes, de pronto un ruido se escuchó en uno de los cuartos, sin embargo, las niñas continuaron en lo suyo, pero Bertha y yo nos miramos de inmediato.

—Ya ves... —le dije a Bertha, ella abrió más los ojos y aguzó el oído.

El ruido, otra vez y más fuerte, por instinto abrazamos a las niñas, Clemen se trepó en mí, yo la abracé y quise no hiciera caso de los fuertes latidos de mi corazón.

—Ha de ser una ratita—dijo Bertha para templar a las niñas, pero la faz le cambió de color.

—Ah... sí... una ratita. Son traviesas cuando se meten a las casas —aseveré yo.

“A ver ratita sal de ahí.”, comenzamos a gritar con las niñas para distraerlas, mientras Bertha y yo nos mirábamos desencajadas. Tratamos de hacer olvidar el incidente y pasamos la tarde sin movernos de la estancia; tal vez nos hubiese dado certidumbre abrir cada puerta de par en par y cerciorarnos que no había nada en ninguna parte de la casa, sin embargo, nos quedamos quietas, con los brazos ocupados, con las lenguas cantando canciones, repitiendo coros infantiles.

Al anochecer, las niñas tomaron leche tibia con amaranto, y momentos después se quedaron profundamente dormidas, estaban cansadas de tanto jugar, brincar e inventar cosas. Era el momento de la verdad, acomodamos a las niñas en la estancia sobre las colchonetas que Bertha siempre cargaba con aquellos almohadones y suaves frazadas de franela. Las dejamos confortadas, quitándoles el cabello de la cara, limpiándoles la saliva escurrida. Caminamos hacia el pasillo y nos detuvimos, Bertha se colocó las manos en la cintura, dando inicio a un diálogo disperso:

—Mejor nos hubiéramos ido todas a casa de Genoveva.

—Ay sí... y luego me regreso sola... Mejor te hubieras ido con las niñas desde temprano.

—Oye, ¿ha venido Oliver?

—No. ¿Qué cocinaste para las niñas?

—Consumé.

—La otra vez vi luces en el patio.

—¿Por qué no me habías dicho?

—¿Y si comieron bien?

—Sí, despacio.

—Eran dos luces palpitantes, ovales, una más alta que la otra, no tocaban el piso.

—Pero ¡cómo me dices hasta ahora...!

—Además, no te había contado, Oliver era un desconocido a quien dejé entrar a la casa una madrugada...

—¡Lima, ¿cómo se te ocurren tantas cosas?!

Bertha estaba a punto de perder el control cuando oímos pasos en la habitación de Thelma y Damián. Al instante de haber escuchado aquello, la mujer me puso la mano helada en el antebrazo, volviendo hacia la estancia y ordenándome lo siguiente:

—Vámonos. Carga a Clemen.

—Sí —e hice sin chistar lo ordenado, mientras ella levantaba a Loli.

Atravesamos el patio con las niñas en brazos. La noche estaba clara, había luna. Nuestras sombras corrían en el concreto de las piedras, la buganvilia estaba rojo sangre. Abrimos la puerta del portón, y olvidamos la casa verde por una semana.

20

Llegamos. Me quedé en aquel cuarto blanco que me asignó Genoveva. En el centro de la pared una ventana daba a la calle. No encendí las luces porque entraban las luces y los ruidos de afuera; se sentía la presencia de la gente pasando por la acera inmediata, se oían sus voces. Estaba más despejada, no quería pensar, pero sabía debía regresar a la casa verde. Me gustaba la maceta de violetas sobre una carpeta bordada en el buró colocado a un lado de la cama, también la cabecera de madera, la sombra de los transeúntes y de las ramas de un árbol apreciadas a través de las cortinas de tul. Genoveva nos llamó a cenar, las niñas se encontraban dormidas y estaban protegidas en su habitación, ésta la misma que la de Bertha. La cena era para las tres adultas, así estaba dispuesta la mesa. “Sientensen”, nos dijo Veva en confianza, sin mirarnos, ocupada en aquellos menesteres. Arrimaba los platos con arroz blanco y encima un huevo estrellado. A mí me daba pena sentarme así nada más, y Bertha no salía...

—¿Pues qué pasó?, ‘hora sí, cuéntenme.

—Nada Vevita—dijo Bertha desde adentro, su voz se escuchó aterciopelada por el calor de la casa, porque aquella sí era una casa habitada.

—Ay, pero cómo que nada, sí algo se les nota... —se metió a la cocina diciendo cosas y moviendo las manos temblorosas.

—¿A qué le ayudó doña Veva?

—Ven hija, llévate esta frutita, ponla ahí— y me colocó en las manos un recipiente con plátanos dominicos y ciruelas— hija, hija el pan...

Ya sentadas Genoveva se dispuso a partir a la mitad su ración de pan, de esa mitad cortó un pedazo, lo hundió en la yema del huevo estrellado metiendo en seguida a su boca aquel bocado, para después masticar y saborearlo con usual práctica y gozo. Después de ellas empecé a comer yo, introduciendo el tenedor entre el arroz esponjado y caliente, recogiendo también un chícharo y un cubo de zanahoria, aquello tenía una sazón... que sin terminar de pasar el alimento se iba rápidamente por otra porción; tomé mi bolillo con confianza, pues nadie estaba poniendo los ojos en lo que hacía la otra, cada una en su plato, con su jarro de café negro a la mano. Terminamos, y la mujer le pidió a Bertha levantarse y traer la azucarera olvidada en algún lugar de la cocina. Ya con dos cucharaditas de azúcar

bien diluidas en el café ardiente comenzó la plática, no sin antes poner a hervir más agua para más café, pues aquello pintaba para un buen rato de conversación. —Bueno pues, ¿qué pasó? —entonces Bertha me miró, y volteó de nuevo hacia la mujer contestando su pregunta.

—Oímos ruidos en la casa de Damián.

—¿Y qué, no fueron a ver? —preguntó Veva sin mirarnos y con cierto rasgo de indiferencia.

—No. Cuando los escuchamos las niñas estaban despiertas y no queríamos asustarlas. Cuando ellas se quedaron dormidas decidimos que lo mejor era no perder tiempo y venirnos acá, para que no anocheciera más.

—Ay tú... no fueron por puro pavor. Pudo haber sido cualquier cosa, por ahí un roedor, algún gato, o algo mal puesto se cayó; ‘hora las casas guardan sus propios ruidos, que ahí de vez en cuando dejan escapar... pero no es pa’ espantarse —dijo Veva, con algo en la mirada y en el tono de la voz tendiente al cariño, echando atrás el inicial rasgo de indiferencia, todo con afán de aplacarnos.

—Dice Lima que la otra vez vio unas luces atravesando el patio... ¿verdad? —dijo Bertha mirándome, como insistiendo yo también hablara y confirmara lo extraordinario del suceso de aquel día, sin embargo, yo solo miré a Veva y asentí con la cabeza.

—Ah, cuáles ruidos, cuáles luces. Lo feo estaba allá en la casona de mi compadre Tebas, esa casona la hicieron con el oro que se encontraron en ese mismo terreno como cinco años después de concluida la revolución. Antes de hallar el oro, me platicó mi compadre, soñaba el terreno aquel encendiéndose con fuego que caía del cielo, arrastrado por el viento nocturno, era tal el escándalo del fuego sobre la tierra que el hombre apenas despertándose empezaba a gritar: “Agua, agua, traigan agua del río.”, pero no sabía a quién le gritaba, pues para esos entonces él no tenía hijos, solo vivía con su primera esposa quien era sorda y quien murió al año siguiente de que ya vivían en la casona aquella. Dice que ese sueño se le presentó por muchas noches, hasta que un día yendo al terrenal con otro compadre quien iba a ver el lugar pa’ aconsejarle al compadre Tebas qué sembrar, clavó su cayado en una parte de la tierra cuando por la fuerza el cayado tocó una superficie que parecía como de barro, un golpe más con el cayado y aquella superficie se rompió porque estaba hueca, y entonces... ¡ahí estaba todo! —la mujer dio un sorbo al

café y continuó— Ya después levantaron aquel caserón de una planta con patios de piedra adentro, montón de cuartos, y así... ja ja ja, ¡cómo si hubieran tenido harta descendencia! ¡Ay pobres de mi compadre y su mujer! —y volvió a reír tomando el jarro entre las manos—, tenían menos de un año viviendo ahí, cuando una noche la mujer, la sorda Raquela, enloqueció —Veva se quedó callada, cuando Bertha la increpó a seguir hablando.

—Pero ¿por qué?

—Pues... nadie sabe. Poco duró loca, porque a luego de eso se mató, la encontró el compadre, ahorcada en un árbol en el centro de uno de los patios interiores.

—¡No...!

—¡Sí! A mi compadre le faltó poco para perder los estribos también, esto por la impresión de ver a la Raquela toda desfigurada por la falta de oxígeno, con aquel cabello suelto y los brazos y las piernas ya sin fuerzas. Tebas se encerró por tristeza, pero dicen que más por la mala visión, el hombre no quería ver a nadie; así no pasó mucho tiempo porque mi compadre comenzó con terrores nocturnos, con aquel pánico que no lo dejaba, dicen dormía y despertaba con el corazón a mil, con la ansiedad que lo desbordaba. La gente que ayudaba en los quehaceres fue testigo de todo, y mero mi compadre le pedía a quien sea no lo fueran a dejar solo, exigía le velaran el sueño, y después hasta que lo inhabilitaran de pegar el ojo. Tanto y tanto que el médico de la región mandó traer de la capital un quesque “psequiatra”.

—“Psiquiatra”, Veva, ja ja ja... —interrumpió Bertha soltando la carcajada.

—Ah pues eso, el caso es que llegaron un día en comitiva los dos médicos, hasta con enfermero, le hicieron estudios, platicaban con él todos los días, lo cuidaban, pues sí, mi compadre tenía para pagar. Y como todo era a raíz de lo de su mujer, pues por ahí se fueron investigando. Un día hablando con la gente ayudante en los quehaceres, mero la hija del hombre quien cocinaba les dijo algo que les interesó. Aquella niña como de trece años era Azucena, y ella era la encargada de estar por las tardes con la mujer de mi compadre, con la Raquela, le habían adjudicado esa labor a ella porque estaba chica, por niña, pues ella sí le tendría harta paciencia, y la atendería con aquella inocencia y mansedumbre, que solo entre una mujer sorda y estéril y una joven, no se perdería. La chamaca habló con el médico especialista aquel y le dijo de los sueños, de las pesadillas las cuales habían atormentado a la señora.

—¿Qué soñaba ella doña Genoveva?—pregunté yo, sin poder esperar ella prosiguiera. Siendo así la mujer subió los codos a la mesa, se rodeó los labios con las manos, nos miró con fijeza, bajó la voz y dijo en tono de secreto:

—Ella veía dos brujas.

—Ay Veva... ¿Soñaba o veía?—volvió a interrumpir Bertha de mal humor.

—Ay... pues ve tú a saber, yo, yo, yo digo que las veía—y bajó los ojos mirando su jarro.

—Tú cómo vas a saber... —completó Bertha comenzando a exasperarse.

—Pues se hija. Eso de las pesadillas le venía antes, ya después entraba en una falsa vigilia, porque no estaba completamente despierta, y entonces si...

—¿Sí qué mujer? Termina.

—Las apariciones, las viejas aquellas, enanas, vestidas como pordioseras, chimue-las, agarradas de la mano, hombro con hombro, como si fueran una misma fuerza; ahí, al borde de la cama observando siempre a la Raquela, carcajeándose, como burlándose, mirándola fijamente con aquellos ojos desorbitados. Eso lo contó la Azucena, que su patrona hasta le pormenorizó el peinado de cada enana, una con los pelos tiesos para arriba tomados con una cinta y la otra, la más enana, la más horrenda, la más mala, de pelos tiesos también, pero hacia abajo sin cinta ninguna para sostenerlos—se hizo un silencio, y Bertha fue a ver a las niñas. Entonces yo pregunté:

—¿Y qué pasó con su compadre?

—Se medio alivianó, hasta se casó otra vez, y ‘hora si, tuvo un hijito, toda enfermedad la criatura, anémico, medio rengo... pobrecito... con todo, se logró el chamaco, a pesar de lo que padeció... según cuentan fueron montón de cosas. Poco después Tebas recayó, enloqueció, los sueños del fuego lloviendo volvieron a presentársele, dicen que de madrugada se levantaba y veía a la exmujer así como la vio la última vez: deforme por la falta de aire, a veces de pie con los miembros extremadamente rígidos, o al contrario, flácidos, arrastrándose con la acendrada fuerza de su tronco, como una babosa gigante.

Pobre de mi compadre, no resistió y murió. Hablaron con doña Caspia, la nueva esposa, madre del muchachito, hablaron con ella los médicos, los criados, sacerdotes, curanderos, sus parientes y la gente ajena al caso: la mejor solución era irse de ahí, dejar todo aquello, olvidarse de que la casona era el patrimonio

del chamaco, algunos hasta decían que por estar ahí había mal crecido; doña Caspia hizo caso, agarró su hijo y se fue a la capital. Ya después, quién sabe qué fue de ellos —Veva agregó esto último, tomando una ciruela y frotándola entre sus manos temblorosas.

Al terminar de escuchar la anécdota del compadre de doña Genoveva, levantamos la mesa, alzamos la cocina y apagamos las luces. Después cada una se fue a su habitación, y todo fue reposo durante la noche.

21

Días después regresé a casa de Damián, tenía una intuición extraña al volver, pues nunca fue lo ordinario salir de ahí, me quedé detenida por un momento en la puerta, miré la estancia y todo lo demás; aquella intuición empezó a acompañarse de cierta tristeza... llevaba semanas sin ver a Oliver. Sin embargo, algo no me permitía deprimirme o estallar en un incontrolable estado de ansiedad, ni por la soledad producida al regresar a la casa verde, ni porque el hombre de la armónica no se haya detenido por ahí, pues mi conciencia se hallaba abocada a que antes de irme habían sucedido cosas raras como las luces en el patio o los ruidos en el interior de la casa. No podía permitirme tener tanto miedo, debía mantener la serenidad, tal vez me acostumbraría a la extrañeza de aquellos sucesos y entonces con el paso del tiempo me volvería una señora extraña, eso sería lo máximo que acontecería.

Decidí entrar, limpiar un poco, así barrí el patio y quité el polvo en donde se había acumulado, moví algunas cosas y tiré otras, eso hacía falta en aquella casa construida como en los cuarentas o cincuentas, aún era verde por fuera y pálida por dentro, sí, necesitaba pintura y un jardinero de manera urgente, empero haría lo que estuviera al alcance de mis manos y la pintura y el jardinero solo eran ideas.

No quería pensar en la noche, lo omití toda la tarde, pero la claridad se fue descomponiendo, y empecé a sentirme nerviosa. Me distraía recordando a Oliver, trataba de ponerme nostálgica por su ausencia, de dolerme por eso, es decir, que ese sentimiento fuera privativo, eficiente para evadir lo otro. Me senté en la

barra de la cocina, abrí un momento la llave para dejar caer algo de agua en la pileta, ese sonido me traía paz, era el sonido de la cotidianeidad; así, con la taza de té entre las manos estuve un momento, acercando la nariz al líquido para oler la hierbabuena dulce y dejar el vapor humedecerme.

Llegó la hora de ir a la cama y lo hice con naturalidad. Desde los días en casa de Veva y la tarde de aquel día al regresar a la casa verde, traté de olvidar que probablemente los terrores nocturnos se apoderarían de mí. Iban a dar las once cuando ya estaba acostada, arropada y dispuesta a cerrar los ojos; el insomnio me tomó por un par de horas, me quedé mirando el techo y los objetos de la habitación en penumbras esperando escuchar algo, pero nada, el sueño me venció a bien.

Un rato más tarde me despertó la música de la armónica, venía de la calle. Tenía a Oliver dentro del corazón, aquella música me generó taquicardia, era él, había venido a estar conmigo. Me incorporé, me coloqué el suéter y salí sin ningún temor, olvidando las luces, los ruidos, los terrores, aquellos sucesos no cotidianos. Ya en el patio antes de salir me acomodé el cabello y abrí el portón, ahí estaba el hombre de la armónica, recargado en la barda de piedra sin tocar la aldaba, esperándome. Él sabía, yo reconocería su música y me despertaría hasta del sueño más hondo. Eran tantos días sin vernos y lo primero fue abrazarnos. Me quedé en silencio sintiendo la firmeza de sus manos. La calle estaba vacía y hacía frío.

Estuvimos días en la casa, no sé cuántos, no llevaba la cuenta, porque además no quería llevar ninguna cuenta de los días, o de las horas, solo sabía: el tiempo pasaba, las luces en el cielo cambiaban, a veces la humedad era mayor y cuando así sucedía en la naturaleza del patio había un verde más insolente. La felicidad del día consistía en llenar la pileta a las siete de la noche, pues a esa hora corría más agua, mientras nos sentábamos a tomar té con pan de piloncillo —el cual solíamos ir a comprar por la tarde—, entonces no hablábamos, solo escuchábamos caer el agua, uno junto al otro, pegados nuestros costados en la penumbra de la cocina, haciéndonos caricias indiscretas. A veces volteábamos y nos buscábamos los labios o los ojos, y nos decíamos cosas sin hablar. El agua dejaba de caer, a veces la pileta quedaba rasada, a veces le faltaba una cuarta, siendo así íbamos a cerrar la llave, y Oliver me besaba recargándome en la pileta,

mi cuerpo se arqueaba hacia atrás mojándome las puntas del cabello. Decidíamos ir a dormir, siempre juntos, dejando el té a la mitad, y las migajas de pan sobre la barra, por la mañana hallábamos la hilera de hormigas llevando su carga. Nos acostábamos abrazados, con las piernas entrelazadas, con la puerta abierta de la habitación, así los fantasmas no tendrían que tocar la puerta para poder pasar. Algunas veces, por la madrugada, Oliver se levantaba a tocar la armónica, se sentaba frente a la cama, en el suelo, recargado en la pared a un lado del marco de la puerta de la habitación, sacaba el instrumento y comenzaba, yo lo miraba acostada desde la cama, y sonreía; pasando unos minutos él volvía junto a mí o me pedía fuera a su lado, ahí me sentaba... sin decir nada.

Una de aquellas noches, Oliver me pidió lo acompañara a escuchar un recital de poesía de un amigo suyo, el recital sería la apertura para una presentación de parejas que bailaban danzón.

Nunca había visto bailar danzón. La primera pareja fue presentada con el nombre de sus bailarines Luis y Bárbara, se mencionó el título de la pieza, “Danzón número dos”, además del intérprete y el autor; enseguida la gente ovacionó y guardó silencio para dar inicio, dando apertura con el atrayente ritmo marcado por la clave. Ella llevaba el cabello de lado, recogido y adornado con una flor, su vestido carmín dejaba asomar sus rodillas, la manga larga cubría sus brazos con una tela traslúcida, ceñida a la piel, el vestido marcaba la figura esbelta de la mujer, las zapatillas eran del color del vestido con una pulsera atada a los hermosos tobillos; él con un traje oscuro, bajo su sombrero miraba a la mujer y al público con ojos de seductor, enmarcada la cara con una barba oscura, contorneada. La música inició y los bailarines al centro del escenario se miraron, ella con los brazos relajados en los hombros de él, él con las manos en la cintura de ella, comenzaban a marcar con los pies de un lado a otro, ella dejaba caer el talón con exactitud en la suela de la zapatilla, hombre y mujer con ligereza, como no queriendo la cosa, sin embargo, eso era parte de su rutina dancística, incluso parecía dialogaban, se sonreían, el público alcanzaba a apreciar los labios maquillados de ella y sus dientes mostrando una sonrisa de gozo perpetuo. Cuando la música cambió, se entendió que los bailarines habían terminado con la introducción para comenzar a desarrollar su baile; la compenetración entre los ejecutantes era imperiosa, se guiaban mutuamente, eran precisos, entraban y salían

en tiempo, la elegancia de hombros y brazos de ambos era digno de un cuadro, el ritmo era cálido, cadencioso, los torsos iban pegados como si fueran uno, el aliento se volvía el mismo, la respiración se notaba acompañando los movimientos de los cuerpos. Casi al concluir, él la miró con una ferviente complicidad, ella respondió guiñándole un ojo, como diciendo “El mundo está en nuestras manos”. Era el dominio total de aquel lenguaje, en éste se incluía el universo que la pareja constituía con su danza, simultáneamente hacían partícipes a los espectadores a quienes no permitían perder detalle, porque perderlo era perder una parte significativa de aquel universo recreado de imagen, movimiento y música. Al finalizar, se tomaron de la mano y se inclinaron ante el público, después se perdieron uno tras otro. Pasaron más parejas, con aquellos vestuarios maravillosos, sin repetir diseños, ni colores, parece, esto también era parte del espectáculo, era un todo bien planeado, llevado a cabo sin errores, hasta hacer creer que aquello ocurría por magia.

Agradecí a Oliver haber asistido, lo había olvidado un poco al estar observando la danza, pero su mano no me soltaba. Regresamos a casa, lo que pasó después fue algo excepcional.

22

Aquello que sucedió no quisiera contarlo aún.

23

Por allá, donde estaba la casa verde, llegando a la esquina, bajando la calle, se pasaba por aquella hilera de casas decrepitas, creo en algunas de ellas ya no vivía nadie, estaban dispuestas entre algunos terrenos baldíos en donde crecía la hierba, donde por las noches en alguna época del año habitaban las luciérnagas. Las bardas que separaban unos terrenos de otros, casi se venían abajo por las pesadas enredaderas, éstas al parecer ya tenían tiempo sin recortarse; adentro, en los jardines interiores, que solo algunas de las casas dejaban ver al transeún-

te, a través de sus portones enrejados, se podía observar la maleza invadiendo la más mínima brecha abierta en el concreto, además, la maleza exuberante, ya trepaba por las paredes externas y casi entraba por las ventanas de las casas. Las ventanas con algunos vidrios rotos y columnas de polvo, guardaban los tiempos en los que hubo gente habitante, generaciones enteras dejaron su precedente, sin embargo, aquello ya estaba abandonado, incluso hubo gente de mi tiempo buscando un refugio allí, en alguna de esas casas.

En las calles aledañas vivía más gente, en esa zona las diligencias eran a diario pues había negocios particulares en los que se encontraba de todo, era barato, incluso llegaba una feria encendiendo con luces neón la oscuridad de las noches, por dos semanas cada seis meses. Durante esas semanas las calles se llenaban de niños al anochecer, se escuchaban los cuetes tronando consecutivamente, y a veces se apreciaban las estelas de las luces o las luces estallando en el cielo, embargando con infinita sorpresa a los paseantes, dejando el ambiente con olor a pólvora y empañado de humo. Los chicos y las chicas jugaban a ser valientes y entraban a la calle de las casas decrepitas, entonces corrían en banda con los cuerpos iluminados de manera intermitente y con las manos cargadas de piedras, las cuales arrojaban con fuerza al interior de las casas, queriendo escuchar, segundos después de arrojada la piedra, algún sonido estridente, para después echar satisfechos a correr.

En cualquier época del año, algunos vendedores ambulantes se reunían en el árbol de la esquina de las calles San Gregorio y Colina Belén, no sabía por qué existía esa costumbre, desde que llegué a la casa verde podía verlos congregados a la sombra del gran árbol a veces de buenas, conversando, así los vendedores diurnos como los nocturnos; también estaban los policías haciendo guardias, a ellos se les observaba ahí de pie, con sus uniformes, recargada su bicicleta en el tronco del árbol. Tantas noches yo pasé por esa esquina cuando estaba lloviendo: el agua corría desde calles arriba, con fuerza similar a la de un río, jalando la basura hallada al paso, es la ciudad donde los desagües no se dan abasto, pues se colman de desechos. Cuando la tormenta estaba recia, yo aceleraba el paso, sin embargo, de pronto buscaba dónde guarecerme, y experimentaba una impronta de exacerbado respeto hacia el gran árbol, pues sabía que si le caía un trueno me llegaría hasta los pies, y era entonces aquel respeto, una petición al cielo de

que aquel árbol fuera un ser intocable sobre la tierra, así yo quedaría a salvo. Había noches radicalmente negras, la luz eléctrica se había ido, la luna no había salido, pero debía llegar a la casa verde. No podía acostumbrarme a dar de frente con aquel cuerpo gigantesco, hábitat de millones de insectos, ahí él, inamovible, con su impactante follaje bien adentrado en las alturas. Por fin, al pasar, tenía que darle la espalda al gran árbol, para continuar mi camino, y eso era lo peor, pues lo sentía despertarse... imaginaba a este ser siempre expectante y a punto de tragarme al darle la espalda, era eso... Pero también, otra imaginación me aquejaba sin compasión al caminar por aquellas calles de noche, y era creer que aquello no era un árbol, sino una ballena azul, con la cola clavada en tierra para sostenerla, y las aspas abiertas al cielo.

Una de tantas noches, el hombre a quien le regalé la pera hizo una fogata bajo el gran árbol, al verlo me quedé contemplando aquella imagen que parecía sacada de un cuento, su cara irradiaba los tonos anaranjados del fuego, y el cabello rizado parecía la continuación de las llamas, y no era todo, el hombre estaba de pie, a la vera del calor y sostenía un libro entre las manos, el cual leía en voz alta. ¿Alguien vio aquello, o solo lo vi yo? ¿Acaso lo soñé? Sin embargo, si fue un sueño se extendió pues yo seguí caminando, no quería ser vista por el hombre, menos me reconociera como la mujer quien le regaló alguna vez una fruta, era tarde para cambiar de camino, hubiese sido manifiesto para él, y no quería me oliera el temor, así, decidí andar de manera segura, con mirada impassible, ¡cómo no verme, si la calle estaba vacía! Ahí yo, andando sobre la acera, cualquier persona era yo, él debía continuar en lo suyo... su lectura en voz alta sobre el fuego. Seguí, empezaron a temblarme las piernas pues no tenía la certeza si él me estaba o no mirando, razonar eso me puso más nerviosa. De reojo alcancé a ver que bajó el libro, al tiempo gritó “Hey”, seguí... “Hey tú.”, insistió y entonces aceleré el paso, él se dirigió a mí y el miedo me embargó, eché a correr, se me cayeron unas cosas, él corrió tras de mí con el libro en mano. Pensé que no debía cansarme hasta llegar a casa y encerrarme, era un loco, exhibiendo el fuego en vía pública. No, no iba a gritar... Me alcanzó, y me colocó frente a él.

—¡¿Qué quieres?!—dije desesperada.

Ya me tenía acorralada, con la espalda pegada a la barda de una casa, pude sentir lo que sienten las tarántulas al ser atrapadas, pude distinguir su rostro a

través de las sombras de los árboles enfilados en la banqueta, y la luz del cielo nocturno hizo no me perdiera detalle del hombre de la pera.

—¿No te puedo dar las gracias?—dijo mostrándome sus dientes.

—De nada.

Me soltó, y se ríó como un maniaco.

Aquella noche llegué a la casa verde, donde todas las noches eran las mismas. Ese día al irme a dormir ya con la cabeza puesta sobre la almohada, recordé lo sucedido: la oscuridad, el árbol, el fuego, el libro, el hombre, “¡qué imponente el árbol de la esquina de las calles San Gregorio y Colina Belén!”, pensé. Estaba cansada y me quedé dormida, cuando escuché los gritos de Thelma...

—Estabas soñando... estabas soñando —le decía Damián.

—No. Aquí estaba, a mis pies estaba —oí decir a Thelma desesperada.

—Entonces lo imaginaste —volvió a hablar Damián.

24

Había lugares donde quedaban atorados los recuerdos, los sueños y las pesadillas. No importaba esos recuerdos hubieran sido de otros, esos sueños y esas pesadillas, aquellas imágenes a veces cruzaban el tiempo, escindían el espacio y volvían a presentarse, ante desconocidos. Tampoco importaba que todo, recuerdos, sueños, pesadillas, estuviese hecho de un material inasequible, pues allá dentro, en la mente, se podía hallar la conexión con todo aquello que no se podía tocar.

Cuando era amiga de la mamá de Fermín, aquella señora huraña quien teñía su cabello de rojo, me contaba muchas cosas. Yo llegaba por la tarde, y ella se quedaba parada al lado de algún mueble de la estancia, me pedía esperar un momento, siendo así iba por un saco y una bolsa de mano, además de calzarse tacones, esto para decirme, “Yo ya me voy”, ante su tajante afirmación yo no sabía qué hacer, pero trataba se quedara y me hablara, ella accedía, sin sentarse, acomodando sus delgadas piernas sobre los tacones, para sentirse cómoda así, de pie.

—Debes tener cuidado y luchar. Cada día luchar sin perder los ánimos...

Así comenzaba a hablar, hablar y hablar, no permitía la interrumpiera; si

me atrevía a emitir opinión, ella callaba de inmediato, se le venía un rasgo de indulgencia a la cara y a veces volteaba la mirada a otro lado, o corría los ojos hacia arriba, apretando los labios, bajando el rostro, mirándose las uñas esmaltadas, y antes que yo terminara de hablar, ella proseguía su monólogo. Así fue todas las veces que “conversamos”, y aprendí que cuando quería contarle algo se lo debía decir con pocas palabras. Me contaba algunas historias, sobre todo de cuando trabajaba, de cómo hacía para que sus hijos estuvieran bien, sin ella en casa, y de todas las propiedades adquiridas a través del esfuerzo de años trabajando.

—Pues mira, venían varias muchachas, todas de pueblo. Tú sabes, la comida, la limpieza, la ropa y todo lo de los niños. A ellos los despertaban, les daban desayuno, los duchaban; jugaban con ellos, les enseñaban colores, onomatopeyas, formas geométricas, letras, números, modales; les daban de comer, los acompañaban a pasear al jardín, los preparaban para la siesta, después los despertaban para jugar con ellos otro rato; más tarde, les daban su merienda y los llevaban a sus cuartos para encenderles la radio, y antes de dormir escucharan algo que les aportara en su educación cultural. Esto diariamente. Cuando los niños estaban escuchando la radio, yo ya había vuelto de los trajines laborales y me hacía cargo de mis hijos, aunque solo para escuchar la radio juntos mientras acariciaba sus cabecitas antes de quedarse dormidos, entonces las muchachas tenían tiempo de irse a estudiar alguna carrera corta en la escuela nocturna. Unas se hicieron secretarías, otras aprendieron un nuevo idioma, varias se fueron a belleza o corte y confección, alguna eligió cocina, y recuerdo hubo quien se graduó de enfermera. Los domingos estaban libres, salían juntas o venían por ellas, ya sabes, los amigos, los novios; se iban al centro, al café, al cine, al zoológico, otras veces iban de visita a sus pueblos, cuando era así partían desde el sábado, pero eso sí, se ponían de acuerdo para ser sustituidas acá en casa, porque yo los sábados... Los sábados despertaba a las diez, desayunaba en el jardín o fuera de casa, me llevaban café, hot cakes, jugo, huevos, fruta, me quedaba leyendo el periódico; más tarde iba a hacer las compras para la semana, a eso me acompañaba alguna de las muchachas. Como a las tres salíamos todos a comer a un restaurante, nos juntaban hasta cuatro mesas, imagínate todos mis hijos y ellas; finalmente, dábamos una caminata por alguna alameda de la ciudad. ¡No sabes cómo me traen remembranzas aquellos tiempos!, todo se daba: lo familiar, lo laboral, lo econó-

mico. En fin, las caminatas que te cuento eran para relajarnos de los menesteres realizados entre semana; adoraba contemplar el goce de mis hijos, ¡cómo querían a las muchachas quienes los cuidaban!, las querían más que a mí, pero eso me dejaba tranquila pues quería decir que ellas se lo habían ganado, todas eran jóvenes, inocentes, daban su vida por un niño. Ya casi al anochecer volvíamos a casa, esta casa... siempre amplia, ventilada, con olor a húmedo durante las tormentas de junio y julio, regresar de aquellos paseos era regresar al paraíso, al paraíso construido por mí. Aprovechaba los niños llegaban rendidos; se daban un baño antes de ir a sus cuartos, el agua tibia les era efectiva y poniendo sus cuerpecitos en la cama caían dormidos. Yo sentía una sana liberación, y aprovechaba la noche del sábado para mí. Siempre quedaba con alguna amiga, para irnos a escuchar a los cantantes en algún restaurante-bar. Había que arreglarse, verse guapa; adquirí tantos vestidos, abrigos, maquillajes, joyas, perfumes, lencería, zapatos, bolsos, ¡todo un lujo!, todo combinado: cada par de zapatos tenía su propia cartera, cada anillo era juego de unos aretes, o de algún fino brazalete. Mi arreglo consistía de unas dos horas pues me relajaba un rato en la tina e iba alguna muchacha a darme un masaje; salía de casa a las once, con los labios escarlata y un brillo fulgurante por encima; al subir al carro cuidaba mi peinado, amaba lucir el cabello suelto, tenía precaución de no estropear el abrigo y de mantener las puntas de las zapatillas impecables. Durante el camino escuchaba la música del momento, o algunas veces llevaba la música de cuando era joven y soltera, la que escuchaba con mis hermanas, a veces se me corrían las lágrimas. Llegaba, y al salir de mi carro sentía bajo el vestido mi delgada figura, caminaba con soltura pues a diario calzaba tacones y estaba acostumbrada, mi cartera en mano, pegada al muslo, tú sabes, aquel acto me hacía sentir más segura y sensual, sino llevaba cartera, portaba bolso con asa metálica colgada al hombro. Llegando al lugar, en la elegante recepción, pedían mi nombre y debía dejar el abrigo, eso me era fascinante, así podía presumir cuerpo y vestido. Accedía al lugar, donde pronto me reunía con mis amistades; tomábamos asiento, pedíamos una copa, conversábamos, reíamos, escuchábamos y cantábamos la música de fondo, a veces bailábamos, todo esto mientras los cantantes se preparaban para salir a la pista. Yo fui novia de varios de ellos, y me quisieron mucho, eran romances que duraban unos meses, pues mi vida eran mis hijos, mi casa y mi trabajo, yo misma. Así fue

mi vida, los hijos crecieron, se volvieron más fuertes, y una... una se enferma, se vuelve frágil, ya ves... ya ves este cáncer —Ella hizo un silencio, quitándose la vista de encima, se acomodó el saco y subió los brazos para disimular la falta del seno. No quería verla triste y se me ocurrió volver a cualquier tema.

—Siempre he visto muchachas que vienen a ayudarla.

—Sí. Te voy a contar algo —al decir esto bajó la voz y subió la mano, de piel áspera y uñas con esmalte desgastado, para cubrir los labios— Un día, una de las muchachas quien lavaba y planchaba aquí, debió regresar a su pueblo de urgencia, pues alguien de su familia se había enfermado y la requerían a ella para apoyar allá. Ella se fue un día entre semana, en casa nos quedamos con quehacer encima, las otras no sabían hacerlo igual, además estaban dedicadas a otras labores, entonces se me ocurrió comentárselo a doña Merceditas, una señora vecina de estas calles quien ya murió, tú seguro no la conociste. Esa señora se mantenía de vender pan, hecho en un horno antiguo que tenía en su casa y, además, vendía productos agrícolas traídos de provincia, la gente le compraba todo. Un día fui a realizar parte de las compras para el abastecimiento de la semana, pasé a la tienda de Merceditas y como te dije le conté me había quedado sin quien lavara y planchara, ella dijo me daría la referencia de una persona para esta labor, pero en ese momento no tenía la información, por esto me pidió regresar de noche. Aquel día era sábado... por más que traté de hacerlo todo, no logré terminar pronto, además ya había quedado en reunirme con unos amigos, y antes de pasar con Merceditas debí arreglarme, así como hacía cada sábado. Recuerdo haberme puesto aquel vestido entallado, índigo, con un cierre diamantado como adorno en el costado, medias de seda, tacones de terciopelo, al igual que la cartera, y recuerdo como si fuera ahora, haber elegido una joyería de plata fina con incrustaciones de amatistas... era una gargantilla divina. Llegué y estacioné el carro, la tiendita seguía abierta, pero no estaba Merceditas despachando, quizás se sorprendería al verme tan arreglada, ¿qué le diría?, luego esas señoras juzgan, en fin, eso pasaba a segunda instancia, yo lo que quería era el dato de la persona quien me sacaría del apuro. Le grité a Merceditas desde la tienda, estuve un momento esperando y nadie respondió; pasó una señora por enfrente y al mirarme esperando me dijo: “Pásese, doña Merceditas ya no escucha bien.”, en voz alta le di las gracias, no iba a hacer lo sugerido pues no había tanta confianza; volví a gritar a Merceditas,

pero nada, y ya se hacía tarde. Llevaba ahí unos minutos, pensé que cualquiera pudo haber entrado y vaciado la tienda, sin nadie enterarse. Tomé valor, pasé atrás del mostrador y corrí la cortinilla de encaje, ésta separaba la casi derruida casa de doña Merceditas de su negocio, ante mí quedó un pasillo completamente rojo, paredes, techo y suelo, con una hilera de helechos colgantes, más dos lámparas alumbrando débilmente, también pendientes del techo; el pasillo daba a un patio, éste último tenía el suelo cuarteado. Fui accediendo de manera paulatina, quedándome unos instantes al final del pasillo rojo, ya en el patio traté de encontrar a la tendera, fue cuando ella se asomó desde una ventana de la planta alta de la casa, las piezas de la casa rodeaban el patio. Al verme, Merceditas puso cara de gusto, y me hizo seña con la mano para continuar y entrar desahogada, pero ¿dónde estaban las escaleras? Busqué la entrada a la estancia y la encontré, era una puerta de doble hoja, la cual se hallaba entornada, al abrir observé que aquella puerta guardaba una habitación en penumbra, allí la poca luz venía de la parte de arriba la cual llegaba a la planta baja a través de las escaleras, a pesar de la oscuridad pude notar el color de los muros de un enérgico azul y además no había ventanas, el aire ahí no corría, parecía ser el mismo aire atrapado por años; y entonces vi... —la voz de la madre de Fermín buscó ser más discreta, aunque nadie nos escuchaba— ...estaba ahí la muchacha quien me ayudaba a lavar y a planchar, “Pero... ¡cómo es esto, qué descaró, me dijo debía estar en su pueblo!”, pensé en ese momento. Ella planchaba con aquella poca luz... junto al burro de planchar había un bote de mimbre con ropa; al sentirme entrar ella detuvo su quehacer y sin levantar la cara, me miró, además de sonreírme mostrando los dientes con una punzante malicia; el pelo lacio le caía en los hombros y sus ojos se veían aún más negros entre las sombras. Aquella visión me heló, olvidé el enojo y el reclamo que le estaba preparando a doña Mercedes en cuanto subiera, pues había empleado a la muchacha quien trabajaba conmigo, me quedé embobada, no sabía si seguir y subir las escaleras o salir inmediatamente. Fue tal el espanto que decidí retroceder, unos pasos atrás estaba la puerta de doble hoja por donde yo había ingresado, la muchacha dejó de mirarme y continuó planchando. Salí y cruce con penurias el patio, pues mi par de tacones se atoraba en las cuarteaduras del suelo, llegué al pasillo rojo, ahí me recargué en las paredes para mantener

un poco el equilibrio, pero continuaba volteando la cara, ¿qué tal si aquella loca de la plancha había salido atrás de mí con todo y plancha caliente?!, logré salir, meterme a mi carro y arrancar. Ya en el bar, dispersé mi mente.

—¿Qué pasó, por qué la muchacha quien le ayudaba a usted estaba planchando en casa de doña Merceditas?

—Pasó tiempo, yo no le conté a nadie de aquel suceso, la muchacha ya no volvió...

—Es decir, ¿ella se quedó trabajando con Merceditas?

—Merceditas me dijo que a ella nadie le ayudaba al quehacer, porque no le gustaba pagar, todo lo que ganaba quería invertirlo en arreglar su casa, pues se estaba cayendo. Un día me atreví a preguntar a otra de las muchachas quien trabajaba conmigo acerca de... pero no supo darme razones de ella. Así, decidí hacerme a la idea que lo ocurrido, aquella noche, en casa de Merceditas fue una lúcida pesadilla.

25

Por un tiempo yo acompañaba a Thelma, la acompañaba a la hora que el cielo ya estaba aciago, para esa hora Damián escribía y revisaba libros y demás documentos, la estancia era para él su centro de trabajo, solo se levantaba por café o a fumar un cigarro al patio, entonces se quedaba allá afuera como petrificado, con el cigarro en la boca, mirando hacia el suelo o hacia el cielo, la luz hacía que su sombra se prolongara. Se escuchaba el ruido afable del viento metiéndose entre las enredaderas, en eso las hojas se movían y los insectos comenzaban a salir. Los gatos miraban a Damián desde el borde de la azotea, mientras el humo se levantaba en pardas espirales. Yo miraba a través de la ventana del cuarto de ellos, siempre miraba... y aquella imagen de él me la guardaba, abría los ojos y ahí estaba, bajaba con lentitud los párpados para dejar la nitidez de aquella visión en mi memoria. Volteaba a mi izquierda y ahí estaba Thelma, postrada en cama, cada día más débil, en los huesos y asustada. Por ratos se cercioraba de mi presencia, me miraba unos segundos y después otra vez ojos al techo, o alrededor de la cama, ella observaba cada cosa habida ahí adentro, fijaba la vista y la entornaba, como si las cosas no fueran las cosas, sino otra cosa, y es que estábamos en

la oscuridad... cuando lograba darse cuenta de lo que realmente era cada cosa, se relajaba y después repetía lo mismo con otro objeto.

—Thelma, ¿quieres que encienda la luz? —yo preguntaba.

—No, no quiero distraer a Damián—contestaba.

Un día se quedó dormida mientras yo miraba hacia el patio a través de la ventana, esperando que Damián saliera a fumar... para verlo. Aquella oscuridad y silencio me provocaban espanto, era mejor evitar mirar con ahínco hacia el patio o adentro de la habitación, no mientras ella dormía o el patio estuviera solo. Así, recargué la cabeza en la silla, crucé las piernas y traté de cerrar los ojos para relajarme, cuando escuché la respiración de Thelma comenzar a agitarse. Me levanté y me acerqué a la cama para verla, así dormida volvió a encontrar bonanza, pero a los pocos minutos despertó. Hizo lo de rutina, observar detenidamente cada objeto, cada mueble de la habitación, allá por una esquina, en el respaldo de una silla había doblado un pantalón de Damián, ella quedó mirando aquello, cuando de repente se sentó colocándose la mano en el pecho, entornó los ojos de forma inusual, siendo así se puso en cuatro para avanzar hacia la orilla de la cama, mirando hacia la silla de la esquina. Yo continué sentada, pero me erguí y le hablé:

—Thelma, ¿qué haces?

—Mira... —me dijo, sin dejar de mirar donde estaba mirando.

—No hay nada Thelma.

—¿Y qué es eso?

—Es una silla y los pantalones de Damián encima.

—No...

—Thelma basta...

En eso me levanté y encendí la luz, al tiempo ella se incorporó y fue hacia la silla, tomó los pantalones y comenzó a sacudirlos.

—¿Te acuerdas cuando me acompañabas al psiquiatra? —dijo ella mirando los pantalones que tenía en las manos.

—Sí, me acuerdo.

A Thelma todo le daba tristeza, los días de sol y los nublados le causaban llanto por igual. Al salir de la cita con el psiquiatra, a quien la acompañaba a ver cada mes, pasábamos a un café, ahí tomábamos asiento y los ojos de

ella comenzaban a pasear por el lugar, recorría con devoto esmero desde los objetos, los muebles, el espacio, hasta la gente, incluso a mí, todo sin ningún disimulo. Después guardaba un silencio inescrutable, y recomenzaba la acción; pasados unos minutos su mirada se transformaba, ahora se detenía más en cada cosa entornando la vista, era como si todo lo fuese comprendiendo a partir de la observación o, al menos, esa cara ponía. Yo solo pensaba que le estaba haciendo daño pensar tanto, por eso debía ir al psiquiatra, lo malo no era entender, pues se notaba que ella lo entendía todo, sino llegar a un estado de lucidez incontrolable, en donde Thelma fue acumulando locura y perdiendo razón. De pronto ella comenzaba a decir...

“¿Quién ha puesto ahí cada cosa?, ¿quién ha traído todo esto aquí?, ¿quién ha hecho cada cosa, cada parte de la cosa, y luego: quién la armó? Mira esto... fíjate si está hecho por piezas, observa bien, texturas, colores, ¿de dónde habrán sacado los colores?, porque los colores de alguna parte se sacan, por otro lado, está el efecto óptico, sin embargo, los colores existen pues hay gente dedicada a sacarle el color a la naturaleza, para verterlo en los objetos, en lo artificial. Mira luego esto, qué tristeza, qué fragilidad, qué tontería, estamos dedicados a cosas contingentes y luego pasajeras, nuestra vida se agota en mover objetos, el tiempo de la vida termina después del magnificante acto idiota de mover la última cosa, todo es tan pequeño, hemos creado un mundo de cosas, de ‘cositas que hay que hacer’ y luego mover de lugar. Hemos creado un mundo de basura, porque todo se tira, todo va a la basura, y el movimiento más complicado es como mover esa masa que ya no sirve, y pensar si algo de eso sirve, para seguir moviendo al mundo, estamos constreñidos a una red de cositas frívolas. ¿De qué nos sirve todo aquello? Si nos vamos a morir, si en cualquier momento podemos matarnos a nosotros mismos o a otros, entonces ¿para qué el mundo?, ¿para qué la ‘lucha’? ‘La lucha’ —ella se ríó burlescamente—, ¿habrá estupidez más legítima que ‘luchar’?, no, no la hay, y estoy despóticamente segura. Somos tan eventuales, cada parte de nosotros y de nuestras historias ha sido un accidente, y bueno... todos vamos hacia el mismo lado, vamos hacia un lugar ignoto, eso aterriza a la mayoría; o qué hay de los que piensan que aquí se acaba todo, esos son de los que se creen que la vida es todo, pero están en el más fatal de los errores, la vida: no es nada. El reloj que marca el tiempo es... cómo decirlo, la cosa más ilusa, más

ingenua que pueda haber, y los que nos damos cuenta nos morimos de la pena, mientras otros llenan sus vidas de días con horas. Mira... nada tiene sentido, y darse cuenta marca de manera indeleble la existencia, no entiendo de dónde viene la fuerza de la gente que llega a vieja, esa gente es la que jamás entendió nada, pues si hubieran entendido algo habrían sido suicidas o asesinos. Es difícil tener que confesarte todo esto, pero estoy asqueada de tanta inconciencia, es agobiante darse cuenta de que casi nadie ha comprendido nada; el mayor de los abusos para personas como yo es mirar esa inocencia en los ojos de los otros, me hacen sentir resentimiento, pero más... siento una inconmensurable melancolía... después viene el pánico, en eso la sangre se desboca, nada más abrumador que tener un corazón sensible y una cabeza pensante. La gente se parte por nada, y no piensa en el universo exterior... bueno, miran las estrellas... dime, por favor, ¿cómo hace un astrónomo o un filósofo para no enloquecer? ¿Cómo hace aquel que espera el tren para no lanzarse a las vías, o como el obrero que trabaja en las calderas se abstiene de tirarse al fuego? ¿Acaso nadie ve a ese indigente quien mira la comida en los platos...?! ¡Qué pobres somos y son más pobres y más ignorantes los que comen de los platos más rebosantes! ¿Cómo hace cualquiera de estas personas a nuestro alrededor, para no salir corriendo y matarse...? ¡Qué difícil es mantenerme sentada en esta silla, sabiendo que esa mujer y ese hombre, están muriendo de hambre! ¡Difícil, mantenerse sentada en esta silla, sabiendo que la muerte me está esperando... así como nos espera a todos, la muerte siempre nos está esperando... difícil no arrojarse de una vez a ella!”

No sé cuáles cosas hablaba Thelma con su psiquiatra, supongo algo similar de lo que me contaba a mí. Llegábamos a la cita, Thelma se anunciaba con el recepcionista, él anotaba datos y nos pedía tomáramos asiento, el doctor no tardaría en llamar. Ya sentadas ella observaba sus manos, levantaba la pierna y miraba su zapato, se acomodaba el cabello oscuro, cayendo lacio, casi cubriéndole el largo cuello. De repente se abrió la puerta blanca, el médico quedaba suspendido un instante y, con voz parsimoniosa, leía el nombre del siguiente paciente, escrito en una papeleta. Cuando a Thelma le llegaba el turno, se levantaba con airoso garbo, a pesar del cabello grasiento y la piel amoratada pegada a los huesos, ella gozaba cuando la miraban apenas esos cuatro pasos de su asiento al consultorio, la puerta se cerraba tras ella y yo esperaba.

Pasaron algunos meses cuando, una tarde después de salir de cita, Thelma y yo fuimos a la fonda de una famosa plaza a comer comida corrida, hicimos larga fila antes de entrar, pero ya ahí, nos acomodamos, acercaron un perchero y colocamos los bolsos y los suéteres, ella solo pidió caldo de pollo con verduras, acompañado de un vaso con agua de limón, yo comí un poco más. No hablamos, nos remitimos a escuchar los ruidos del lugar, el alboroto hecho por las meseras y los clientes hambrientos de las dos de la tarde, escuchábamos gritar los pedidos; la cocina estaba atrás de nosotras, en la barra había contenedores con pastas, los olores combinados salían de las ollas y sartenes de aluminio y peltre azul, puestos al fuego, sin embargo, proliferaba el olor a mojarra frita y a mole rojo. La gente solo comía, sin voltear a mirar a nadie, los que iban acompañados conversaban y comían, enrollando tortilla tras tortilla, untada de salsa. Terminamos de comer y salimos, cooperamos con unas monedas al trío de músicos afuera de la fonda; Thelma necesitaba un agua mineral, dimos vuelta a la cuadra buscando una tienda de abarrotes, los carros no cesaban de pasar en la calle estrecha, encontramos la tienda, al ingresar tres amplios refrigeradores estaban a nuestra derecha, Thelma abrió uno de ellos y tomó su agua, ambas dimos la espalda a la barra donde estaba el tendero, cuando volteamos nos hemos encontrado con que el médico psiquiatra, a quien Thelma visitaba mensualmente, atendía ahí en la tienda de abarrotes, pero él no nos reconoció, simplemente cobró el agua haciéndonos ver como dos clientas anónimas, así como tantas otras detenían su paseo para comprar una refrescante bebida, y entonces continuar la caminata por aquella concurrida plaza.

Días después quise figonear y regresé a la plaza, solo para volver a ver al médico atender la tienda de abarrotes. Bajé del camión, caminé un poco y crucé la calle, di con la tienda donde Thelma había comprado el agua mineral, ingresé y de inmediato busqué verle la cara al tendero, pero no era el mismo, era otro señor...

—Perdón, ¿usted atiende aquí?

—Sí.

—Pero... hace unos días estaba otro señor cobrando...

—No señorita, se confundió de tienda.

—Tal vez a alguien le encargó por un momento para despachar...

—En estos trabajos no es bueno confiar en nadie, siempre estoy yo.

26

Pasé días sola, escuchando ruidos a los que ya me estaba acostumbrado, sin embargo, no pasaba más y esos ruidos se volvieron lo habitual; dejé de asustarme, dejé de correr hacia la calle, siempre vacía, sin dejar de ser pública; salía, dejando atrás mis pasos, éstos se sentían perseguidos... Mucha soledad, vivía con lo poco; algunos días fue más mi tristeza en comparación con mi terror, de por sí ya comprimido, hacia los ruidos inusitados de la casa verde. Otros días salía a caminar, caminaba horas hasta el anochecer, las calles no tenían final; no encontraba sentido real a nada, miraba a la gente, los lugares, los árboles en los camellones, los automóviles pasando, cerraba los ojos y el ruido de la urbe parecía otra cosa; miraba mis pies avanzando sin cansancio, tenía temor de convertirme en indigente, no tenía fuerzas, el mundo me era ajeno, todos los lugares y todas las personas eran tan aparte, mi alma estaba lejos de todo y mis ojos lloraban incesantemente... tras los lentes de sol. Mi existencia era absurda. ¿Qué había hecho para merecer venir tan sola? Me sentía incapaz de entrar al mundo, de gozar de lo que los demás gozaban y de sobrevivir como muchos sobrevivían. Mi ropa no estaba roída, quizás lo habría estado, si me hubiera quedado unos días viviendo en la calle. ¿Por qué ese desamparo?

Un día accedí a un restaurante, donde se cobraba solo la primera taza con café, las demás iban gratis. Tomé asiento, a ver qué pasaba, o a ver qué podía ver, un rato sin moverme y llegaron a la mesa de enfrente varias señoras. Aquello fue un escándalo desde que el grupo de señoras entró, siendo así eligieron un lugar y buscaron acomodarse en la extendida mesa y en las poltronas acarreadas por los meseros. Ellas eran extrovertidas y querían llamar la atención, llevaban peinados hechos en salón de belleza, maquilladas con pestañas postizas y labiales en tonos subidos, se les veían los dientes, las muelas, las lenguas y los paladares al hablar, todas las risas se volvían carcajadas, y al levantar la quijada buscaban ostentar su cuantiosa orfebrería, cualquier cosa era pretexto para hacerse notar, la gente de otras mesas volteaba a mirarlas; sus atuendos llamativos y ajustados, el calzado escotado de tacón, con las uñas de los pies pintadas y no se diga las uñas de las manos, larguísimas, con esmaltes, figuras y piedras. Desde donde yo estaba se veía bien, me acomodé para ver y escuchar

el espectáculo mejor que nadie, aquello era algo imperdible. Dos meseros les acomodaron las cartas a las damas, unas revisaban el menú, mientras otras comenzaron la conversación en voz alta.

—La Marthita Jiménez ya se va a separar.

—Ay ni digas, lo que pasa es que le tienen envidia, por eso la gente inventa cosas.

—Les estoy diciendo que sí.

—Eso le está pasando por meter magias oscuras en su vida.

—¿De qué hablas?

—De lo que todo mundo sabe.

—¿Todo el mundo? Mejor cuenta.

—Pues todo mundo sabe que Marthita acudió a la magia negra, y no se sabe ni para qué, quizás para salvar la pasión de su matrimonio o para que el marido ganara más dinero —después de haber dicho esto la carcajada fue unánime.

—Ay... lo que es la imaginación colectiva... —dijo una.

—Yo si lo creo—respondió otra, mientras hacía señas para acercarse al mesero.

—Lo que pasa es que el hombre quedó paralítico después del accidente. ¡Imagínense, después de veinte años, aquel quedó inservible! —carcajada unánime.

La conversación cesó un poco, las señoras se dedicaron a revisar la carta. Llegando el par de meseros solo se oía "... que sean dos, bueno que sean tres...", como aperitivos el bar del restaurante les mandaría diferentes cocteles con nombres de flores, los cuales, entendí desde mi lugar, se hallaban en promoción, si había duda los meseros indicaban los ingredientes, sabores, colores y licores de cada bebida. Cada una iba a beber más de un aperitivo, pues la cosa era aprovechar las promociones, vivir la enjundia del momento en el calor de la reunión, ninguna podría entrar en estado de embriaguez —solo la "embriaguez" producida por el "chisme"—, pues apenas daban las cinco, y los abundantes y cumplidos antojos, inducidos por las fotografías de los cocteles exhibidas en el menú, debían circular deliciosos e inofensivos en el ambiente de la juerga. Pasados unos minutos la extendida mesa, para suntuoso grupo de mujeres, se colmó de cocteles servidos en diversos recipientes según fuera una magnolia, una orquídea, una adormidera o un dorado azafrán; además arrimaron platonos con variedad de vegetales, carnes frías, aceitunas rellenas, quesos, botellas con variados tipos de aderezos, pan de cebolla, ajo y especias; los meseros quitaron

los floreros para hacer más espacio, acercaron percheros para los bolsos y la serie de mascadas de seda, pues a la hora del impetuoso diálogo aquellas cosas al cuello estorbaban bastante.

Yo me sentía entusiasmada de estar ahí, creo me verían como la mujer acompañada por un raquítrico café, al lado de un espléndido macetón contemporáneo; mujer con el único atrevimiento de no quitarse los lentes oscuros en la mesa... sin embargo, ni siquiera estaba segura de que alguna de ellas se había percatado de mi presencia. La conversación fue retomada después de los primeros sorbos a los aperitivos:

—¿Y entonces... la Marthita?

—Pues lo que todo mundo sabe...

—Yo no sé, cuenten.

—Nada, solo que un día la disque feliz pareja acudió al supermercado por la noche y de repente se fue la luz.

—¿Cómo?

—¡¿Cómo, y las plantas de luz...?! Ja ja ja...

—Sí, así de simple. A partir de ese día el esposo comenzó a debilitarse. Y de las plantas de luz... no te sé informar chula—dijo una de las mujeres empinándose la copa hasta terminarse su bebida de enardecidos colores.

—Ay... cuenten bien, sino mejor no cuenten.

—Miren, lo que pasó fue cosa triste. La pareja realmente vivía bien, y no de dientes para afuera, vivían bien lo que se dice bien, ya saben buen trabajo, buenas vacaciones, buena vida, buen amor, no falsedad, así como tantas y tantas parejas de matrimonios...—la mujer quien retomó el hilo de la conversación agregó un tono cáustico en sus últimas palabras.

—Ja ja ja nadie puede garantizar la felicidad de otros, o... ¿por quién lo dices, por alguna de nosotras o por ti misma amiga?

—Cada quien sabe a-m-i-g-a lo que pasa, goza y padece en casa...

—Eso sí...

—En fin... estando en uno de los pasillos de abarrotes eligiendo enlatados, harinas, o vayan ustedes a saber, la pareja de veinte años de casados tenía la prisa pues casi casi eran los últimos clientes, siendo cuarto para la media noche, y ya saben todas ustedes como es de odiosa esa voz al micrófono, sin identidad visual,

diciendo: “Estimada clientela les recordamos que el día de hoy nuestro centro comercial cerrará sus puertas a la media noche, así mismo les damos las gracias por estimarnos su primera elección en supermercados. El día de mañana habrá descuentos en artículos para baño y blancos. Les recomendamos ir concluyendo sus compras y pasar a cajas, además les ofrecemos para hoy las ofertas en carnes y embutidos. Buenas noches.”—la mujer había imitado la voz sin identidad visual con socarronería, de pronto todas rieron y ella continuó— Bueno... la pareja apurada pasillo aquí, pasillo allá llenando el sobre ruedas, cuando ya les digo ¡que se va la luz!

—Bueno, ¿¿y?!

—Puro cuento, no pasó nada.

—Oh... esperen, si dejan de interrumpirme las informo... al irse la luz, solo unos instantes, que regresa... ja ja ja. No, bueno, aquí es donde la cosa se va poniendo de cuidado, al regresar la luz la tienda se había llenado de gente, al menos eso contó Marthita, vayan ustedes a saber será verdad, será mentira, quedando ella atolondrada, incrédula, de dónde había salido ese gentío, y el marido en lo suyo, ni en cuenta de lo que estaba sucediendo a su alrededor, en eso un anciano pasó junto a la pareja, él llevaba un paquete en la mano, se dirigió a Marthita, y le dijo: “Señora, lleve carne.”, la mujer miró el paquete que el anciano llevaba, era una charola de unícel forrada con plástico transparente, esa charola contenía una porción de carne molida, ella solo asintió con la cabeza y el hombre pasó de largo. Siguiendo la orden del desconocido, la Marthita, como un autómata, se surtió de paquetes de molida con lo cual comenzó a alimentar al marido, a partir de aquel día.

Prometo haber estado íntegramente atenta a la narración, sin embargo, me era urgente ir al tocador, pero ¿cómo en ese momento?!, debía aguantar un poco, aunque el silencio se había hecho en la mesa de mis vecinas, estaba segura que el diálogo no tardaría en reanudarse, la elipsis solo había sido el efecto de lo narrado. Aguanté sin moverme, cuando el mesero llegó a verter café en mi taza por tercera ocasión.

—Gracias.

—Esto se puso buenísimo, ¿no cree? —me preguntó el mesero dándome una fiable sonrisa.

—Sí —le respondí con calidez, dejé pasar unos segundos, abrigando la afabilidad causada por la sonrisa del mesero y me levanté al baño.

No quise escuchar más, preferí imaginar el final de la historia de la Marthita, me bebí, la tercera y última taza de café con dos de crema diluidas, pensando en la eficacia de la sonrisa humana para curar la tristeza de tantos días.

Allá, en la barroca mesa de las señoras, ya en el calor de los licores, los cuales resolutivamente habían sido suficientes, el café y los biscochos hicieron mella, las damas tomaban entre sus arregladas y experimentadas manos los quebradizos cuerpecillos de turrón, rompopo, chocolate, avellana y mil hojas con crema, quitándoles provocativamente el papel encerado tan ceñido como los vestidos a sus voluptuosos cuerpos. Por otra parte, pidieron acercaran a la mesa la “carretilla especial”, la cual tenía tres pisos de cristal y en cada uno de los pisos había pluralidad de pastelillos, tartas y gelatinas, con profusión de frutas a la vista, tantos y tantas que no sabían cuál elegir... “Entonces Marthita... alimentaba al marido con la carne que compró ese día...”, se escuchó decir, mientras se conchababan cada quien dos o tres suculencias. Elegido el postre entraba la cucharilla llevando a la boca la porción perfecta, sumando un sorbillo al café, la atención entre el diálogo y los sabores era de cincuenta/cincuenta. “Le daba la carne, porque fue una especie de mandato al que ella no pudo negarse, pero no quería hacerlo... Después, con la ingesta de carne, se dio cuenta que el marido se iba poniendo cada día más sumiso...”, con servilletas de tela limpiaban los restos de betún acumulados en las comisuras, quedando la tela un poco manchada de labial; de vez en vez se acomodaban el peinado y supervisaban el maquillaje en los espejitos que cargaban en sus bolsos.

—Siendo así la voluntad de ella se reconfiguró, porque le estaba gustando el marido obediente en todo; cuando ella quiso cambiar, teniendo ya un poco de fuerzas para detener el repudiable acto de seguir suministrando ese alimento al amado, ya era tarde... El hombre perdió la lozanía y la tonalidad de la piel se fue poniendo gris; ya casi no iba a trabajar, de permiso en permiso mejor lo liquidaron, no sin antes enviarlo de viaje a una comitiva fuera del continente —esto como última oportunidad—, pero de camino hacia el aeropuerto tuvo un accidente dejándolo en silla de ruedas, o sea ni el viaje hizo. De ahí, ya sin poder probar dentellada de carne, entró en estado catatónico. Con ayuda de su mujer iba y venía, no dormía,

pasaba la noche mirando hacia afuera, hacia el mismo punto cada madrugada. Marthita cada día y de a poco recuperaba el juicio, entonces la culpa y el remordimiento se apoderaron de ella, mientras el marido gris, tieso, sin parpadear, pasaba las noches al filo de la ventana, ella lloraba y pedía perdón al hombre a quien había vuelto un zombi y, pedía perdón a dios, hincada al borde de la cama.

27

La locura no era fruto de una vida en la que había predominado una crianza autoritaria, la inestabilidad económica, el ajeteo emocional, la dispersión, los altos niveles de ansiedad y las drogas, no, eso no había sido suficiente para dejar a un hombre loco. Yo supe algo de aquella historia, el día que recogieron al hombre de la pera en plena esquina de las calles Colina Belén y San Gregorio. Esa historia ya se encontraba escrita en los archivos de un psiquiátrico público.

Él había tenido una vida tormentosa, empero poseía un intelecto destacado, prolijamente labrado mientras hacía carrera universitaria y, posterior a eso, un par de títulos de posgrado en el país y en el extranjero. El hombre de la pera aprendió a hablar japonés y francés, no necesariamente por haber permanecido un par de meses en aquellos países, sino porque entre sus parejas había dos mujeres de tales nacionalidades, él argumentó que aprender otros idiomas, era una herramienta, secundaria, para el trabajo y las cuestiones académicas, y su primera herramienta para comunicarse en el amor. Adoraba recitar y cantar, su expresión verbal era literaria... poética. Así también exponía temas, variando entre historia —sobre todo acerca de conflictos bélicos o asoladoras pestes—, política, economía, filosofía, religión, psicología, además aquel hombre, de unos treinta años, tenía generosos conocimientos sobre cine y música. Guardaba los sueños de ser actor, bailarín y, al final de su vida, dedicarse a la pintura; además, desde niño, gustó de jugar fútbol, practicar karate y se había forjado como combatiente profesional de ajedrez.

Sin embargo, soltó el alfil una noche. Después de una discusión con una de sus parejas, por allá en el norte, se quedó solo en el dúplex que ocupaban, recién había vuelto de uno de los primeros congresos sobre “Cultura y ecología” fuera

del país, tiempo en el que ella, su pareja, compartió el dúplex con una amiga. A esta amiga no le cayó nada en gracia la forma de ser de este hombre, quien gustaba de recitar en voz alta, cantar, bailar, buscar dialogar sobre historia o debatir sobre política, “un inadaptado”, decía la amiga, quien únicamente buscaba llamar la atención hablando fuerte, y quien tenía el agreste gusto de subir los pies descalzos a los muebles: “¡Vaya falta de educación!”.

Unos días antes de la discusión, sentados los tres, compartiendo un poco de pasta y vino, se comenzó a contar acerca de las creencias religiosas de la familia de la novia del hombre de la pera. La novia narró que su padre recibió de un conocido, una estatuilla de la Niña Blanca, esto por necesidad, pues su hijo menor sufrió una parálisis facial, a causa del susto provocado cuando un gato callejero se le lanzó a la cara y le mordió la nariz. Al padre se le dijo como proceder, a la hora en que la estatuilla fue puesta en la palma de su mano: debía encender una veladora blanca, colocar un vaso de cristal con agua pura y un recipiente con sal, hincarse al frente del altar y llevar a cabo un fastuoso rezo, esto cada noche. Antes de recibir la estatuilla, el padre con su hijo, habían ido y venido de diferentes hospitales, buscando la terapia adecuada, gastando recursos y energía de los que carecían, recurriendo al amparo y consuelo moral de la iglesia, sin embargo, el menor parecía empeorar. El padre entró en un estado de desesperación y, en dicho trance, fue cuando le ofrecieron tener fe en el culto a la Santa Muerte.

El muchacho sanó, días después de iniciado el procedimiento de plegarias, en nombre de la Niña Blanca.

En meses posteriores, el padre invocó nuevamente la ayuda de la calavera, en esta ocasión para que su hija mayor, se quedase en un empleo, ocupando la gerencia del lugar. Durante esta época familiar, de peticiones a la huesuda, la novia del hombre de la pera se mantuvo al límite de la situación, se dedicaba a estudiar y de vez en vez escuchaba de manera desatenta y hasta escéptica, acerca de los milagros que gracias a la fe y a la profesada lealtad que demandaba la estatuilla, se cumplían para sus hermanos. Así pasó un tiempo considerable, cuando ella, la novia, una noche al irse a dormir en la misma cama de su hermana mayor, quien ya era gerente, se despertó por una pesadilla funesta. A los pies de su cama había un bulto grande y negro, creciente en forma piramidal; la chica se encontraba boca arriba, inmóvil, así como una queda en las pesadillas, solo

podía mover un poco los ojos, y eso hizo, subió la vista desde la parte baja del bulto hasta dar con la parte más alta, ésta por poco rozaba el techo, en esta parte dentro de una oscura capucha, había una calavera de muerto, era pues la viva imagen de la Santa Muerte, pero no entre tules y encajes blancos, sino envuelta en un pesado manto negro.

Esto le pasó a la novia de aquel hombre, quien de virtudes estaba lleno, mas éste no era un dotado de paciencia y constancia en sus relaciones personales, y... retomando lo dicho atrás... una noche de acalorada discusión, la novia decidió salir unos minutos al parque para disipar el mal momento, entonces él se quedó solo en aquel dúplex, donde la familia de su novia había vivido y en donde a ella le aconteció la pesadilla con la Santa Muerte. Con las luces apagadas, después de haberse fumado un cigarro cerca de la ventana abierta y contemplar un rato el árbol de nochebuena —cargado de flores rojas, entrándose el ramal por la ventana—, se dispuso a trabajar unas notas, con las ideas surgidas para redactar un ensayo, aún en la oscuridad, se dirigió hacia la habitación por su material de escritor... antes de encender la luz quedó petrificado por la sensación de percibir a alguien en una de las habitaciones, no dio un paso más, se detuvo en el pasillo hasta reunir valor y entrar. En la habitación se encontró ante la presencia de un bulto de suelo a techo en forma piramidal, se contuvo instantes, empero una inclinación malsana lo hizo buscarle algún frente al bulto negro, dando un par de pasos en media luna, rodeando el bulto, se topó con un rostro: un cráneo humano, con aquellos huecos mostrando lo hondo de un abismo eterno, ¿de dónde había salido tal cosa...?, se preguntaría el hombre verdaderamente idiotizado. Y aunque el relato recopilado en el psiquiátrico no cuenta más, se adjudica a este acontecimiento como el desencadenante de la locura insalvable del hombre de la pera.

28

Pensaba en las imágenes de los bailarines de danzón, en la complicidad y el entendimiento transmitidos, la mezcla de esto forjaba en mí cierto rencor, aquel cuadro en movimiento reflejaba dedicación y perseverancia, algo de lo que yo carecía. Miré a Oliver, sería la pareja de danza ideal, y mirándolo supe que él

venía pensando en otras cosas, entonces me sentí aún más ajena a todo lo que aquella noche me había provocado presenciar una ejecución dancística: “¡Jamás podría lograrlo, definitivamente tendría que volver a nacer!”, comprender esto me deprimió. Pasados unos instantes, el hombre de la armónica se dirigió a mí: —Deberíamos dedicar un tiempo a bailar— sus palabras me devolvieron esperanza.

Después del evento de danzón llegamos a la casa verde, hicimos lo de rutina con las luces apagadas, la penumbra dejaba ver nuestras tazas con té y las migajas de pan sobre la lustrosa barra de la cocina, en aquella “sin luz” su cabello era más oscuro y su piel más aperlada, no hablamos, solo me miraba poco y dulce. Al cesar del agua en la pileta, él se levantó y cerró la llave, yo quedé ahí, al volver me tomó del brazo y los dos en pie comenzamos a bailar en el silencio, su corazón marcaba la pauta y yo lo escuchaba recargada en su pecho. Los gatos maullaron, los grillos estridularon, el viento movía las hojas secas en el patio. Nos movimos hacia la estancia sin separarnos, con la misma pauta marcada por el ritmo del corazón, llegamos al frente de la ventana, ahí permanecemos unos instantes más, en esa inefable parsimonia, esos instantes estaban llenos de verdad. Olvidaba a Damián, y la fijeza de su imagen iba perdiendo lucidez dentro de mí.

Fuimos a descansar, la cama parecía irse deshaciendo del pasado, al menos así se sentía por el cambio de sábanas, la limpieza del polvo, la apertura de la ventana, las cosas nuevas y la gente llenando el interior. Nos acostamos abrazados, como cada noche al estar en la intimidad, de pronto el silencio fue general, en algún momento ni gatos, ni perros, ni grillos, ni aire fluyendo entre la naturaleza vegetal, el sueño vencía. Ahí, en el sueño, comencé a soñar.

Estaba perdida en una avenida. Era una ancha avenida en medio de altos y anticuados edificios, sin dejar de parecer edificios modernos, pero de aquella modernidad ya pasada, como de los años sesenta. Era de día, lo sabía por la luz, mi atención alcanzó a precisar la avenida vacía y edificios a los costados, es decir, no recuerdo gente ni automóviles, creo caminé, y mientras lo hacía la estructura de los inmuebles se quedaba en mí... como las primeras imágenes de aquel sueño.

A veces en los sueños me volvía una peregrina poderosa, podía ir y venir, entrar o salir, correr o volar, según quisiera, depende mi temeridad, podía ser así pues yo sabía me encontraba soñando...

Caminando por aquella avenida, decidí transportarme cerrando los ojos y deseando estar en otro lugar, de vacaciones, un lugar cercano tal vez. Al abrir los ojos estaba acostada en una cama, pero con los pies puestos en el suelo, con un vestido rosado debajo de la rodilla, del cuello colgaban unas cintas del mismo color, los zapatos eran con tacón cuadrado; al observar a mi alrededor entendí que aquello era un cuarto de hotel, de esos baratos en un pueblo perdido, me incorporé y un temor me invadió enseguida. Aquellos temores, casi pavores, me daban en esos sueños, en los cuales yo osaba hacer lo que quisiera, ir a adonde sea, topando casi siempre con lugares enteramente inesperados, incluso a veces alcanzaba a comprender que traspasaba el tiempo, las épocas, al grado de hostigar a la mente cuestionándola... cómo iba a ser que, dentro de aquellos sueños, la mente pudiese engendrar recovecos, a los que iba a dar de cuerpo entero. En el sueño, sentada sobre la cama, comprendí que logré transportarme de un lugar a otro con el simple hecho de cerrar los ojos y desear promoverme hacia otro espacio. Después observé otra cama, donde estaba acostado alguien, cubierto de pies a cabeza, con una cobija a cuadros, entonces recordé cuando el profesor de biología...

...Nos había enviado al anfiteatro y a recorrer las instalaciones de la facultad de medicina. Aquel olor a formol era repugnante, y se discernía fuertemente desde la entrada, ahí en el fragor de los estudiantes, pasaban inadvertidas sus batas blancas impregnadas de esa nauseabunda fetidez, con la huella invisible del elemento con el que mantenían en conserva a los muertos, todo para aprender a despellejarlos, a separarles y recomponerles miembros y órganos, tal como si fuesen un rompecabezas. Allá fui yo, sola, por el encargo de aquel profesor quien tenía mala una pierna, quien recargándose en un bastón paseaba al frente del aula, para dar unas clases parecidas a cátedras extraordinarias. Aquel profesor, quien miraba con amor y paciencia harta, nos llevó a sembrar pinos, en aquel lugar donde se podía respirar un aire de campo y donde había una presa. Por él, había ido a la facultad de medicina, pues debían definirse los estudiantes que irían al área de médico-biológicas. Recorrí la facultad, sus edificios, puentes, murales, auditorios, salones, laboratorios... los jóvenes reían, comían, conversaban sentados en los jardines, otros estudiaban o jugaban ajedrez. Pregunté dónde se ubicaba la entrada al museo y al anfiteatro, uno dijo... "Ah, eso se ubica

en el sótano. Sí, el anfiteatro está en el sótano.”, mientras otro corregía: “No, en el sótano es la recepción y preparación de cadáveres, ahí no hay acceso público.” En fin, el museo y el anfiteatro estaban arriba. Subí la serie de puentes vacíos de gente, uno arriba del otro, interminables, a plena luz del medio día, al llegar a la parte más alta se entraba a un recinto, donde se permitía acceder sin identificación. Aquello daba la impresión de sobriedad, de hermetismo, de que no cualquiera podía estar ahí, vi salir a dos estudiantes con libros en los brazos, uno de ellos me preguntó si iba a pasar, moví la cabeza afirmando con naturalidad, era probable que por no portar bata ellos mismos me advirtieran aquel lugar exclusivo para la comunidad matriculada ahí. La pestilencia a formol se había recrudecido, era momento de arrepentirme, pero no lo hice. Encontré el museo, recuerdo algunos contenedores con fetos colocados en el pasillo de recepción, recuerdo uno donde se albergaba un bebé con cuerpo parecido al de un adulto pero en miniatura, tenía ojos claros y visiblemente separados, cabeza aboyada, en la información escrita se leía: “Bebé sin cerebro”, ¿cómo olvidar aquel finísimo y pelirrojo cabello, mismo color de las tupidas pestañas, flotantes en el líquido traslucido?!, aquello me remitió a uno de los cuentos de Tiene la noche un árbol, donde una familia convivía con un feto colocado en la parte alta de un ropero, había sido una hijita nacida, muerta, antes de tiempo, al que los padres se habían aferrado por años, ya mayores los hermanos enterraron al feto en el jardín. Después andé dos veintenas de escaleras, aquellos puentes no llevaban suficientemente alto... entonces llegué al anfiteatro. El hedor hostilizaba el ambiente, y al tratar de respirar por la boca ese aire se metía en las entrañas, y una se lo tragaba. Unos pasos antes de entrar, el formol se apropió de mi garganta, luego de mis órganos y de mi cabeza, me recompuse, cubriéndome nariz y boca. Al entrar, se inició ante mí una sucesión de cuartos a través de un largo pasillo de paredes, techo y suelo blancos, con puertas de un azul eléctrico, me coloqué el suéter pues la temperatura descendió. Al quedar frente a la primera puerta del pasillo, del lado izquierdo, a la altura de los ojos tenía una placa plateada de acero enmarcando una ventanilla, me acerqué a ver a través del vidrio, era polarizado, distinguí un cuarto blanco con una pila de planchas metálicas vacías, separadas por unos tubos del mismo material, despegué los ojos de ahí para seguir avanzando. Pasos adelante hallé una puerta abierta, necesité recobrar sosiego pues la experiencia

estaba rebasándome, pero quería mirar, el morbo me persuadía, en ese cuarto abierto encontré una pila con tres planchas metálicas, y en cada una, un cuerpo humano cubierto por una cobija a cuadros, a uno de esos cuerpos se le asomaban los pies, los pies apachichados, como dos frutas secas, con un tono de carne ya pasada, endurecida. Fue la visión de esa puerta abierta y aquel par de pies que mi animadversión no pudo dejar atrás, ¡lo sabía, sabía encontraría algo repulsivo! Seguí adelante, y me prohibí asomarme a ninguna ventanilla de ninguna puerta, sin embargo, ineludible fue andar sin ver en uno de los cuartos, a tres estudiantes diseccionando un cuerpo sobre una plancha y, mientras lo hacían, se pasaban uno al otro una torta, causándome estupor y asco. Salí de ahí, dominando mis fuertes ganas de vomitar. Ver a esos estudiantes comiendo sobre el cadáver, me produjo cesar de comer carne por un tiempo...

...Volví a mi sueño. Ahí... estaba acostado alguien, tapado desde la cabeza con una cobija a cuadros, solo se le asomaban los pies... permanecí inmóvil unos segundos, y volví a observar aquella decadente habitación de hotel, acaso una ventana con cortina, tocador, ropero, dos camas, piso de madera. Temí al darme cuenta de mi poder, lo capaz que era de crear espacios que parecían tangibles, con la nítida grabación del color en mi atuendo, sabiendo que los sueños podían ser algunas veces humeantes, inasibles, empero aquella materialidad alcanzaba una solidez perturbadora, cosa que no me restaba intrepidez. Me levanté y me coloqué al lado de la otra cama, bajé la vista para mirar el “bulto del muerto”, subiéndome a él como una muñeca mecánica, quedé sentada a la altura del pecho, puse mis manos en su cara, busqué su nariz y la oprimí con la diestra de manera violenta, el “bulto” comenzó a moverse, estaba vivo. Desperté.

29

Cuántas veces te escuché el silencio.

Te preocupaba la guerra, lo dijiste una vez, contándolo a modo de anécdota una noche: el día que tu maestro de historia universal les había hablado de los millones de muertos durante la segunda guerra mundial, había sido para ti revelador... Al llegar a casa botaste la mochila y caíste en un sueño profundo, por la

noche no pudiste conciliar dormir y entonces discerniste la ansiedad, lloraste y gritaste: “No quiero que haya guerra.”, no pudiste controlarte e imaginaste que te ibas a quedar en ese aturdido estado de por vida, y tuviste razón, así te quedaste. Tenías trece años. Tu abuela estuvo ahí, pero no te contuvo, te dejó vivir ese pánico, mientras te miraba con aquellos ojos parecidos a los tuyos, Damián. Al otro día, ella te acompañó a la escuela y te ayudó a cargar la mochila, caminabas junto a ella, de la mano, como un guerrero que aún no sabe que es un guerrero, a quien se le había ido la fuerza esa mañana, hasta para cargar sus medios de defensa. Tu abuela dijo, “Hijo, ¿quieres un tamal?”, moviste la cabeza en negativa, mirando la orilla amarilla de la banquetta recién pintada y los troncos blancos de los árboles. Siguieron caminando y, dentro de toda la hostilidad sentida, lo único que te amortiguaba el mundo era la manita rasposa de aquella vieja. En ocasiones, a partir de ese momento de tu vida, volviste a experimentar una falta de continencia de las ideas, una lumbre por dentro que te llegó a salir por la boca para defender a gritos: lo que pensabas era justo.

“Precisamente por... y precisamente por eso...”, habías argumentado ante tu interlocutor, la defensa de las demandas estudiantiles, aquel, un señor de traje oscuro exactamente al frente tuyo. No habías dejado de crecer cuando ya eras un dragón.

Supe que existías cuando dormía, durante el sueño del anden. Habíamos tenido clase con aquella maestra, quien dejó leer Concierto barroco y El relato en perspectiva, ese salón repleto a las cuatro de la tarde, con el sol entrando por los ventanales. Yo pensaba aquel como el mejor lugar, no artes, no letras, tampoco filosofía, aquel lugar que ni nombre tenía, que ni de definición gozaba, y tanto se esforzó tanta gente por especificar lo que aquello era para poder nombrarlo con precisión, pero no éramos científicos, éramos humanistas. Hablaste tanto, yo escuchaba tu voz sin conocer tu cara, el irreverente quien habla y habla, el petulante quien dice y dice, “¿Quién carajos habla tanto?”, pensé, y entonces moví con molestia la cabeza hacia adelante, como tú, yo también estaba en primera fila... “Ah es él... ¿qué le pasa?, ¿por qué habla tanto? Que se calle.”, ese mismo día te soñé. Nunca te conocí, nunca te acercaste, ni me acerqué... y pasaron los años y los años. Hay cosas inenarrables, y es que... cómo se cuenta la nada, el vacío, lo que no pasó jamás; mas no es mentira lo que no fue, ni lo que no se vio, tampoco es mentira lo que carece de elucidación y comprobación.

Yo también tuve abuelos Damián...

En sueños sentía las manos de mi abuelo, el miedo se disipaba, la abuela del otro lado, los dos velando: ¡no me fuera picar un mosco, no me fuera a dar tanto calor, no fuera a llorar por la añoranza a los padres o porque habían apagado la luz, pues aquello quedaba como un hoyo en medio de la tierra: solo aquellas manos en mi espaldita de niña de tres años, de ahí, la génesis del amor más grande...! Al otro día olía a frijoles, longaniza, tortillas, pan de dulce y leche, ella se levantaba temprano, cuando apenas la luz entraba al cuarto por las rendijas de la puerta, porque ahí no había ventanas, siendo así yo abría los ojitos y notaba el hueco que dejaba ella en la cama, miraba hacia abajo corriendo un poco el tul del pabellón y tampoco estaban ya las sandalias de él, ella venía: “¿Ya recordaste mami?”, me decía, mirándome con una beata sonrisa y después agregaba: “Ándale madre, ya vamos a almorzar”, “¿Y mi abuelo?”, preguntaba la niñita recién recordada, “Por allá afuera, barriendo.”, ella siempre respondía mirándome. Me colocaba vestidos que dejaba mamá, me peinaba y hacia medio día me bañaba en el lavadero —donde lavaban trastes y ropa— y mientras me bañaba, me gustaba observar las hojas del chico cayendo en el agua del tanque. Algunos días tendía su puesto, frente a la casa de mis abuelos, el señor vendedor de barro, ante su llegada mi abuelo gritaba: “¡Josefa, Josefa, ahí está el viejo del barro, cómprale sus ollas a la niña!”, ella salía y regresaba con una bolsa transparente llena de cositas. Por las tardes, me sentaba en las piernas de él, le pedía su peine y con voz clarita le decía: “Te voy a peinar.”, aquel se acomodaba en una silla, entonces lo peinaba y cuando ya estaba relamido le metía las manitas al pelo seboso, despeinándolo completa y nuevamente, dejándole la cabeza como cuando estaba borracho, ante mis ocurrencias él no podía contener la risa, le brotaban lágrimas de la alegría ¡es que yo estaba chiquita!, le gustaba lo agarrara con candidez, le daban cosquillas y además le agradaban mis insolencias. Con la hermana de mi abuelo, unos años mayor que él, que vivía en la casa de al lado, era lo mismo, sentada en sus piernas le tocaba un lunar saltón que tenía en la frente cerca de donde le nacía el cabello, lo tocaba hasta casi arrancárselo, ella ponía la misma cara de él, lloraba de la risa, durante la tarde le pedía un pedazo de hielo para tomármelo mientras esperábamos a los clientes, quienes compraban garrafones con agua o mazos de hielo.

Con la abuela me comportaba, mis cariños hacia ella eran diferentes, mis caricias eran delicadas, mis palabras dulces, tiernas... con ella no había atrevimientos, con ella había una obediencia venida ya de por sí. Ella había visto a su padre, muerto ya hace muchos años, me lo contó varias veces, me lo contó cuando yo era mayor, lo vio un día que mi abuelo la encerró... cuando mi abuela me contaba de mi abuelo y de mi bisabuelo, miraba la foto del primero colgada en medio del alto muro del cuarto, en la foto se apreciaba la camisa a cuadros del hombre, su sombrero de ranchero, sus ojos claros y aún un poco inocentes... “¿Cuántos años tendría don Juan en esa foto?”, escuché a alguien preguntar un día, y alguien más respondió: “Veintisiete...”.

Cuando mi abuelo, el otro, el del otro pueblo, cayó de la palmera, yo, y solo yo, escuché cómo su cabeza tronó en el pavimento, así como cuando los cocos ya maduros se estrellaban en el suelo, así sonó, igual. En seguida mi tío salió y comenzó a llorar diciendo en voz alta el nombre del abuelo, yo quedé paralizada en el otro patio, mirando la barda, la cual separaba una casa de otra, me acerqué y cuando me vieron me mandaron a buscar un médico, fue así como salí corriendo hacia las calles del pueblo... Así soñaba... salía volando con la misma premura que cuando el abuelo se desbarrancó de la palmera, salía volando y había estrellas: cruzaba el pueblo que iba mirando desde arriba, atravesaba otros pueblos, iba más allá de las montañas, hasta llegar al mar. El mar que de niña no podía soportar, las olas del mar me trastornaban: aquella masa, su incontenible fuerza y su inmensidad... por eso, al ir volando y atravesar pueblos y montañas, al llegar al litoral se me desbarrataban las alas; y luego la fauna marina... las ballenas: las orcas.

De niña ya no entramos a ver a la ballena bicolor al parque acuático. Mi papá me explicó, y al entender la magnitud de lo que vería, mis ojos se llenaron de lágrimas y de mi garganta surgió un estridente grito, lo mejor para mis padres fue no entrar, desde entonces me quedó aquel cerote primitivo, vívido en mis sueños, ¡ballenas, ballenas, ballenas por todos lados hasta en los ríos y en los charcos! Nunca me gustó el mar, su calor me hacía dormir entre un pesado sopor toda la tarde, eso de adolescente; de niña, al ver a papá meterse al mar era una tortura, pensaba no volvería, y sufría, sufría viendo su cabeza perdida entre las olas del mar abierto, y lo peor era cuando llovía y se oscurecía un poco. Hubo un tiempo en que él inflaba una balsa con una bomba de aire, ya listo el inflable

pasaba las horas allá adentro, nos llevaba, pero al final se quedaba él solo, en la balsa, en medio de las olas, de la lluvia y ya oscureciéndose; ya tarde él volvía y levantaba todo, mientras mamá nos enjuagaba con agua dulce la sal del mar. Cuando ya íbamos de vuelta a tierra, debíamos pasar por una carretera curvada, al borde de la montaña, desde ahí se veía el horizonte tragado de agua y cielo, recobraba mi seguridad de niña, al ver por la ventanilla aquel mar alejándose. Ya en sueños aquello me volvía a suceder repetidas veces: algo acontecía en aquella carretera por donde debíamos irnos del mar, pues el mar crecía hasta venírsenos encima, yo debía hacer algo, algo ante lo que parecía irrevocable, eso era la muerte; aquello era nuestro fin...

Mucho tiempo me horrorizó una imagen vista en el cine de una adolescente muerta y deshidratada. Dentro de la misma cinta cinematográfica, recreada por japoneses y luego por gringos, no podía ver la tétrica y espeluznante cara de una niña con cabello negro hasta los pies y batón blanco, quien, según la historia, se ahogó en un pozo. No podía ver la cara de la niña, pero la imaginaba... y aquella imaginación provocó estragos durante mi existencia. Relacionaba con la incógnita cara de la niña de esta película, los sueños de las orcas, las cuales nunca vi en realidad, pero las imaginaba... hasta volverlas recurrentes pesadillas. Los sueños... las pesadillas con la niña de la película, nunca se sucedieron. Aquella niña de batón blanco y cabello negro hasta los pies, a quien en la pantalla gigante no quería ni podía verle la cara, era la representación del negro y el blanco de las orcas, ella estaba simbólicamente cargada de un miedo mayor, supremo, jamás superado, originado en mi infancia.

—Oliver... ahí, dentro de la pileta, hay ballenas...

—No caben.

—Si caben, indudablemente la pileta solo es un cuento, en realidad es un cuadro hecho de concreto que conecta hacia un espacio marino.

—Debe ser.

30

Ahora sí, he reunido el valor para contar lo que pasó la noche en que el hombre de la armónica y yo volvimos a la casa verde, después de la función de danzón y del recital de poesía.

Yo soñé. Yo lo vi.

O... me lo imaginé. No lo sé.

Pensar que fue una u otra cosa terminó siendo desgastante. Aquellas dos bailarinas de danzón no eran altas, poseían cuerpos estilizados ya de por sí y por el baile también, esto se les notaba, las presentaron al igual que a los dos hombres quienes bailaron con ellas... Eran ellas dos, las vi flotando en la estancia de la casa de Damián... se metieron por la puerta porque estaba abierta, y las vi... las vi salir por la ventana y perderse entre las ramas de la buganvilia, ahí desaparecieron, desintegrándose como si hubiesen estado hechas de vapor. Después, me fui a acostar.

Al otro día, al abrir los ojos, el sol ya estaba iluminando, Oliver me abrazaba y me decía que iría por comida, por mucha comida, él tenía hambre, yo no hablaba, sentía a mi entendimiento estar en el centro de mi cabeza, y todo estaba lejos de mí, ahí yo, comprimida, cubierta por las capas de mi cerebro el cual parecía haberse agigantado. Él me dio un beso, y se fue. Yo no pude siquiera moverme, y al tratar de hacerlo el dolor de espalda y de piernas me devolvió a mi lugar, no forcé nada, coloqué las manos en mis costillas, relajé los dedos, cerré los ojos y respiré, si no me movía, nada dolía y, al contrario, sentía que descansaba, pasaron unos segundos, así con los ojos cerrados me vino una sensación de irritabilidad, de cierta irracional necesidad de proscripción... “Ayer, anoche...”, me dije. De inmediato me vinieron los recuerdos, el recital de poesía titulado: “Relatos extrañovagantes”, con el “Preludio a Colón” de fondo, si... “¿qué más?, no es eso lo que me tiene así”, pensé, “...música original eligieron... ‘Preludio a Colón’”, mi mente estaba atiborrada y lenta, “anoche, Oliver dijo debiéramos bailar... yo pensé que nunca lo diría...”, afuera unas polillas chocaban contra el cristal... “mi alma, ¿dónde está?”, creo estaba fracturada en medio del corazón, “las manos de Oliv, lo son todo...”, divagaba, entonces al abrir los ojos quedé fija mirando una esquina del techo, fue cuando recordé, asociando las imágenes del recuerdo con la sensación de irritabilidad y proscripción embargando mi ser entero.

Aquellas mujeres... estaban flotando en la penumbra de la estancia, en el techo, una de las dos se adentró en la cocina o en la biblioteca, debió ser en la cocina, la puerta de biblioteca siempre estaba cerrada, andaban arriba, moviéndose... así... como si las moviera el aire, el viento colado, fue cosa de segundos, ambas salieron por la ventana y se internaron allá por el jardín, entre las flores guindas.

Llegó Oliver con una bolsa grande de papel estraza, lo vi desde la cama, él pasó directo a la cocina, en seguida vino hacia el cuarto, lo vi caminar la estancia y el pasillo, entró en la habitación en la cual yo aún estaba acostada, se sentó al borde de la cama y me acarició los pies.

—Anoche te levantaste.

—Fui al baño Oliv.

—Ah...

31

No podía decir que en aquella casa no pasaba nada, al contrario pasaban cosas, se sentían cosas, aunque se tratara de evadir y permanecer normal, aquello no era normal, el ambiente era distinto al de otros lugares, tal vez porque ese punto del subsuelo, coincidente con la casa, tenía algo... quizás la gravedad, o algún material más cercano a la superficie, o algo más adentro de la tierra, debía haber razones científicas para explicar esas sensaciones, además en mi cabeza, había mucho también... Sin embargo, yo sabía no estaba loca, no solo eran mis imaginaciones, acaso las últimas podían sintetizarse en ver venir algún día a Damián, descabellado era tener la seguridad de que él, muerto —era lo más viable— viniera. Mi mente estuvo años recreando su imagen, cuando estaba vivo nunca perdí la ilusión, me imaginaba ver regresar a Damián, cuando había muerto era una garantía: él vendría cuando yo quisiera.

El hombre de la armónica me observaba a lo largo de los días, sin decirle porque le pedí no se fuera, él entendió y me observaba sin hablar. Casi no dialogábamos, el lenguaje era por medio de los ojos y del contacto físico, hacíamos las cosas sencillas, según las horas, manteníamos limpio y con aire y agua corrientes, esto restaba lo grávido del entorno. Poco a poco mi cuerpo perdía tensión,

hasta parecía de verdad que no pasaba nada; para conseguir tranquilidad atendía los ruidos provenientes desde afuera y llenaba la oscuridad de adentro con las luces del cielo y de la calle. Nos llegaba la resolana durante el día, y la penumbra durante la noche, así y solo así, se sobrellevaba la vida.

—Quizás... si invitamos a algunos amigos a tomar algo y a conversar... esto pudiera normalizarse—dijo Oliver, mientras revisaba una pila de libros en el patio.

—¿Lo sientes? —le pregunté.

—Sí—respondió.

—Invítalos.

Era la noche de un día caliente de principios de agosto, por la tarde nos habíamos bañado juntos sin decir palabra, después Oliver se posó en la bardilla del estanque y comenzó a tocar la armónica, ya cuando lo fuerte del sol había cesado, al tiempo yo me vestía frente al espejo empañado de viejo, dentro de la habitación que había sido de Damián, me recogía alto el cabello y me colocaba unos aretes, los cuales colgaban tocando casi la clavícula.

Por la noche llegó la gente. Primero tres de los hombres de la reunión de día muertos, hacía ya casi un año, uno, el de cejas delineadas y overol, entró primero, atrás de él venía el más alto de ojos enormes, cargando una bolsa con café en la mano y el último, risueño y con el cabello cubierto de canas, cargaba una ligera casaca entre los brazos; los dos quienes ingresaron al final tenían cierta semejanza física con Damián, produciéndome irremediable magnetismo; los tres hombres vivían juntos y se comprendía tenían relaciones de pareja entre sí. Más tarde, llegó el compañero musical de Oliver, el cantante, con su sombrero de alón. Casi a media noche llegaron las bailarinas y los bailarines de danzón, y a media noche el escritor del recital de poesía.

—Oliv... no sabía que conocías a los bailarines—le dije, un poco sorprendida de ver llegar a las mujeres a quienes había soñado o imaginado flotando en una esquina de la casa verde.

—No los conozco. Le pedí a mi amigo, el del recital, que invitara a más personas.

—Ah, claro —respondí como si fuera cualquier cosa.

Ellas... parecían hermanas o primas, de la misma estatura y complexión, al entrar se adueñaron del sillón para dos tomando asiento como si fueran dos reinas, una al lado de la otra, cada una cruzó una pierna quedando de forma

encontrada para quienes las mirábamos de frente, así se movían, como maquinalmente, luciendo cada articulación de los brazos desnudos: hombros, codos, muñecas, falanges de cada dedo, hasta llegar a las uñas; hablaban —más una en comparación a la otra— acompañando cada palabra con movimientos de las manos —una poco más sutil que la otra— y fijando la mirada en cada persona con quien dialogaban, eran el centro, dos esferas solares haciendo girar todo a su alrededor con solo un parpadeo, siendo bailarinas sabían cómo hacerlo. Al verlas más detenidamente caí en la cuenta de su parecido: el mismo tono en la cabellera, la piel, y el color de ojos y labios, una equitativa angostura en el talle, la homóloga actitud de reinas, ¡reinas de otra época!, todos notaban lo que yo, pues no perdían minucia de estas mujeres solares, sus acompañantes habían quedado ahí, al ras del acontecimiento, dejándolas radiar. La verdad no sé de qué hablaban, pues ahora me estaba dedicando a observar el pie de una de ellas, la que más necesitaba hablar, ese pie se movía con insistencia al ritmo de la conversación, y el empeine de ese pie estaba tatuado, era el dibujo de un animal, pero por el movimiento yo no discernía cuál animal era.

Fui a la cocina, siempre en penumbras, me eché a la boca un bocado de pan de piloncillo tieso y un trago de té que había quedado de la merienda, fui y me lavé la cara en la pileta mojándome sin querer algunos de los cabellos nacientes de la frente y las sienes, estaba recordando mi sueño con esas mujeres, o lo que pudiera haber sido... era demasiada coincidencia que ellas estuvieran en la estancia, ellas... ellas dos... sentía las gotas de agua en las manos, y comencé a advertir un sudor gélido en las palmas, no era el agua, estaba traspirando, simultáneo a esto mi corazón se desbocó, caí sobre el lavadero lastimándome los codos; medio cuerpo mío quedó ahí, doblado...

...Íbamos en auto sobre la carretera, en el asiento de atrás; alrededor del bosque, era una tarde de domingo y los rayos del sol no podían tocarnos porque las coníferas nos hacían sombra, una sombra húmeda y álgida. Yo estaba dormida conteniendo la ansiedad de la siesta vespertina, ansiedad por el regreso del viaje, de la ruralidad a la urbe; me hallaba con la cabeza recostada en las piernas de una amiga, aquella estudiante de física y danza oriental. Tal vez de forma absurda el auto se detuvo y empezamos, mi amiga y yo, a andar a pie un sendero del bosque, llegamos a una cabaña, entramos ahí; cruzando la puerta, había unos

cuantos escalones descendientes, más adentro, sobre una mesa, había un arma y unos objetos que no recuerdo, ella iba al lado mío, nunca vi su cara, pero sabía que era ella. No recuerdo haber tomado el arma, solo recuerdo el tiro y un animal tirado en medio del sendero...

Instantes después, ya repuesta del váguido, recordé aquel pretérito sueño de la carretera y del animal muerto, ¡un venado, en el sueño mi amiga le disparó a un venado, y era un venado el tatuaje que la bailarina de danzón tenía en el empeine! Mientras ellas, esas dos mujeres, seguían en lo suyo, ahora me dediqué a observar a aquellos tres hombres, quienes eran como calaveras, de pómulos y mandíbulas marcadas, al reírse se les notaba la falta de carne, por eso parecían los dientes más largos, los labios más delgados y las risas más siniestras.

—Pero es difícil... ¿no? —dijo una de las bailarinas dirigiéndose a los tres hombres. —¿Qué es difícil? —respondió a modo de pregunta el más alto de los tres, mientras el del overol no me despegaba los ojos de encima.

—Ser gay en estos tiempos—dijo la que más hablaba de las bailarinas—¿O qué, o cómo? Explíquenos a nosotros... seres simples y poco dotados... pues eso de ser andróginos es de valientes, es como de adelantados. Bueno... a mí me lo parece. ¿O ustedes qué piensan? Yo creo que la mayoría somos cobardes, alienados, aburridos... —las risas no dejaban de surgir— No... de verdad, no estoy siendo irónica, esto es lo que pienso.

—Pues yo soy así como soy, porque fui un niño sobreprotegido por mi padre, diría yo sobradamente amado y deseado. Ese hombre no me permitía nada, ni que me diera el sol, ni que me cayera la lluvia o el polvo, ni que se me ensuciara las rodillas; no me dejaba comer dulces, me lavaba los dientes religiosamente tres veces al día; me fui a la cama cada día de mi infancia a la misma hora, decía que sin disciplina las capacidades innatas de los niños se perdían, sin valerles un céntimo para triunfar en la vida. Luego de adolescente, mencionaba de manera constante que todos los chicos en la escuela eran básicos, y que yo era distinto, brillante, más que nadie; nada de fiestas, nada de amigos, todo era casa, deberes, siempre me decía que yo era único, y bueno... me lo creí. Ningún chico era genial para decirle “Hola”, nadie me merecía, siempre pulcro, oliendo bien, llevando la escuela, diversos idiomas y el arte a la par, no había tiempo para otra actividad. Empecé a amar a mi padre como si no existiera nada ni nadie más, pensaba en

la razón que él tenía acerca de mí, todo estaba fraguado para mí, para volverme intachable, él estaba en lo cierto: la disciplina y, yo añadido, la soledad, combinadas con mi principal cualidad que era y es la sensibilidad humana de pensamiento. Física e intelectualmente me gusté siempre, él lo decía: “Luces las casacas como nadie en la vida, hijo, y no se diga en conversación, lo que sale en palabras de tu boca es el reflejo de tu mente y de tu espíritu”. Yo le preguntaba, “¿Papá, me parezco a ti?”, y él respondía, “¿Qué?!, no, hijo, tú no te pareces a nadie.” Así fue, con esa personalidad, que se tornó soberbia, como he vivido por años. No veía al género opuesto, era como si las mujeres no existieran, los hombres eran todo y ellos lo habían hecho todo con un pequeño margen de error.

—Entonces, cuando inicialmente te referiste a que eres así como eres, ¿es a esa megalomanía que cultivó y exacerbó tu padre en ti? —preguntó la bailarina quien hablaba menos.

—Obvio, ¿o a qué pensaron que me refería? Ja, ja, ja... —después de él, la carcajada fue unánime—Claro, nada es cierto, todas son historias ficticias, pero verosímiles.

—¿Y tu madre? —preguntó el cantante.

—No lo sé, tampoco esa mujer entró en mi imaginario.

—Ella si carecería de verosimilitud —dijo el del overol.

—Y tú, ¿cuál es tu historia? —preguntó la bailarina quien más hablaba al hombre de overol y cejas delineadas.

—Yo viví en un panteón mirando televisión...

—Y luego se mudó a una combi, ja ja ja... —dijo el de canas y casaca.

—¡Con la televisión! —agregó el más alto de los tres, pero el hombre de overol, concentrado en mí respondió:

—Siempre solo, hermanos desaparecidos, padres y abuelos muertos, lo único que me queda son las veladoras del día de difuntos.

—No me imagino lo dura que debe ser la orfandad —dijo sarcásticamente el hombre de canas.

—Si de por sí estamos tan solos en el mundo... —agregué yo.

32

Decían que aquellas hermanas estaban “locas”, quizás por su forma de vestir y comportarse de manera desemejante a los demás. Una de ellas había sido mi compañera en un curso de idioma, llegaba con los labios anaranjados, poco polvo cubriéndole unas cicatrices en el rostro, cabello trenzado y paliacate al cuello, usaba camisetas de algodón en frenéticos colores con un nombre bordado en náhuatl, después supe era el nombre de un grupo de folclore perteneciente a una de esas casas de cultura que son pobres. En clase de inglés tomaba asiento adelante y sin mirar de fijo a nadie, pero si llegaba a observarte era incisiva, su sonrisa era provocadora o de incierta cordialidad; cuantiosamente interrumpía la clase para opinar sobre el tema, mostrando al resto, de forma pretensiosa, su aceptable pronunciación. A su llegada era inevitable no mirarle la maleta al hombro y la cintura ceñida con aquellos pantalones de tiro alto, vestía como si estuviéramos en otra década y en otro lugar; sus tenis, sencillos e inmaculados, esplendían un blanco alusivo al mucho restregar con cepillo, cloro y detergente en el lavadero. Con frecuencia busqué acercarme con la intención de hacer plática, pero ella cada día se iba a prisa, me quedaba observándola, mientras Aída y Priscila seguían fumando y mofándose de sus exparejas y de lo que les costaba aprehender el idioma que estudiábamos, ya después la muchacha del paliacate se me olvidaba, daba un vistazo hacia arriba deslumbrándome los sinuosos rayos de sol pasando entre la escuálida copa del pirul y buscaba alguna ramita para quebrarla y sacarle el olor, entonces atendía la conversación la cual me sacaba lágrimas de risa y es que Aída y Priscila eran ocurrentes, lo trágico, lo que ya no tenía solución, lo volvían cómico. Un rato más tarde viajábamos en el carro de Aída veinte minutos, para ir por té helado; atrás, en el carro, a través de la ventanilla la buscaba a ella, con su mochila, sus tenis, su paliacate, con su cara pecosa de perenne desaturdimiento, tal vez tendría suerte y podría verla caminando por la avenida o por una de aquellas calles marginales, imaginarla me abstraía y silenciaba.

Pasaron los meses, al siguiente año Aída y Priscila ya no se inscribieron a los cursos, yo sí y podía concentrarme mejor, aunque las echaba de menos; por otro lado, creo la muchacha del paliacate seguía yendo, pero perdí el interés y

dejé de concebir extravagancia ante su presencia, incluso se volvió alguien desagradable... “¡no dejarse conocer, vaya, ni que fuera quién...!”

Un día uno de los compañeros y yo llegamos temprano a la escuela y comenzamos a conversar:

—Hace frío—dijo con ganas de hacer plática.

—Está helado.

—Pasar el invierno en estos edificios, estudiando algo que no te gusta, recrudece el clima. ¿No crees?

—Estoy de acuerdo.

—¿Tampoco te gusta el inglés?

—No.

—Tal vez un atole caiga bien, además no hay nadie todavía. ¿Vamos?

—Vamos —respondí.

Salimos de la escuela, de inmediato ese olor a contaminación hizo juego con el paisaje, las turbas de los distintos transportes no dejaban cruzar la calle a los transeúntes, entre ellos los estudiantes de la escuela de idiomas; en los puestos se arremolinaba además de la humareda de las ollas con tamales, la gente alrededor, la gente que unos minutos antes de las nueve de la mañana, pedía con pan su desayuno para irse a prisa.

—¿Qué quieres?

—Atole de chocolate.

—Solo avena y champurrado—respondió el señor del puesto con aquella forma que implicaba una se decidiera rápido y de buen modo.

Pedimos, el compañero pagó y nos fuimos de vuelta a la escuela. Nos sentamos a comer en una jardinera, la misma donde me sentaba con Aída y Priscila, di un vistazo a la copa del pirul y di un trago a mi bebida. Comenzamos a hablar de lo habido en común, salió el tema de “la muchacha del paliacate”:

—Es estrambótica, ¿no? —dijo él.

—Sí —contesté riéndome.

—Yo practico guitarra en la casa de cultura donde ella y su hermana actualmente toman danza folclórica, y la de cosas que se dicen de ellas...

—...

—Son legendarias. ¿Te acuerdas del caso de la niña que murió de viruela negra?, la que vivía en la calle que está a un lado de la casa de cultura con techo de lámina.

—Sí, escuché el caso de esa niña.

—Ah, pues se dice que ellas la enfermaron.

—¿Cómo?

—Le hicieron un “trabajito”.

—...

—Ellas tenían tirria de la hermana mayor de esa niña, quien era una de las bailarinas principales del grupo folclórico del cual forman parte.

—Parece de temer.

—Dicen que ellas pueden transformarse...

—...

—Nadie lo creía, son hijas del viudo Feliciano Garza, el don que tiene la botica en una esquina de esa misma calle donde murió la niña que te cuento, esa calle se hizo famosa en la zona, por el caso, pues cuando médicos del seguro dieron el pitazo de que era viruela negra aquello se volvió un escándalo, se les salió de las manos, sin embargo, debían informar a la comunidad lo que estaba sucediendo y hasta la calle cerraron. En ese lío se metió no solo salubridad sino el ministerio público, la delegación y por poco el mismísimo gobierno del Distrito... ¡ja, ja, ja!

—¡Qué miedo!

—No te asustes, se te va a atorar la masa, ¡ja, ja, ja!, dale un trago a tu atole. Días antes de que la niñita contrajera el virus en su cuerpecito de cuatro años, a una señora y un señor, intendentes de limpieza en la casa de cultura más diligente de la zona —donde anteriormente las hermanas Garza tomaban algunas de sus clases—, se les había juntado el trabajo pues era temporada de presentaciones, por esto debieron quedarse hasta tarde en la casa para asearla. La pareja estaba en el trajín cuando se les oscureció el día, los últimos alumnos y maestros fueron saliendo poco después de las nueve de la noche, los salones quedaron abiertos para que esta gente pasara el trapeador. El señor esperó la salida de los usuarios y entró al salón de música y canto, el espacio era reducido sin ventanas, con un piano sin usar, desafinado, pegado a uno de los muros, ¡no por estar en desuso y al parecer descompuesto se iba a dejar de pasar la franela por encima!, al termi-

nar echó llave y salió; iba a ingresar a uno de los salones de danza enfilados a su lado izquierdo, cuando se detuvo a secar el agua del respaldo de tela de una butaca y del suelo al lado de la butaca, pues justo ahí arriba había una de tantas goteras, haciendo visible el deterioro del lugar, esto hacía cuando vio un par de patas pasar por debajo del tríptico de madera que cubría la puerta de los sanitarios, sanitarios ubicados al final de la fila de salones, entonces gritó: “¡Mujer, mujer, se nos metió un pinche perro!”, un segundo, y otro par de patas pasaron por debajo del tríptico, “¡Mujer...!”, volvió a gritar, “Pinches perros...”, dijo para sí. El señor se aproximó con el fin de sacar los perros a la calle, estaba a unos pasos de llegar a los sanitarios cuando los perros salieron por voluntad, fue así como ambos perros se echaron tras el tríptico, a manera que el señor de la limpieza solo veía las patas y las colas de los caninos, quedó tirante pues cuenta haber escuchado risas de mujer y jura y perjuración que esa risa provenía de los mismos animales, pues ahí no había nadie más. El señor adquirió valor y les gritó a los perros que salieran de ahí, ante esto los canes se movieron despavoridos hacia el interior del teatro, el cual se ubica justo en el centro de la casa de cultura, del otro lado venía ya la mujer a ver qué estaba pasando, la pareja ingresó al recinto teatral que estaba a oscuras, solo escuchaban a los perros jadeando y corriendo de un lado para otro, los esposos debieron salir de ahí para ir por una lámpara de mano; regresaron, ya no escucharon ruidos ni entre las butacas, ni en el escenario al cual accedieron haciendo a un lado el honorable y ceniciento telón principal color rojo sangre... “Se han de haber metido a los vestidosores.”, dijo el señor a la señora. Se dirigieron allá, introduciéndose por el lado derecho del telón de fondo, ya para bajar hacia los camerinos encendieron la luz quedando frente a un cuadro de amplias dimensiones hecho por los alumnos de pintura, el cual representa la imagen de medio cuerpo de un hombre calvo, con ojos de loco, atado con camisa de fuerza a rayas blancas y negras, como de preso, al ver el cuadro, pues era imposible no verlo al pasar por ahí, se vino ese olor a orines que despedían los sanitarios de los bailarines y actores, descendieron las escaleras, viendo que en la parte baja había un charco de agua, había fuga del vital líquido, después del charco siguieron una serie de huellas de patas de perro por todo el pasillo...

—¿Esos señores encontraron a los perros? —interrumpí a mi compañero.

—No, encontraron a las hermanas en el camerino del fondo.

—¿Cómo?

—Pues ahí se termina la anécdota, esta gente ya no quiso contar más.

—¿Y la niña de la viruela negra?

—Dicen que esas mujeres son nahuales, y pueden traspasar tiempo y espacio. Ellas viajaron a otra época para obtener el virus de la enfermedad, actualmente erradicado, y contagiar a la hermanita de la bailarina, pues no pudieron disuadirla de abandonar el lugar central en las coreografías, lugar que, ¡por supuesto!, ellas querían usurpar, al final, el evento se suspendió. La gente se enteró de que don Feliciano se encerró meses con el fin de cuidar a sus hijas, ellas estaban enfermas de “se sabe qué...”, este poquito tiempo antes de que cerraran la calle de ese barrio por la hermanita de la bailarina quien estaba toda virulosa, virulenta, virulenta... ¡o como se diga ja, ja, ja! Al poco tiempo corrió la voz de que las hermanas se habían enfermado de viruela, era el pago por haber enfermado a la niña hasta matarla, las miraban asomadas en la madrugada por la ventana de su cuarto, con las caras desfiguradas por el brote, y si no estaban ellas como testigos de la noche, había dos perros echados en esa misma ventana mirando pasar a los mariguanos de esas horas. La vecindad entera estaba alarmada, no era para menos, ¡la viruela negra mata!, les mandaron intermediarios de salubridad, del ministerio, de la delegación, pero hasta la mismísima cita con representantes del gobierno federal se cebó. Dicen que ellas, que las nahuales, hacían magias para truncar cualquier visita que les pudiera reprochar su enfermedad, que las mirara con aversión incontenible, pues se sabían horripilantes, y que terminarían por llevárselas de la colonia, ¡sabe a dónde!, ya hubiera sido con todas las de la ley, con todo y orden hospitalaria, a plena luz del día, o... —y mi compañero bajo la voz— las recogiera un camión dedicado a realizar “limpieza” en zonas denominadas de alto riesgo. Sí... porque el gobierno tenía ciertos lugares en los que había toque de queda y mandaba camiones que pasando las doce de la noche venían a rociar desinfectantes a granel, bien potentes, de uso industrial, para acabar con virus y de pasada con drogadictos... Ellas temían ser levantadas por alguno de esos camiones con toda la fuerza e impunidad clandestina del Estado o, temían, ser rociadas de cabo a rabo con ese desinfectante espumoso, amarillento... temían, ser encerradas en sarcófagos herméticos y así el virus, que hace siglos mermó la población, no se disipara, una epidemia era lo que se buscaba

contener. Y bueno... como el viejo es boticario, ya casi doctor... y sus hijas poseyentes de dotes sobrenaturales... pues... míralas, ellas siguen bailando, viniendo a la escuela de idiomas y con cicatrices de la viruela que se les están borrando gracias a un unguento de la botica...

Mi compañero me contaba esto cuando vimos pasar a la profesora de inglés, iba tarde, fuimos tras ella y entramos al salón a tomar menos de una hora de clase.

33

—Si de por sí estamos tan solos en el mundo... —agregué yo.

Esto venía diciendo cuando advertí cómo una de las mujeres observaba al hombre de la armónica, iba de la cabeza a los pies y luego de regreso, un momento después la otra mujer hacía lo mismo, las pestañas de abanico de ambas iban de abajo arriba y al revés.

—¡Qué mona está la casita! ¿Tienen mucho tiempo viviendo juntos? —preguntó una de ellas, primero mirando alrededor y luego dirigiéndose a mí.

—No, en realidad llevamos poco —respondí.

—Ustedes casi no hablan —volvió a decir la mujer, dirigiéndose a Oliver y a mí.

—...

—¿Cómo lo harían?, si tú hablas por todos —dijo uno de los bailarines, y todos reímos incluyéndola a ella.

—Está bien, ya me callo.

—¿Me permiten pasar a preparar el café? —preguntó con decencia el hombre de los ojos grandes.

—Claro, pasa. Ahí está la cocina, pero no hay luz —le contesté yo.

—Sin problema —me respondió.

Todos siguieron conversando con quien tenían al lado. “Me llamo Juan”, dijo el hombre del overol acercando su mano a la mía, “Hola Juan”, respondí. Juan comenzó a hablarme, no sé qué me dijo, ni qué le respondí, no por desairarlo sino porque vi que la mujer quien hablaba y hablaba le decía algo en el oído a la otra,

fue cuando la mujer quien más hablaba se levantó del sillón de las reinas y se dirigió a la cocina llevando su pequeño bolso cruzado, pegándolo a su cuerpo con la mano izquierda como si ahí dentro poseyera algo muy valioso que debía celar, la perdí de vista...

—Con permiso, Juan, ahora vuelvo...

—No vas a volver nunca —me hizo mirarlo y decirle:

—Espérame aquí.

Al llegar a la cocina esa mujer se hallaba de espaldas vertiendo un líquido en una de las tazas, mientras el hombre de los ojos grandes estaba en lo suyo del otro lado de la barra, a él lo podía mirar de frente. “¿Qué está haciendo ella?”, pensé, todo fue en un segundo, entonces ella sintió mi presencia detenida en el marco de la puerta de la cocina.

—¿Se fundió el foco? —ella preguntó siguiendo en lo suyo, sin mirarme.

—Sí —respondí.

—Quizá Oliver deba venir a cambiarlo —ahora sí dejó lo que hacía para dirigirse a mí de frente.

—Ya vendrá —contesté.

—Yo puedo hacerlo, si quieres.

—No, gracias. ¿Qué hacías?

—¿En dónde?

—En la taza.

—Las gotas son para dormir mejor.

—¿Piensas dormir en la reunión?

—Oh, para nada. Debo tomarlas unas horas antes para poder conciliar el sueño.

—¿En el café? —ella no alcanzó a responder pues Juan se acercó a nosotras, me tomó de la mano y me sacó de la cocina.

Salió ella con una taza de café en cada mano y comenzó a repartir, la primera taza fue para el cantante y la segunda, la de la mano izquierda fue para Oliver. Salió el hombre de los ojos grandes de la cocina con una charola repleta de panecillos: amaranto, arándano, coco, chocolate y nuez, ella entró de nuevo a la cocina y volvió a la estancia con más café...

—Este tiene mascabado, ¿lo quieres? —lo acepté sin decir palabra mirándola con fijeza, con toda la intención de hacerla sentir observada.

Casi todos repetimos taza con café y engullimos como unos lobos más pan y unos pedazos de carne asada. Un rato más tarde se entraron las parejas de las dos mujeres con un cartón de cerveza, es decir, los bailarines, yo no vi a qué hora salieron, pero regresaron diferentes como si ya hubiesen bebido. Tomamos cerveza y aquello se volvió una verdadera fiesta, con música y todo. Pasaron algunas horas, a mí me hizo efecto el alcohol, quedé en un sillón con la presión baja mirándolo todo, Juan se acercó dejándome un papel en la mano e hizo que lo empuñara, “Tengo que irme”, me dijo al oído; las recuerdo a ellas halando la mano de Oliver para bailar y a Oliver aceptando con vergüenza, mientras su amigo el cantante, sonreía con candidez. Poco a poco lo endulzaron, se lo llevaron sin llevárselo frente a mí, primero una, luego la otra; le quitaron la chamarra, le entreveraban los dedos en el cabello de la nuca, ahora las dos bailaban con él untando sus muslos a los de él; estábamos borrachos, todos lo estábamos, pero ellas no, ellas no tanto. De pronto no vi a nadie, solo ellas en el sillón, él en medio de ellas con la frente al techo y los miembros rendidos, después bailaban frente a él, lo desvistieron, quitándole la camisa primero, yo alcancé a mirar. Ya después no sé nada, no quise saber nada de nada, quedé privada.

Al abrir los ojos ya estaba amanecido, y observé al hombre de la armónica con los pantalones en los tobillos, el cabello seco revuelto encima de la cara, me levanté con dificultad, la postura en la que permanecí, no sé durante cuántas horas, me había dejado el cuerpo molido, quise cerciorarme de que Oliver estaba bien, pero mi instinto fue salir al patio y sentir el calor del sol para recuperarme un poco, así fue y dejé mi cuerpo doblarse por la mitad, toqué mis rodillas con las manos, así me sentí descansar, me incorporé de nuevo apretando mi cintura con el vigor de los diez dedos. Ahí estaba el sol, me vino la crisis: turbulencia de cielo, cafeína, alcohol, carne y rabia, mucha rabia.

Caí.

34

El hombre de la armónica no quería hablarme, en algunos momentos del día lo veía llorar.

- Vamos a denunciar.
- No me van a creer.
- Te abusaron dos mujeres. Yo te acompaño, soy testigo —entonces me abrazó.
- ... —prefirió permanecer en silencio.
- No podía moverme, pero me percaté que una de ellas echó algo en el café.

35

- Nombre
- Oliver
- Edad
- 29 años
- ¿Nació en la ciudad?
- Sí
- Estado civil
- Soltero
- Domicilio
- ...
- Viene por
- Abuso
- ... —la mujer quien interrogaba lo miró esperando respuesta.
- Sexual
- ¿Cuándo sucedieron los hechos?
- Hace cuatro días
- Ahora lo consignaremos con otro compañero para la narración de hechos

Ahí estaba Oliver, contando lo que le habían hecho, yo no podía escuchar lo que él decía, estaba sentada en una hilera unida de sillas de plástico, al lado de una puerta con un letrero escrito a mano el cual decía “Fuera de servicio”.

36

Pasaron los días, Oliver iba y volvía, dejó de tocar la armónica, solo llegaba a dormir, casi no comía, incluso bajo de peso, su mirada de ternura se endureció, aunque no dejaba de ser gentil conmigo como siempre, pero evitaba el mínimo contacto físico. Nos volvimos los fantasmas de la casa verde, yo no sabía qué decirle, cómo conformarlo, o consolarlo, perdí el candor de acercarme para darle un abrazo o siquiera hacerle una caricia. Yo también adelgacé, volví a parecer inmutable y a hundirme en mis pensamientos imaginando a Damián, lo recordaba embarncido, caminando a unos pasos delante de mí, esperándome para darme a oler una ramita de pirul.

Un día vino Bertha, me contó se sentía triste, algo pasaba con las niñas, y no sabía qué hacer, estaba deprimida, incluso le saltaron las lágrimas, yo comencé a llorar con ella, la tomé de las manos, le dije encontraría el camino adecuado y lo primero era calmarse, no debía estar así porque las niñas lo resentirían, al contrario, había que mostrar templanza. Cuando Bertha me contó sus preocupaciones me sentí aún más infeliz, mi llanto surgió, pensé en la infancia, el momento en que el ser humano quiere ser lo más feliz y libre para crecer... en eso pensaba... y mi siguiente pensamiento fue: "...pero ¿cómo en este mundo?" ¿Dónde estaba el amor?, esa cosa frágil e inexpugnable a la vez.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Bertha secándose las lágrimas.

—...

—Dime...

—...

—Algo pasó.

—Sí...

—...

—No sé si contarte, Bertha.

—¿Por qué?

—No sé si debo, no me pasó a mí.

—¿Por eso lloras?

—... —moví la cabeza asintiendo.

—Me estás asustando Lima...

—Lo violaron.

—¿Cómo que lo violaron?

—Pues sí...

—¿Cómo?

—Fueron dos desconocidas que dejamos entrar aquí...

—¿Y por qué las dejaron entrar si eran dos desconocidas?

—Porque hicimos una fiesta.

—La gente es perversa —dijo Bertha mirando hacia la ventana.

37

Esa atávica y fea casa estaba ubicada donde había más atávicas y feas casas, además de todo tipo de negocios particulares llámese tiendas de abarrotes, pollerías, carnicerías, recauderías, panaderías, expendios de refresco y cerveza, farmacias, papelerías, mercerías, tlapalerías, ferreterías, talleres mecánicos, escuelas y bueno, había también unas largas y horribles bardas descarapeladas donde de noche y aún de día los peatones experimentaban más que precaución al pasar, pues era donde más asaltos se perpetraban, eran las bardas de las fábricas, fábricas que desde antes de amanecer comenzaban a humear el cielo generando una alta polución. En todas aquellas calles se veían indigentes viviendo en las banquetas, esas calles desembocaban a aquella peligrosa avenida donde vivían aún más indigentes debajo de los puentes, avenida donde circulaba todo tipo de vehículos, donde hubo tantos atropellados y accidentes viales a causa de la demencia dada por vivir en la ciudad. Ciudad, en la cual vivir observando todo aquello era normal...

...donde había que guardar la vista y las suelas de los zapatos del excremento,

...donde de ninguna manera podían descuidarse los objetos personales,

...donde había que redirigir el cuerpo con precipitada astucia para no tocar a nadie ni “sin querer”,

...donde había que respirar aquella fétida homogeneidad de olores que iban destruyendo de a poco el organismo vital humano,

...donde había que cubrirse los oídos de la destapada fiereza provocada por el ruido de motores y máquinas,

...donde había que mantenerse en máxima alerta ante aquellas, las múltiples sensaciones dotabas del progreso de la segunda mitad del siglo XX...

Por allá, en aquellas calles y avenidas, las cuales envolvían la cabeza gigante de uno de los considerados próceres de la historia, por aquella cabeza que al rebanarla un rayo podría haber sacado acero, mariposas y papeles que escrituraban la mismísima nación independiente y laica ante el intento monárquico, conservador y colonizador de cualquier avenida extranjero o extranjera, por allá, yo viví algún tiempo.

En esa atávica y fea casa ubicada cerca de la cabeza llena de varilla, colibríes y papeles, se conservaban aquellas fotos, imágenes de los padres, años antes de concebirme, arreglados para asistir a una graduación de generación de ingenieros, dos señoras emperifolladas según marcaba la moda de los sesentas, aquellas hermanas con terribles peinados elevados y maquillajes incomprensibles, una novia parecida a una pequeña diosa con uñas largas y esmalte nacarado y la hermana de la novia cual cabellos de sol. Las mujeres se hallaban con vestido largo y capa, posaban para ser fotografiadas delante de la barra del bar, a un lado de las escaleras con baranda al estilo de esos años.

Después nació yo... y de madrugada en nuestra habitación, en la planta alta de esa misma casa, se escuchaban los gatos, proyectándose sus sombras desde la azotea de la casa de enfrente. Una vez fue tal la agudeza de los maullidos que parecía el gaterío estaba ahí dentro, en la habitación, siendo así velé sentada entre mis padres teniendo apenas dos años, mirándolos dormir estuve por horas, aterrada con las sombras y los chillidos, cerraba los ojos y sentía sus presencias, los gatos rondando la cama, sobre la cama, dentro de los sarapes, tocándome los pies, no, no podía ser, no podían entrar, empero, aquella noche de vigilia, un gato se coló y clavó sus uñas en la cortina, después se aproximó a la puerta, enseguida volteó para mirarme y mostrarme sus fauces, todo en la penumbra, no recuerdo más, ciertamente uno de ellos dos se levantó a echarlo.

Poco después nos fuimos de allí, pero volvíamos de vez en cuando, volvíamos hasta cuando en aquella casa ya no vivía nadie, para entonces se metían

a robar; el perro ya estaba anciano y rengo, y cuando nosotros llegábamos nos miraba como expresando le tuviésemos indulgencia, él no se levantaría de entre los macetones con geranios, ataviando el ventanal, para cerciorarse si éramos ladrones o éramos de la familia, ese dálmata tampoco ya tenía buenos ojos, pues con el tiempo se le tejieron cataratas y su mirada se volvió de viejito. Así era, llegábamos y mis padres compraban algo para comer, ellos arreglaban las lámparas colgantes de la estancia y hacían un rondín para que la gente viera que la casa se mantenía viviente y no había porque robarla o tomarla. Arriba, había una habitación, de un pariente quien murió joven, esa habitación daba hacia una especie de terraza privada, donde había más macetones con geranios, los cuales subíamos a regar. El perro...

Los dálmatas, esos perros blancos con motas negras...

Allá donde después fuimos a vivir me atacó un dálmata. En el ataque, el perro me gruñó y ladró, poco faltó para venírseme encima, yo grité tan fuerte que salió una señora de la casa vecina, esa señora tenía un montón de hijas, después salieron los dueños del perro y todo volvió a la normalidad, excepto yo, que durante años alimenté mi miedo a los perros, que de adulta y de a poco fui superando. Para superar esto no me sirvió el consejo de nadie, diciéndome: “No te hace nada”, “No muerde”, “No tengas miedo, los perros lo huelen”. Para superar el recelo a los perros solo pudieron ayudarme los perros.

38

Allá por la calle Amores, se ubicaba aquel lugar de varios pisos, por ahí del segundo o tercero tenían una piscina donde enseñaban natación. Lo de menos es a lo que yo debía ir ahí, pero era ese tiempo en el que frecuentaba esas calles, específicamente esa especie de edificio-casa. Llegaba alterada de la calle, desmesuradamente nerviosa... daños y traumas de la niñez me acongojaban poderosamente, haciéndome sentir debía ganar una interminable batalla —siempre a punto de ser perdida—. Cuando llegaba a aquel lugar y comenzaba a discernir el olor a humedad, de inmediato pensaba en lo difícil que sería mirar el agua, ¡no quería mirar el agua de la piscina!, ese hecho podía desatarme

una crisis, y qué haría entonces, no podía permanecer sola, empero siempre lo estaba... Cruzar la ciudad para llegar ahí ya era todo un control sobre mí misma, pero la piscina me comenzó a generar sensaciones insufribles, imprevisitas habitando en la ciudad.

El acceso al edificio-casa era por la planta baja a través de una venerable puerta de madera, después se ingresaba a una estancia-recepción donde a veces estaba un secretario anotando en un cuadernillo la clase y el instructor con el cual se asistía, el trámite era rápido. Enseguida se hallaban las escaleras para acceder a los espacios donde se impartían las clases, así daba inicio mi tortura; iba lento, tratando de convencerme que yo no estaba loca —creo que eso era lo peor, esa lucha interna era hiriente—. En el primer piso había una serie de puertas, éstas siempre se hallaban cerradas, tal vez eran más salones; subía otro par de escaleras y en ese momento mi corazón iba ya desatado... y mis imaginaciones a punto de desbordar mi humanidad. Era tan limitado mi cuerpo para mi cabeza, que temía no poder contenerme más; aquello me hacía temer de mí misma, algo grave me acontecía, era martirizante subir aquel complejo y toparme con la humedad y con aquella intolerable visión. Qué grave era desear mil veces cerrar los ojos, esto era algo que quizá podía haberme socorrido, sin embargo, cerrar los ojos podría haber significado que mi aberración se complicara, tornándose más excéntrica, pero cómo podía serlo, si ya me rebasaba, ¡cuánta zozobra!, y bueno... yo... yo imaginaba, en aquella masa clorada de azul artificial, orcas... ¡orcas! ¡orcas! ¡orcas! Mi culpa era del tamaño de mi miedo —algo estúpido estaba dominándome y sentía vergüenza de admitirlo—, por eso pasaba sin cerrar los ojos... y hubiera deseado cerrar los ojos, pero solo evitaba respirar para que la sensación no fuese doble, es decir la imagen y el olor.

El acceso para la estancia donde enseñaban natación era a través de una mampara de vidrio y, para quien pasaba por ahí, solo podía denotarse una de las esquinas de la piscina. Hacía el ejercicio de que se me había obligado a mirar aquella esquina, a estar frente al agua, o más aún a arrojarme a ella, esto como una forma de afrontar lo que me estaba sucediendo y no seguir abonando a ese irracional miedo, pero yo me conformaba con pasar de largo y sin cerrar los ojos...

Un día soñé ballenas... desperté y pensé que había alrededor de mi casa, imaginé que estábamos invadidos de mar. Aquel día logré controlar mi fobia; por

la tarde vería a mi mejor amiga, la esperé en una plaza, fui al área de juguetes, ahí había un oso de tamaño real, un grizzli, su imagen me conmocionó, entonces tuve que salir huyendo...

39

Por un tiempo, antes del día de la reunión en la casa verde, el hombre de la armónica y yo, vivimos una rutina como imaginaba vivía la gente desconocida, en las casas que miraba al pasar por las calles, eso no significaba que mis imaginaciones calcaran “la realidad”, sin embargo, el origen de aquellas imaginaciones era la infinidad de realidades posibles, vividas por la gente en la ciudad. Lo imaginado, estaba provisto de una simpleza que curaba la mente más férreamente turbada de futuro, un futuro al que se le preveía carente de las cosas más sencillas de la vida en el mundo, como, por ejemplo, un corazón adulto marchando sin tantos sobresaltos.

En aquellos momentos, al pasar por las calles y avenidas mirando las casas de la gente, quizás dentro de mí solo había desesperanza y vacío, pero sabía que en los rincones de la ciudad, en aquellas casas, existían rutinas donde la gente perdía la angustia y podía dormir, para luego despertar y hacer sus cosas de gente de ciudad.

Había días en los cuales era una verdadera dificultad tener pensamientos positivos al mirar las casas y las calles, era cuando quedaba fija mirando algo o alguien haciéndome perder el corazón dentro del pecho, esos pensamientos se tragaban la poca fe, parecía condenada a observar en las cosas, los hechos y las personas lo intrincado que había sido llegar hasta ahí y su precoz acabamiento, entonces de manera simultánea estallaban en mí sensaciones de angustia y nostalgia reduciendo todo, cualquier cosa, hacia una total falta de sentido, a una determinante concepción de la fragilidad, inundándome de una enfermiza tristeza. Aquello me hacía sentir un ser disímil, estaba quebrada en millones, sin embargo, debía contener mi pedacería.

Miraba a mi alrededor, y por mi garganta pasaba el trago de saliva reprimiendo el grito de conciencia que me asolaba, no sé cuántos gritos se ahogaron

en mí, causándome alcancé a ver aquel cuerpecillo hirsuto, ahí seguía ella y el olor ya se había concentrado, era asqueroso. Con mi amigo, repasaría una y otra vez la anécdota: “La ratita gritaba, defendiéndose del palo, erguida, multiplicando su rabia y sus fuerzas.”, me contaba él. Bueno, es todo, ¿tú no tienes alguna historia de ratas?

—Una vez Oliv, cuando vivía en casa de mis papás, siendo una persona distraída, conviví sin saber con una rata. Eran los entonces en los que había pintado mi cuarto de verde y había acomodado y clasificado mis libros en el librero, además coloqué un pabellón violeta sobre mi cama. Eran los días en los que salía con mi mejor amigo a todas partes. Iba y regresaba de casa a diario, cuando en una ocasión al entrar a mi cuarto percibí un penetrante olor orgánico, mas, imbuida en la bonanza de aquellos meses, lo dejé pasar de largo, así por unos tres días. Un par de veces, al sacar mis zapatos, observé unos pedacitos de “algo” oscuro con textura porosa, no me detuve a averiguar lo que podrían significar. Uno de esos días, regresando del paseo lluvioso por aquel camellón de pirules y piedra volcánica —después de haber pasado la tarde bebiendo café frío con crema batida y cerezas, en compañía de aquel mejor amigo, quien hablaba reiteradamente de sus sueños y visiones con un ciempiés—, regresé a descansar a casa, parecía, y lo digo con alegría, que la crisis mental de un año atrás había quedado perdida en el pasado, disfrutaba de sentirme más sana. Al llegar a mi cuarto, me desvestí sin encender la luz y me metí a la cama para cerrar el pabellón. Por un momento quedé dormida, cuando me despertó el ruido de un papel aluminio el cual cubría una rebanada de pastel que me convidaron, y no trasladé a la cocina; sonaba como si unas garritas hurgaran el paquete abandonado sobre el tocador, de inmediato asocié aquel ruido con el olor a orgánico y los pedazos de “algo”, con una ¡una rata!, lo definí en un segundo, me atacó el pánico. Salí de la cama abriendo con brusquedad el delicado manto que me cubría, imaginando a la rata brincándome, quedando sus uñas certeramente clavadas en mi blusón, puse los pies en el suelo y me resguardé fuera del cuarto cerrando la puerta. Al otro día, papá la mató con ayuda de mi mejor amigo y un palo de escoba. No olvidaré que antes de matarla, debí ir a corroborar que la rata siguiera ahí; al abrir un poco la puerta de mi cuarto, la rata escuchó y se movió debajo del cubrecama, alcancé a ver aquel cuerpecillo hirsuto, ahí seguía ella y el olor ya se había concentrado, era

asqueroso. Con mi amigo, repasaría una y otra vez la anécdota: “La ratita gritaba, defendiéndose del palo, erguida, multiplicando su rabia y sus fuerzas.”, me contaba él. Bueno, es todo, ¿tú no tienes alguna historia de ratas?

—Mi amigo Adán Huerta, al fin de una reunión de los trabajadores del ingenio de caña, por allá en el sur, debió quedarse unos momentos a resguardarse de una feroz tormenta eléctrica que inició de noche, así como él, varios hicieron lo mismo. La lluvia caía cerrada sobre la provincia y sus campos de caña, diseminando en el ambiente un olor a melaza, ni siquiera se alcanzaba a ver la vereda de palmeras que quedaba al frente del enrejado de la entrada principal del ingenio, o la estatua representante del expropiador petrolero. Ahí, a lo largo de esa vereda, al pie de las altas palmeras, se hallaban las tandas de casas de un solo piso, destinadas décadas antes para los trabajadores de la caña de azúcar, casas que con el tiempo se deshicieron de la uniformidad con la cual fueron construidas, parte del proceso de habitarlas, fue pintarlas de colores desiguales, empotrar diversas herrerías y cultivar cada una su singular jardinería; con los años, cada casa se volvió más particular. Aquella noche, el lugar no se apreciaba por la lluvia, pero todo quedaba iluminado en la tierra, cuando los relámpagos anunciaban el próximo trueno. Estando en la reunión, los trabajadores comenzaron a escuchar el viento ya soplando por las rendijas de las puertas y paredes desgastadas; con aquel viento removiendo la tierra, los animales se inquietaban y comenzaban a salir: tarántulas, alacranes, cucarachas, serpientes, grillos, roedores, las aves nocturnas también se alertaban, sin dejar de acechar a sus posibles presas. Los trabajadores debieron resguardarse en una de las bodegas, donde había toda clase de herramientas y utensilios consignados para las labores del ingenio. Algunos recargados en los muros y otros sentados en el suelo, se pusieron a contar chistes, vibraban las carcajadas de los hombres en la bodega, uno a uno les llegaba el turno consecutivo de contar su chiste, haciéndose un previo silencio antes de iniciar, pues todos querían escuchar, hasta se habían animado un par de capataces, era el momento en que la risa los congregaba a todos; bastaron segundos de quietud para que una rata atravesara el espacio vacío entre los hombres, y trepara hasta la nuca de uno de ellos. Fue a Adán, a quien estando sentado y siendo partícipe del calor de la risa, a quien el roedor se le subió, en instantes se vio invadido, el impulso del hombre fue levantarse, entonces la rata lo recorrió,

metiéndosele por el cuello de la camisa para deslizarse por la médula espinal, después se entró por la pretina de los holgados pantalones, hasta salirle por el empeine. La rata terminó escapando del cuerpo de Adán, no sin abonar una huella de inmundicia a aquel momento, como si hubiera sido una mala broma. Dos cosas más pasaron, algunos pudieron percatarse de que una descomunal lechuza blanca, se zampó a la rata que había salido huyendo y, minutos después, a una de las palmeras de la vereda, la partió un rayo.

—¿Adán era trabajador del ingenio?

—No, Adán era estudiante de danza.

—¿Qué hacía ahí?

—Investigaba...

—...

—...el movimiento de las cañas y de las palmeras, la celeridad de las ratas, la rapacidad de las lechuzas. Investigaba a los hombres trabajando, discutiendo y riendo.

40

Había mucho daño, un daño ostensible, lacerante. Se escurría la sangre en las banquetas, y a la vuelta, ahí donde de niña te sentías libre, rodaba una cabeza. Los dedos los habían mandado en un paquetito, el torso había quedado embarrillado, apretado en un plástico, de ese usado para cubrir el refractario de vidrio con el postre, para hacerlo guarecer, para que no se resacasen los duraznos en almíbar, ni el torso... Había un daño invencible, el cual fue poco a poco mermando el bullicio de la calle, cubriendo con caliza las raíces de los árboles, espantando a las urracas del zócalo, pues un día ya no tenían ramas donde ponerse a gritar, derribando el kiosco para adoctrinar al pueblo: aquel ya no era sitio de congregación ni júbilo. Un daño que poco a poco fue clausurando las puertas, las puertas siempre habían estado abiertas, y pensábamos seguirían así generación tras generación hasta el infinito, esas puertas traspasables por los perros y por quien sea, porque estaba permitido atravesar los patios de tierra, para entrar a las casas e ir sintiendo la sombra de los zapotes, de los mangos... Hubo un daño que nos rajó a todos, mientras se escuchaba “a ese, a esa, yo la conocía...”, “le

quitaron...”, “le partieron...”, “le quemaron...” “lo aventaron...”, entonces cada vez nos íbamos impactando, cuando sabíamos lo que iba pasando, allá, allí, cerca, muy cerca.

Había quienes seguían diciendo que no pasaba nada, que todo se había moderado, pero a los que ya los habían jodido, ¿qué? Y esos que decían que no pasaba nada, y que las cosas se habían quietado, los rajaron también, estaban mal, estaban severamente dañados. Nunca más seríamos los mismos, los hijos, los nietos, los bisnietos de los pueblos, los de la periferia, los del centro, jamás seríamos igual, ni jugaríamos igual, y es que el miedo crecía en nosotros como la maleza, y podíamos dedicarnos a podar nuestros patios interiores de la plaga que no dejaba crecer la huerta, así como los caracoles incentivados por la humedad de la noche se engullían las rosas, sin dejarlas terminar de florecer. La vida en la rudeza y el daño, sin que te hayan rebanado un solo cabello, también era difícil, andaba brincando el corazón todo el día, incontrolable como una maldita rana, y parecía la rana un día nos saldría por la boca para darse una vida mejor, lejos, muy lejos de allí.

La gente no dejaba de comer, o no sé, era lo que se apreciaba, estaban cada día más gordos, y esa gordura era reflejo del miedo, si no hubiéramos tenido tanto miedo... Si no podían dar calma a sus hijos, a sus nietos, les daban miedo en forma de comida, y al pasar el tiempo los seguirían alimentando así, y, ¿cómo les darían otra cosa?, si lo único que había para darles era miedo, y es que estábamos dañados hasta los huesos, hasta el alma y los sueños. La gente asesina nos había perjudicado, aunque nunca les habíamos visto la cara torturando o matando, el depurado hecho de enterarnos de su transgresión nos fracturaba, nos volvió criminales también, nos hacía cómplices, quebrantándonos los pensamientos, incluso la memoria donde estaba acinado el pasado. Y ese pasado donde también había maltrato, seguía permeando nuestras vidas, aunque no lo hayamos vivido, pues ni siquiera habíamos nacido, eso les tocó a nuestros padres, a nuestros abuelos, ahí estaba la licitación hacia los vicios y los ecos de las amenazas de tundas cumplidas, siendo el vestigio de aquellas reprimendas colaborador vigente de nuestras sonrisas, de nuestras depresiones, vestigio empoderado por una transversalidad genética y psicológica, lo que éramos como hijos y como nietos, era aquello que ellos fueron como padres y abuelos, ellos nos habían conformado desde la sangre, hasta lo intangible.

Lo remoto siempre salía, no había lápida que resistiera lo recóndito, nadie se llevaba sus secretos, pues cualquier secreto era finito. Aquellos males y bondades de la gente que se iba muriendo, gente de la que nos corría la sangre de la que estábamos hechos, permanecían para los que nos quedábamos, haciéndonos nosotros mismos efectivos, todo ese mal, todo ese bien, constituyendo nuestros corazones y comportamientos, nuestras razones y locuras. Allí, en nosotros, estaba actualizándose el horror y la belleza formulados siglos atrás, lo que parecía nunca se expondría, era lo que nos movía, lo que nos daba contexto mental y emocional, y con aquel material configurábamos nuestras relaciones interiores y exteriores. Era mentira que cada quien su vida, había redes invisibles, estábamos: inexorablemente enredados por dentro y por fuera. Luego... el día a día, lo que nos iba pasando, lo que parecía nuevo... nada era indeliberado, pues se hallaba espiritualmente abonado, era esa fuerza exponencial la que todo el tiempo estaba forjando nuestras conciencias, aquello ya nos venía desde antes, y a pesar de todo, había algo muy débil persuadiéndonos de no estar determinados, disuadiéndonos de la muerte.

41

En sueños, salía volando sobre el pueblo, cruzando el cielo de noche...

Era casi siempre de noche las tantas y tantas veces de llegada al pueblo, yo miraba todo a través de la ventanilla abierta por donde entraba el aire caliente, pues ya no estábamos tan lejos del mar. Con los años, ese pueblo se convirtió en una pequeña ciudad gobernada por criminales, quienes eran apoyados por otros criminales sin cargo público, convirtiendo aquello en una organización sofisticada, laberíntica, operante por medio de la colusión, la extorsión, el secuestro, la desaparición, la tortura y el asesinato. Cada comercio debía ser parte cooperativa de la organización, aportando sobre todo recursos monetarios, esto como parte de rentas asignadas de forma obligatoria. Los criminales establecían las cuotas, según la capacidad económica de cada negocio, y si los comerciantes se negaban, entonces la gente constituida dentro de esta criminalidad, arremetía versus el dirigente del negocio y

algunas veces, también, contra su familia. Muchos desaparecían y aparecían desmembrados adentro de tambos o de bolsas negras.

...Pero yo, de niña, no pasé por todo ese resquebrajamiento, erosionando a sociedades enteras. A mí me tocó andar de chanclas, jalando la toalla, corriendo para atravesar el pueblo y llegar puntual a la clase de natación, ya fuera un poco antes de las doce del día, o un poco antes de que sol estuviera en su cenit. Allá sobre la avenida principal, que cruzaba todo el pueblo, avenida estrecha y de un solo sentido, allá, cerca del mercado municipal, había una de tantas casas con macizas columnas cuadradas, soportadoras de un techo el cual dejaba trasninar el agua; el patio, también cubierto del mismo techo, era minúsculo y de mosaico, abriendo unos recuadros para la tierra podrida que aún hacía levantar unas plantas de sombra con vastos tallos, hojas ciclópeas y deletéreas, las cuales crecían dobladas. La casa tenía una mínima entrada, desde donde se veía la añosa puerta y una ventana de vidrios olvidados, aguardando, robustas cortinas polvorientas, de colores y figuras carcomidas por la intensidad del sol, aguardando, en aquel interior, un microcosmos ígneo vedado a la mirada del pariente, del paisano, del provinciano y, también, reservado ante el paso híbrido del fuereño. En esa casa, decía mi prima, vivía una pareja...

Ella me contó que los sábados por las noches, afuera de las oficinas de la presidencia, la pareja bailaba abrazada entre otras, con la música que hacía sonar en el zócalo la banda municipal, la gente se reunía sin festejar nada, todos se hablaban pues de alguna forma venían siendo familia, así era en numerosos pueblos. Mi prima me contaba de la pareja porque era una adolescente y le causaba sugestión la vida adulta de las personas, “¿Cómo será cuando de señora viva con mi esposo?”, le gustaba imaginar esas cosas. Ella le pidió a su amigo Julio, quien años después se casaría con una enfermera que le doblaba la edad, la acompañara a espiar una noche a la pareja después del baile del zócalo. Mi prima y Julio llegaron cuando la gente comenzó a congregarse y la banda estaba abriendo con una sonada pieza, además la misma banda saludaba al público, mandando un par de congratulaciones mencionando los apellidos de las familias que festejaban algo, minutos después la pareja llegó, y mi prima y Julio se dedicaron a mirarlos durante toda la reunión sabatina, siendo testigos de cómo el hombre y la mujer, disfrutaban del momento como si estuvieran solos en el mundo. Mi prima y su

amigo, permanecieron sentados en las bancas de concreto, a las cuales se les había desgastado la leyenda cincelada en medio del respaldo; las bancas estaban dispuestas alrededor de la plaza, la gente las ocupaba para reposar y tomarse una nieve, o comerse un elote, mientras se deleitaba con la música y con los danzantes; aquel era más un momento para adultos, por eso a mi prima le interesaba.

Después de un par de horas la pareja se apartó, ella fue y se recargó en un árbol para quitarse las zapatillas, él fue tras ella y se encogió, colocando su pierna para que ella subiera el pie descalzo, él lo masajeó un poco, así hizo con ambos pies. Ella quedó descalza con el par de zapatillas acomodaditas junto a sus tobillos, miró a un lado y a otro mientras el hombre buscó alguna flor, pues bajo el framboyán había un círculo rojo de flores que habían caído a lo largo del día, juntándose como aro de fuego, él eligió una flor y la colocó en la mano de la mujer, después ella levantó el par de zapatillas y se tomaron de la mano para salir del zócalo. Así se fueron, al atravesar la calle que bajaba del mercado él la alzó en brazos, pues ella iba descalza, y llegando a la banqueta comenzaron a caminar nuevamente lado al lado, entonces caminaron juntos, pasando por los arcos donde estaban los puestos de tacos, por el portal de la iglesia, la mueblería, la distribuidora de alimento para aves y ganado, la veterinaria, por las rejas de la cementera, por las casas vecinas sobre la misma avenida, hasta llegar a la puerta de su casa. En este momento del relato mi prima sonrió, y dijo que había sido sencillo colarse al patio techado de la casa donde vivía la pareja; los espionaron desde afuera, a través de la ventana, me contó que lo primero que hicieron allá adentro fue encender la luz, después ella se había sentado en un sofá de la salilla, él desapareció, y apareció al ratito descamisado, con una jofaina con agua que colocó en el suelo, en la cual ella sumergió los pies, para que él se los lavara y tallara con una piedra redonda. Al terminar, fue por una toalla y un frasco de vidrio, retiró la jofaina, y poniendo su pierna recargó ahí cada pie para secarlo, después, abriendo el frasco, se chorreó en las palmas un poco del contenido que parecía aceitoso y comenzó a sobarle los pies, ella, quien había recargado la cabeza en el sofá, se quedó dormida, al terminar el masaje él se levantó, miró a la mujer por un momento, apagó la luz y se fue.

Julio le pidió a mi prima se marcharan, pero mi prima lo persuadió para quedarse otro rato y ver si ocurría algo más; mientras tanto, casi en secreto, para

no revelar su presencia inédita en casa ajena, dialogaban cosas de la secundaria, en esto se distrajeron... cuando se dieron cuenta la mujer estaba parada frente a la ventana...

—¡Ya nos vio! —dijo Julio en voz baja.

—...

—¡Vámonos!

—No, espera... creo... está dormida... —le dijo mi prima a su amigo, siendo así, mi prima se detuvo exactamente frente a la mujer haciendo señas con ambos brazos para comprobar, con descaro, que en efecto la dueña de la casa se encontraba dormida.

—Tiene los ojos abiertos...

—Pero eso no significa que nos pueda ver —contestó mi prima sin perder de vista a la mujer tenida al frente— ella ha de estar soñando...

Esto me lo contó mi prima. Ya después ella me confesó, pero puras imaginaciones o sueños, eso nunca lo definía, como que la mujer de aquella casa salía dormida por la madrugada, yéndose por toda la banqueta hasta llegar al puente de piedra... como que una de esas noches, esa misma mujer se había tirado del puente y el río rutilante la fue llevando hasta el mar, allá en el mar el hombre con quien vivía la fue a buscar, y ya no la encontró...

Lo cierto de todo, fue que cuando aquellos pueblos se habían transformado en pequeñas ciudades con el paso de las décadas, y todo estaba al servicio dictatorial y corrupto de las autoridades en contubernio con la mafia, esa misma pareja, ya de viejos, se hizo de un taller y una peletería dedicados a la enseñanza, la fabricación y la venta de calzado, sombreros, cinturones, sillas de montar, entre otros artículos de cuero. Sin embargo, cuando se entró en los tiempos más ríspidos, la peletería había sido rigurosamente ajusticiada por el crimen organizado, pues los dueños, la pareja, se reusaron a pasar la tarifa imputada al ejercicio de los delincuentes. A él lo secuestraron, dicen fue a plena luz lo sacaron del local, pasándolo por encima de la antiqüísima barra donde envolvían la mercancía y cobraban, halándolo del cinto, tirándole el sombrero, arrancándole las botas, la gente del mercado no lo ayudó, pues vivían aterrorizados, aislados, rotos por dentro. Pasaron meses, la esposa recibió un paquete con dedos, algunos de los pies, otros de las manos, días después una bolsa de tela con cabello... pronto

fueron identificados unos restos, enterrados entre una montaña de grava y un cementerio de automóviles, esto un par de kilómetros después del arco de bienvenida al pueblo, aquellos eran los restos del peletero, entonces sí, la mujer se tiró del puente, pero sobrevivió.

Dicen que la pareja de peleteros, no era la misma pareja que bailaba los sábados en el zócalo, décadas antes de que la región se volviese una parte fundamental del infierno. Dicen que esas fueron dos historias diferentes y en algún momento se volvieron la misma.

42

Sin haber estudiado arte dramático, aquel muchacho era maestro, escritor y ejecutante de teatro. Él me había invitado a presenciar el estreno de una de sus obras escrita, dirigida y actuada por él, pero no asistí. Me contaba algo acerca de su obra, ésta un monólogo en el cual él permanecía sentado en un escritorio, sobre éste había una máquina de escribir y un par de hojas blancas donde hacía anotaciones a lápiz, ahí, cargado del lado este del escenario, le contaba al público imaginaciones, que en ese preciso momento iban sucediéndole. Dentro de la estructura de la obra escrita, había espacios libres, decía él, “voladeros”, en donde ponía a prueba su temeridad ante el monstruo de las mil cabezas, lanzándose improvisadamente a esa especie de vacío. Sortear el tedio del monstruo, era parte cardinal de su aprendizaje, no solo histriónico, sino humano; provocar cualquier emoción al monstruo, hasta estremecerlo, era el objetivo de su espontaneidad, la cual buscaba ser artística. Decía él... “Una hora, una hora de saturación vertiginosa, de órganos desbocados, de actos inimaginados. Una hora de presente, de segundo a segundo.”

Un día asistí. La historia que contó aquel día se basó en una pareja durmiendo plácida en una cama sin cabecera. A ella, la despertó lo que sonaba en la radio, la cual consabidamente dejaban encendida en una sintonía; comenzaron a emitirse las campanadas de media noche y, enseguida, la melodía en voz de aquella cantante griega, entonando el coro de “*O mio babbino caro*”, acompañada de música orquestal. Sin moverse, al abrir los ojos adecuó su visión a esa tenebrosi-

dad azulada, proveniente de la cortina y de la luz de los postes de la calle; quedó desconcertada unos segundos, en los que le fue difícil sobreponerse al cambio del trémulo sueño a la forzada vigilia... Algo la despertaba... sí claro... era ese feroz segmento de “*O mio babbino caro*”, presidido por las doce campanadas, produciéndole diminutas explosiones viscerales, era esa luz vigorosamente azulada por el filtro de la cortina y, por supuesto, aquellas arduas ganas de mear. Todo ello la despertaba.

Ante tal hostilidad, se levantó, debiendo agazapar de frente que el espacio y el tiempo de noche son otros, y si lo quería, podían resultar simultáneos a otras dimensiones. Reconoció, con renuencia, necesitaba salir del calor de la habitación para ir al baño, y antes: abrir la puerta. Así lo hizo. Poniendo la mano en la perilla, la viró con blandeza para no despertar a nadie, a nadie... hizo el espacio prudente para que su cuerpo saliera, miró la puerta del baño, cerrada justo al frente de la puerta de la habitación de la que salió, y vio de reojo, sin mirar a ningún otro lado excepto la puerta del baño, la cual tenía en frente, que el pasillo estaba a oscuras, pero no la estancia al final de ese pasillo, ahí en la estancia también entraba la luz de los postes de la calle. Su firme convicción se había vuelto no voltear, este era el acuerdo tácito consigo misma cada noche: no voltear. Ella creía que al no poner atención todo se desvanecía, es más, nada, solo su aquí y su ahora existían. Sin embargo, dar una mirada cuidadosa, atender un poco no aguantando entornar los ojos para observar mejor, y constatar el engaño de la mente de que a veces las cosas en la oscuridad forman bultos, parecidos a otra cosa de lo que en realidad son, podía tirarlo todo, por esto fue mejor seguir de frente. Quizás no había para qué cerrar la puerta, ni para qué encender la luz mientras meaba, lo mejor era realizar de eso la mitad, o sea no encerrarse y encender la luz. Al terminar, salió de ahí atravesando el pasillo con un brinco afanoso, ahogando el malsano talante de mirar, mirar la oscuridad, mirarla con tesón y a detalle.

Metiéndose de nuevo en la cama, algo sucedió en ella mientras la radio seguía encendida, ¿qué tal si se levantaba e iba a mirar, suspendida ahí en la oscuridad del pasillo, lo que había en la estancia? ¡A mirar entornando los ojos, para ver de verdad!, porque... eso era ver de verdad, la oscuridad resguardaba la verdad de las cosas que la luz escindía en su manto cegador, quebrando la efer-

vescente mezcla de diversos cronotopos. Pero para ver había que tener fuerza para tolerar, pues la determinación de querer ver, habría un parteaguas en la percepción de cualquiera. Si, si se podía ver en la oscuridad, y ella lo sabía. Fue. Como lo pensó, quedó en el pasillo, su silueta se percibía desde la estancia, era ella la aparición para otros, de otras dimensiones. Unos instantes, y en efecto... un hombre gordo con sombrero y gabardina detectivescos, sentado refinadamente en el sillón, volteó a mirar la silueta del pasillo, entonces sonrió un poco sin gota de malevolencia, él regresó la mirada a donde la había tenido puesta, antes de percibirla a ella suspendida en la oscuridad.

Ella volvió a la cama a soñar. Al irse quedando dormida, su último pensamiento fue: “Seguro, él miraba el televisor.”

43

Pensaba... “Querido, acá pasan las horas, pero hay algunos minutos que parecieran puñales, vieras que los siento atravesándome, estoy muriendo. Te veo preparando la caja torácica, metiendo aire a los pulmones, para después exhalar dosificadamente al momento de entonar. Te veo junto a mí, en las penumbras de allá de acá, o tal vez sentado a la orilla del estanque de piedra con los párpados apretando los ojos, acomodando las manos sobre el instrumento, cayéndote encima la pasible luz del medio día. Me quedé entre las cosas raras que aquí están pasando, pero ya no me importa, las siento y prefiero seguir con los ojos cerrados, derramando mi duelo. Estuve allí sentada en una de las dos sillas de palma, mientras se me hundía la cabeza entre los hombros, pues era mi modo de llorar, con las manos me detenía la cara que se me venía hacia adelante y, veces menos, hacia atrás en una especie de contusiones, cuando sentí una mano en la espalda dándome unos golpecitos con blandura, sin haber nadie más que yo y entonces... más sufrí, más odié. Nunca le conté a nadie, pero siempre me sentí sola, ninguna compañía erradicó de mí una soledad viniéndome ya de antiguo, y cuando miraba a los demás sabía que estaban solos, pero muchos no padecían, ni siquiera lo sabían, yo sí, era mi mayor afinidad comprender que esto no es nada, que todo se está desintegrando, que el esfuerzo de cada día carece de sentido... Querido, esas

dos mujeres te hirieron, te hicieron sentir usado, te cosificaron, solo tú sabes lo que ese deleznable hecho te redefinió. Las he visto en el mercado, tomadas del brazo, las dos con lentes de sol, mostrando los dientes y la lengua a cada carcajada, van siempre con faldas cortas y el cabello sostenido en chongos altos, las dos con sus bolsas de mandado, cargando manzanas. Se detienen a ver la joyería de ‘plata’ y se prueban los objetos que no son auténticos, lo hacen confianzudamente, el vendedor charla con ellas y les presta un espejo... malditas. Me han mirado, me identifican, les tengo pavor. Mi Oliver, si me voy de aquí, a dónde voy, por ya no verte se me ha acentuado esa vertiente hacia el nomadismo, ese camino hacia la inanición, la deshidratación, la hipotermia y la locura.”

Había tenido un sueño premonitorio, de esas dos mujeres, durante la niñez...

En la casa de provincia dormía en una habitación frente al patio de hormigón, hormigón con reducidos espacios cuadrados, donde habían sembrado cítricos, por ser árboles medianos los cuales no levantarían el suelo con sus raíces. Experimentaba temor al acercarse la noche, papá revisaba las enciclopedias de Time mientras quedábamos dormidas, pues dormir en la ciudad era distinto a dormir cerca del campo. Oíamos el chillido de los cerdos que estaban matando en el rastro, los perros aullaban, los gatos hacían como bebés recién nacidos, las aves picoteaban las palmeras de la casa de al lado, los sapos croaban y saltaban nerviosos de un lado para otro, los mapaches y tlacuaches se arrinconaban, los murciélagos aprovechaban la oscuridad para embucharse la fruta, escondidos entre las ramas del chico, las cuijas se adueñaban de la casa con sus fuertes chasquidos, y yo pensaba: “¿cómo un ruido tan escandaloso puede provenir de tan pequeña garganta?” Siempre estaba presente el temor al alacrán, “si te traba, te mata”, ante esa posibilidad cualquier otro arácnido pasaba a menos; a las únicas que teníamos permiso, incluso obligación de matar era a las cucarachas, resurgiendo de la coladera ubicada al frente de la puerta principal, eran oblongas, crujientes como el apio, causantes de cierta aversión, al ver aquellas antenas y patas moviéndose con repulsiva agilidad, las matábamos y tronaban como chiles bajo la suela, se les salía lo de adentro, así como a los chiles les salían las semillas, las venas y ese extracto que contienen los cuerpos orgánicos.

...Mi papá revisaba las Time, de variados temas científicos, mientras yo dormitaba, al volver a la vigilia él seguía ahí y ese hecho me daba seguridad,

pensaba en lo inteligente que era él, así quedaba dormida, con aquel último pensamiento, nadie en ningún mundo podía cuidarme mejor que él. Se iba y apagaba la luz. La cortina quedaba cerrada y la ventana abierta, con el desahogo de que el mosquitero, exclusivamente, dejaría pasar el aire nuevo, sustituyendo al aire viciado por las respiraciones y el rigor del calor, la luz del patio, apagada; a la habitación entraba la luz de la estancia, siempre encendida. Allá afuera era tan oscuro, solo el ruido de los animales, al frente de la ventana de esa recámara había un mandarino, con unas largas espinas cual agujas saliendo de las ramas, con hojas medianas, yertas y restallantes, y con aquella fruta empezando desde octubre hasta mediados de enero, los gajos de las mandarinas, plegados invisiblemente unos a otros, estaban envueltos por aquella fornida cáscara... fácil de separar de la fruta.

...Una vez soñé, en aquellos tiempos, que me encontraba sentada en la orilla de mi cama mirando a dos mujeres a través de la ventana. Las dos de pie bajo la sombra del mandarino, una vestida de amarillo, la otra de anaranjado claro, las manos enguantadas sosteniendo paraguas de tul y encaje, los vestidos de corsé con cintas en zigzag a la altura de los talles y recargadísimos de holanes hasta el suelo, sin dejar verles las zapatillas forradas de seda, peinadas con caireles, amarrados dulcemente, con moños al tono de los vestidos, una de ellas con un cordón atado al cuello, del que pendía una minúscula botella de cristal recostada en los senos, pudiera ser que esa botella, contuviera el líquido con el que la bailarina de danzón drogó a Oliver la noche de la fiesta. Las mujeres se hallaban mirándome con cierta malignidad, casi sonrientes, sin dejar verse los dientes con labios delineados color sangría. Me quedé unos segundos frente a ellas, hasta comprender que no eran algo bueno, que su imagen contenía signos de un mundo al revés del mío.

44

Habían ido al mar. Les asignaron la habitación para seis personas del cuarto piso, no sin antes ir a discutir con el gerente por el subidón del pago de mantenimiento el cual cada año incrementaba. Era el primer día de una serie de

siete. Mientras conversaba con su amiga ella comió una barra de chocolate y escarmenó su cabello frente al espejo antes de dormir. Deberían ir a descansar pues la mañana siguiente y aquellos siete días demandaban toda la energía y buena disposición ante el calor y la monotonía. En diez y seis años de vida ella resistió los calores y las soledades de cada uno de los viajes, llorando en casi cada uno de los caminos que en auto habían de recorrer para llegar a su destino. Dentro del cuarto de hotel, la luz encendida del sanitario les era hábito, para que durante la noche la oscuridad no resultara abrumadora. Ya recostada, boca arriba y sin soportar los ojos cerrados para conciliar el sueño, sintió un golpazo de adrenalina recorriéndole desde los talones hasta la coronilla, de ahí se desató una taquicardia y la idea, aterradoramente, de lanzarse por el balcón, esto horas antes de la media noche.

Mientras los otros concertaban descansar, ella inició un estado de permanente beligerancia interna, enterándose esa noche que la fatalidad se hallaba acechante, que cualquier imaginación sobre la muerte era realizable, que el crimen en potencia estaba entre sus manos, como sus manos mismas. Paralelamente, comprendía extrañada, horrorizada, que algo muy grave le estaba sucediendo, ¿algo fuera de ella le había provocado aquel mal...?, y quizás por eso se desencadenó de manera fisiológica y psíquica aquella conflagración. ¡No!, ninguna cosa, alimento ingerido, solución tópica, no adaptación al ambiente, hubiera sido la causa de efecto tan nocivo, sin vuelta atrás: aquello estaba siendo enloquecer. ¡Y cómo recordaba en aquellos momentos...!, recordaba su inocencia de niña de cinco años, cuando escuchó a su padre contar que Van Gogh habría de cortarse una oreja para después pintar su autorretrato, ya desorejado; fija en la imagen del autorretrato del artista buscó, ya con indicio de naciente morbo, el hueco que habría dejado aquella oreja, y así también la indagación por el concepto de locura, hasta ese momento inexplorado, concepto que incipientemente la niña de cinco años dotó de belleza...

—Pero ¿por qué? —preguntó ella con respecto a la decisión que Van Gogh tomó al mutilarse.

—Porque estaba loco, Carmen—contestó él, el padre.

—Papi, ¡qué bonito ha de ser estar loco...!

—No te creas... no te creas... —respondió él con tono y mirada de advertencia.

Esa noche, en aquel cuarto de hotel, ella estaba desquiciándose, y nada ni nadie podría frenar el descubrimiento de aquella mente, mente asistiendo a la contemplación intrínseca de su progresiva degeneración. Y si el desbocamiento hacia inclinaciones catastróficas era terriblemente alarmante, por momentos la lasitud la estaba condenando a la nulificación de la búsqueda de sentido para seguir existiendo. Así de la nada, después de una barra de chocolate y de peinar el cabello castaño hasta dejarlo lacio, pegado a la espalda, ella emergió de aquella normalidad que hasta el momento había parecido ubicua, todopoderosa, ¡ojalá y aquella sujeción volviera para ampararla, para amarrarle las ideas!

La noche pasó. No durmió, solo trató que la ansiedad no la rebasara. No había palabras las cuales pudiesen narrar por lo que estaba pasando, ni nadie la entendería. La única forma de disculparse, pues sentía una instintiva necesidad de ser perdonada, era que todo lo que internamente la estaba corrompiendo, se filtrara de sí a través de la más inaudita bondad al observar al género humano, mirar a los ojos y robar un poco de aquella cauta ingenuidad de la que parecía gozaban todos, excepto ella, pues justo a ella, y sin ninguna clemencia, se le había revelado que la vida carecía en absoluto de sentido. Disculparse, sí, pues eso que le acontecía le era inmanente, transformándola en un ser abominable, ¿qué sería de sus padres si de mañanita asomados al balcón la hallaran muerta, tendida en la planta baja?, ¿qué sería de ellos si ella iba y mataba a alguien por una ráfaga de impulsos incontrolables? Sin embargo, guiada ya por su irreductible lógica de la ausencia de razón de ser, nada era matar, porque ni ella ni nadie eran nada, ante esto algo le devolvía juicio, aunque con debilidad, y era imaginar el dolor de los padres, dolor que la arrastraba hacia un suplicio tal que, aún sin haber hecho nada, sentía resbalar por un tobogán de yerro.

Había quedado en ir a correr con la amiga quien los acompañó esas vacaciones, aquella joven con quien tenía un lazo de parentesco. Al amanecer estaba exhausta, y esto disfrazó el maremoto de nerviosismo que la había asolado durante la noche; no sabía que al comer ella recobraría la vitalidad necesaria para cuestionar la vida a través de la filosofía de la fragilidad. De día debió dedicarse a contenerse, pues no poseía argumento coherente para hablar de sí misma, así también debió echar a andar esa raíz de preciosa piedad hacia sus congéneres. Al caminar bajo el sol, al lado de la amiga, quien hablaba de manera descomedida

—y es que la gente parecía disfrutar—, esa preciosa piedad se tornó condescendencia y después ecuménica lástima, lo cual le producía echarse a llorar como una verdadera loca, necesidad que debió reprimir sin miramientos, una y mil veces más. El hecho de observar y de escuchar a la gente... terminaban de desquiciarla.

Todo en el mundo era una saña.

Nada podía devolverla a ser lo que había sido...

...ni la idea del beso de un costeño, de esos quienes toda la tarde andaban a caballo en la playa,

...ni el bikini más caro,

...ni el aroma a coco del bloqueador solar,

...ni el de las margaritas del champú,

...ni las imbéciles canciones dedicadas al clima cálido del famoso rubio,

...ni la visión del agua en la piscina de mosaicos lilas,

...ni la sensación de la mansedumbre de las olas del mar, recordándole a Susana San Juan,

...ni la espuma convirtiéndola en Afrodita,

...ni ninguna otra barra de chocolate, malteada, hot cake, huachinango, tortilla hecha a mano o papas fritas,

...nada de esto podía regresarla ya...

Solo mantenía la vaga espera —no esperanza—, que al volver a la ciudad recobraría la indispensable coerción, regresándole el estómago; era como si le hubiesen arrebatado el estómago y ahí tuviese un hueco, era como si la comida fuesen puros trozos de congoja, haciendo de la digestión un acto lesa, ella comía y miraba, masticaba y tragaba, el alimento pasaba provocándole las sensaciones más tristes que había experimentado en su corta vida de adolescente. Sabía... eso era el fondo, ya no había más abajo, aquella irrevocable zozobra era capaz de atomizarla, esto pensaba mientras hundía sus dedos en la arena sentada frente al mar.

Aquel día por la tarde, su padre en el balcón miraba la lejana franja de horizonte con los binoculares, parecía vendría una tormenta, ella se acercó y no pudo más, dejó de contener el llanto y lo abrazó, él la abrazó sin preguntar, solo consolando a su niña, mientras ésta recordaba en silencio la frase de advertencia de su padre, cuando ella le dijo lo “bonito” que sería estar “loco”, así como lo había estado Van Gogh... “No te creas... no te creas...”.

45

Era nuestra compañera, aquella a quien le preguntaste cuándo se habría de emancipar, la que no fue a Centroamérica ni a Egipto por miedo a las desavenencias, esa, la que se te acercaba tanto y sin ninguna cautela, haciéndolo de vez en cuando y solo... cuando estabas solo. Teníamos diez y ocho años y ella me confesaba todo de ella y todo de ti, pensó... le guardaría sus secretos... Te dibujaba, te escribía, te pensaba, te soñaba, siempre te estaba buscando y sentía trastocar su espíritu cuando te hallaba, al verte sus ojos la delataban, aunque disimulaba casi a la perfección: “Míralo allí, ha salido de la biblioteca, se detuvo a un ladito de la fuente redonda, le botan las gotas a la cara, se le empañan los lentes, se le moja el suéter... míralo Lima, míralo, ahora está distraído.”, y las dos mirábamos.

Ella misma una vez se bajó del transporte pues te vio caminando al lado de la avenida, por el parque, dice llevabas una pila de libros sobre la cabeza e ibas silbando muy orondo. Otro día te detuvo a mitad de la calle, llena de estudiantes anónimos, para darte un beso y decirte algo, ya no me acuerdo, la cosa es que quedaste absorto ante su osada forma de abordarte, pues ella y tú ni siquiera se hablaban. Otro día más te llevó una pintura, su autorretrato, donde tenía los ojos cerrados y unas alas de acuarela. Cuando te operaron se enteró por una de tus amigas, Andrina, y te mandó saludos con ella, a lo que Andrina le respondió con una sonrisa desafiante: “¿Por qué no lo saludas tú misma?”. Otra ocasión te pidió la llevaras a tu casa, era de madrugada, le respondiste que no podías pues tú no tenías casa, esto terminando la fiesta de generación, donde por fin la besaste, ahí, frente a todos. Hasta una semana antes de la fiesta, cada martes, tomaron juntos una clase, ella siempre salía unos minutos antes de concluir, en la última sesión decidiste salir tras ella, al escuchar la puerta del salón abriéndose otra vez, después de haberla dejado cerrada, Carmen ya iba salones adelante y tuvo la certeza de que esta vez eras tú quien había salido del salón, ahora tú la seguías a ella, te había dejado removido el día que te detuvo en esa calle atiborrada de estudiantado para besarte, por eso en la última sesión de clases la alcanzaste, “¿Por qué siempre huyes?”, le preguntaste cuando estaban frente a frente, quién sabe qué habrá contestado ella, eso no me lo dijo, se lo guardó para roerlo ella solita por una eternidad adentro de la tumba, solo contó lo que tú le habías preguntado.

Una semana más tarde, pasó lo de la fiesta de generación, quedándose juntos en casa de unos compañeros, y una semana después de la fiesta, el profesor con quien tomaban clase los martes dio calificaciones, qué casualidad que ella y tú hayan sido los últimos, o más bien esperaste hasta que ella llegara por su calificación. Llegó con unas chanclas verdes y su bolso con pocas pertenencias, ya con unos tres litros de agua adentro, hidratándole los órganos, con aquellas cejas de montaña y nariz corta dándole al rostro mayor suspicacia, ¿qué pensaste, que ella te hablaría y se iría contigo...? Se acercó al escritorio de aquel profesor moreno y gordo, quien por aquella lasciva mirada hubiese pasado de tímido en un tianguis, vociferando a los marchantes la doctrina magonista, leyendo del librito de portada rosa Regeneración.

—Apellidos... —dijo el profesor.

—S... R... —ella dio sus dos apellidos, al tiempo tú te saliste y te recargaste en el muro frente a la puerta abierta del salón, para mirar desde afuera, acto seguido el profesor la buscó en la lista y le dio un número.

—Gracias—dijo ella, se acomodó el liviano bolso en el hombro y se dirigió sosegada hacia la puerta.

Ni te miró, y eso te dolió, lo sé, aunque nadie me lo haya dicho. “Cómo iba a ser... si apenas una semana atrás ella y yo...”, tal vez esto fue lo que pensaste. Carmen por orgullo no quiso contarme nada, lo que pasó ese cuatro de junio de madrugada no volverían a repetir jamás. Yo sé que te quedaste en las manos la voluptuosidad de su cuerpo, y para siempre te lo ibas a callar, y ella igual, si acaso se miraron un par de veces más o cruzaron tres palabras. Ninguno de los dos echaría a andar los recuerdos de una historia tan breve, eficaz para la fugacidad de unos segundos de gloria.

46

Al regresar del viaje de la playa que hacían cada año, los signos de malsana locura no cedieron. Ella era consciente con severa alarma que del trópico a la estepa nada cambió, que en el pueblo donde hacían escala en la carretera, igualmente,

sentía la cabeza, el corazón y el estómago desfallecer; pensamiento, sentimiento y alimento continuaban confabulados provocando un mal irreversible, del cual el resto de su vida tendría que defenderse, creando cantidad incontable de subterfugios para tratar de librarse de aquella asquerosa plaga... nunca terminando de matarla. Solo había sido una ilusión imaginar que regresando al orden consabido, ella regresaría también. La gente rodeándola en el pueblo, el queso fresco, la cecina, el clemole, dormir en la casa de una sola planta con patio y matas, la conversión del calor húmedo en seco, esperó “la curarían”, pero el asunto iba de mal en peor, las señales apuntaban a que pronto debería buscar ayuda profesional.

Al volver a la ciudad fue exactamente lo mismo. Llevaba ya dos semanas con aquella sintomatología, desde que detonó esa noche en ese cuarto piso de hotel; por más que trató de enrolarse en una rutina urbana acompañando a la madre de aquí allá, siendo además de obediente buena hermana, de nada le sirvió, pues cada día se encontraba más perdida. Dio tiempo, pensó que al ingresar a la escuela todo pasaría y quedaría como el peor de sus momentos, sin embargo, todo la alteraba: algo en la conversación de la gente, algún objeto llámese aguja, cuchillo o martillo, la altura de los puentes, viajar en carro, los trenes del transporte público, el estar cerca a conocidos y desconocidos: “¡Qué fácil es morir!”, era para ella el pensamiento capital.

Un día la chica acompañó a la madre, y a la mejor amiga de ésta a un mercado a comer camarones, se acomodaron las tres en una banca afuera del local pintando de azul rey ilustrado con una jaiba, desde donde podían ver las ollas de peltre, las cuales despedían al destaparse un espeso vapor que olía a mariscos. De inmediato, sin revisar el menú, pidieron tres platos con caldo de camarón, servidos y enviados rápidamente por el encargado. Cuando les colocaron los platos en la barra, los tres al mismo tiempo, ella supo que había sido una mala decisión haber aceptado el convite por el inconveniente estado en que se hallaba, era una magna impresión la visión de aquel caldo copiosamente rojo, en aquel contenedor que parecía no tener fondo, con los crustáceos ahí dentro, dos bolas de algo gelatinoso seguían siendo los pares de ojos, aquellas antenas y patas híspidas, ensañadamente anaranjadas saliendo a la superficie, el limón rebanado y el paquete de galletas saladas a un lado, acomodados en un segundo plato llano. El sobresalto más sofocante fue cuando aquellas mujeres, la madre y

la amiga, comenzaron a engullir los alimentos, a beber el caldo al que previamente encebollaron, enchilaron y enlimonaron, abrían las bocas mostrando llenas de felicidad los dientes mal cuidados, quebrados, picados, con sarro, mas esa era la naturaleza y debía aceptarse sin morbo, mientras trituraban no paraban de hablar, y en ocasiones de alabar a la muchacha por ser estudiosa, buena hija y hermana, “una joven ejemplar”, ella debería comer también, entonces había que empezar... sabiendo y temiendo, casi hasta el llanto, que la tristeza en su máximo esplendor y la divagación entre pensamientos cuestionando hasta lo que podrían parecer nimiedades, vendrían a su mente como asuntos ingobernables, uno tras otro, uno tras otro, siendo esos pensamientos parte descollante del proceso de alimentación y digestión.

Aquel día, al regresar a casa, se encerró en el baño luchando contra el sopor venido por la ingesta de aquel copioso caldo de camarón, casi enseguida comenzó a experimentar, como anteriormente le había sucedido, sensaciones visuales y táctiles que podía percibir a nivel cerebral, esto constaba de pasar de una textura lisa a una corrugada, fastidiándole, y viceversa, todo en segundos. Pasar de una a otra sensación texturizada, involucraba ir hacia la sima de la memoria llevándola hacia la madre: cuando algo le parecía aprobado por la madre la textura era lisa, agradable, cuando la madre ponía cara de desacuerdo -siendo ésta la facción del rostro privativa en la mujer, quien empuñaba la mirada negra con una fuerza volcánica, levantando y apretando los labios-, la textura se volvía corrugada y oscurecida, haciendo sentir a la muchacha un ser infame.

Fue tal el impacto el día del caldo, que determinó buscar ayuda especializada. Pasaron los años...

El malestar volvió con deliberada fuerza diez años después, tiempo en el que nunca había cedido por completo, algún sueño o pesadilla, alguna desidia, algún no saber qué hacer eran alicientes para caer en crisis fatales, continuamente acompañadas por desvanecimientos. Los análisis médicos pasaron de psicológicos, a psiquiátricos y neurológicos, mandaron a realizar estudios como tomografías, electroencefalogramas, resonancias magnéticas, suministraron medicamentos orales, llámese cápsulas contra la ansiedad y la epilepsia. Las peores ideas interrumpían las labores académicas y laborales, y las relaciones sociales y emocionales perdían total relevancia. Dentro de ella el cuestionamiento de la fragilidad de lo material,

engendraba múltiples involuciones, la colocaba en el sinsentido de su existencia humana. De a poco fue perdiendo tono muscular, el cuerpo rollizo, bien formado de los quince años, ya jamás le envolvería el esqueleto.

En forma mordaz recordaba, como el cuadro cinemático de su espuria introspectiva, las escenas de aquella inicua película europea en blanco y negro de principios de siglo, acerca de un manicomio donde para sedar a los clínicamente perturbados debían ser ingresados en unas tinas -no se sabía qué contenían, tal vez agua hirviente o helada, o toques eléctricos, para dejar a los pacientes rendidos, vaciados de cualquier demanda, pausados y solitarios dentro de sus intransferibles perplejidades, que el personal autorizado se encargaba de homogeneizar-. Las tinas eran cubiertas con unas portezuelas, las cuales solo dejaban libre un hueco redondo para sacar la cabeza, ahí encerraban a los enfermos mentales, había decenas de tinas; daba inicio la terapia del psiquiátrico cuando ya todos y todas estaban colocados, siendo así se introducían las descargas de no se sabe qué, los alaridos, manotazos y patadas no se hacían esperar haciendo mover los tablones de las portezuelas, éstas cancelando las extremidades de los pacientes. Era pues la viva y fiel reproducción de la imagen del infierno en el mundo, reflejo de la tiránica deshumanización, de la garrafal incompreensión de la carne, el alma, el espíritu y la mente ajenas: “A todos esos, los uniformaba la misma despreciable e inadaptada locura que de alguna manera había que tratar, y si no se podía erradicar, entonces se habría de paliar.”

La escena del manicomio, venía puntual en los momentos de crisis... ella, ¿debería acaso ser hospitalizada? No podía confesar a amigos, a sacerdotes, ni a médicos que ella no era de fiar, que deberían amarrarla, encerrarla ya, que sí no, en cualquier momento ocurriría una desgracia, y ella no sería responsable, pues estaba fuera de sí, sin embargo, la que aceptaba su locura no estaba del todo loca, le quedaba pues la conciencia de estar loca y eso le mermaba un poco de locura. Su cuerpo ya no podría ser barrera de contención de los pensamientos de muerte, no podría tolerar más aquel temible sentimiento impredecible.

Un día salió de casa, debía comprar zapatos, algo que detestaba. Fue a la plaza, se veía reflejada en las vidrieras... delgada como nunca... de pronto se concentró en los zapatos, encontró unas botas de piel, de un oculto azabache, más bien verde, lustrosas, “Las botas de una asesina...”, in fraganti -para muchos- la

hubo asaltado esta idea, muy temerosa aún, pero las compró. Tres días después salió de casa antes que la ciudad se iluminara, estaba airosa, recién duchada, se escarmenó, bebió un vaso con agua, limpió sus dientes, se abrigó, calzó sus nuevas botas, por fin su mente descansaba, la decisión era tajante. Tomó transporte que la llevó a una línea de metro, ahí en una estación casi vacía de gente, hábilmente, echó a alguien a las vías, acto seguido salió corriendo, nadie pudo atraparla, a unos tres minutos de la estación de metro se hallaba un puente, al que subió con febril energía impactando su par de botas al concreto, era uno de los puentes que cruzaba una de las más dilatadas y recorridas avenidas de la gran ciudad, desde ahí se tiró, levantando la barbilla al cielo que comenzaría a clarear, extendiendo los brazos como una bailarina, como un ave de primorosas alas hacia la libertad.

47

“La señorita Salazar Ribeles mata a uno en vías de metro, y en famosa avenida se arroja de puente perdiendo la vida.”

Era el título del encabezado que leías una mañana, un periódico quizá de un año atrás, tendrías como veintisiete años... Era ella Damián, la maniática quien te detenía en la calle para decirte que te amaba. “¡Mírala, estaba consumadamente loca, y nadie lo sabía!”, pensé.

La foto de Carmen conmocionó la ciudad. La universidad colocó un moño negro en la entrada principal, y esta vez no era por los estudiantes quienes salían de vacaciones y ya no volvían a clases, hubo tantos ahogados en mar abierto, eran las playas donde podían ir a drogarse y pasearse desnudos, leer o marcar huellas en la arena; ese moño tampoco había sido por el fallecimiento de alguno de los profesores eméritos, quienes morían de viejos, dejando en la comunidad el compromiso de su ostentoso homenaje y el tiraje que reeditaría sus invaluable aportaciones a las ciencias humanas; no, aquel moño era por Carmen, y le hicieron cuentos, poesías, pinturas, canciones, bailes inspirados en la locura, estudiaron el caso de manera sociológica, filosófica, histórica, económica y políticamente.

Ahí estabas, en la estancia de tu casa verde, atónito, te temblaron los dedos, trastabilló el periodiquillo; y sí, aquella explosión de sudoración y taquicardia que tú conociste cuando estuviste con ella y que nunca entendiste, fue junto a Carmen toda su vida. Damián, no debiste sentirte tan especial, ella era una criminal suicida, y la demencia le venía ya de por sí. Colocaste el periódico sobre la mesa de centro, mordiste la barra de amaranto, masticaste un poco y te arrimaste la taza para darle el último trago al café. Al rato saliste a fumar a la entrada de la casa, mirando hacia la calle.

Evitabas mirar al frente aquella barda larga, rosa, interrumpida por una serie de ventanas, con vidrios diáfanos. Toqué la rebaba entiesándose que hubo dejado tu café en la taza, ojeé los papeles que tenías sobre la mesa de centro, donde se habían rodado unas cuantas semillas de amaranto, leí el título sobre la historia de algunas de las migraciones masivas de las que se tienen registro, sus orígenes, sus procesos y consecuencias, ahí, al lado, el periódico doblado con la atroz noticia de la señorita Salazar Ribeles. Daba la impresión de una tarde eterna, el sol estaba en la cúspide, parecía nunca iba a dejar de iluminarlo todo... con esa constancia estoica que aturdía a cualquiera.

Me acordaba de Carmen, de ti... Me acordaba de la gente que había vivido aquí y de todo lo que tuve que hacer para estar junto a ti, convertirme en fantasma, en adivina, en predictora, en imaginadora... todo, con tal de acercarme, y en aquel momento que era de carne y hueso sufría y padecía cada instante. Aquello estaba lleno de destellos, de imágenes hechas como de humos de colores, de ruidos, de sueños extraños.

En aquel momento estaba sola... "Oliver... aparece...", pensaba sintiendo que tenía el poder de hacer ir a la casa verde al hombre de la armónica, pero ese hombre no era un fantasma... "¡Ay... estúpida!", reponía en seguida en mi monólogo interior.

48

Tal vez lo mejor sería volver a mi empleo pasado, en la tienda de minerales y piedras. Tal vez ahí, tras el mostrador al frente de turquesas y malaquitas, iría

cediendo a conformarme, a quitarme la idea de que el hombre de la armónica volvería para habitar conmigo en la casa verde. Pero, ¿me volvería a recibir en la tienda, aquella mujer a quien le faltaba poco para ser anciana, acaso seguiría viva y trabajando, me recibiría ella? Tal vez ya tendría otro ayudante, tal vez ella ya habría muerto y la tienda tendría otro dueño, tal vez habrían cerrado aquella accesoria donde llegaban verdaderas rarezas y en donde se engarzaban piedras para anillos de compromiso...

Esa mujer, la dueña, vivía cantando “cuántas luces dejaste encendidas, yo no sé cómo voy a apagarlas...”, siempre fuerte o quedo, como si quisiera que la escuchara toda la ciudad, o como si cantara solo para ella, para recordarse así misma sus recuerdos. Claro, yo nunca pregunté, ella solita me contó, cada día me contaba lo mismo, pues se le olvidaba ya me había contado sus cosas, y yo cada día hacía como que no sabía nada. Así me contó que iba a casarse con un muchacho tartamudo, de quien se enamoró una tarde viéndole las manos, ella a él, y en ese instante supo era él, su amor. Así comenzaba:

—Era un hombre sencillo, ordenado, amaba los libros de medicina, los cactus y los instrumentos musicales. Me invitaba limonadas en su casa, y hablaba, y hablaba... —ella reía cada que hablaba de él, poniendo los codos en el mostrador, mirando los estuches en los cuales colocaba, sin clasificar, las piedras quebradas para ver qué se podía hacer con ellas y así seguir con aquellos anaqueles caóticos, atiborrados de objetos estrafalarios y caros. —Una vez me dijo— la mujer retomó su anécdota mientras sobaba un pedazo de lapislázuli entre las cascadas manos, —“¿Nos casamos ya?”, yo le respondí de inmediato “Si”, sin pensarlo, pues no había nada qué pensar, habíamos sido novios durante dos años, siendo estos los años más triunfantes de mi vida, quizá no los de él... estábamos en un restaurante tomando café con leche cuando me lo propuso, era de noche y mirábamos pasar una serie de automóviles por esa ancha avenida. Salimos de ahí y fue a dejarme a casa, no podía disimular mi felicidad, llegué a contarles a todos y fui a dormir, pero no pude... ya me soñaba persignándome frente a la imagen de la virgen, para después bajar por las escaleras de la acaecida casona anaranjada en la calle Ruiseñor, con mi vestido blanco, y ahí abajo mis padres, esperándome, arreglados para el casamiento. Pasó el tiempo, él ya no volvió a decir nada, y cuando yo trataba de mencionar el tema, él se mostraba inalterable y a veces molesto, hasta

que tomó valor y me dijo tartamudeando que no se casaría conmigo. Comencé a sentirme deprimida, y una tarde volviendo del cine le pedí no me buscara más... no increpó nada, solo parpadeó frente a mí por un breve momento, caminó juiciosamente hacia su automóvil, lo abordó, lo encendió y se perdió para siempre...

Entonces ella seguía...

—Olía a hierba, parecía hierbabuena, pero no era hierbabuena, era una hierba no común, de un olor menos vehemente al de la menta, por ejemplo; era como un olor más suave y privado el de su aliento, muy de él. Aquel aliento me producía sinestesia, aquel olor era verde como la fluorita. Después del rompimiento yo trabajaba y estudiaba por la Balbuena, miraba los edificios, con aquellos letreros en los apartamentos de “Se vende” o “Se renta”, mientras tras los lentes para sol me brotaban lágrimas, como flores brotaban en las carnicerías, aquel efecto lo causaba recapacitar en que bien pudimos haber vivido juntos en cualquiera de aquellos apartamentos vacíos, lo teníamos todo... estudio, trabajo, juventud, amor... nunca comprendí qué nos faltó. Aquella avenida se hallaba sembrada de árboles medianos, con hojas esplendentes y lisas, impermeables al agua, con las copas infaliblemente recortadas en forma circular; los cafés con música de autores del impresionismo, las casas de particulares bien arregladas, muros, herrería, jardinería, combinadas algunas con pequeñas fuentes relajando al paseante. Yo esperaba por ahí, antes de entrar a tomar clases privadas de geología. Buscaba dónde estar para repasar a los griegos Teofrasto y Plinio, y luego para concentrarme en mis apuntes sobre James Hutton y Charles Lyell, fundadores de la geología moderna, esto hacía mientras comía una tarta de almendras y un té. Me interrumpía el estudio acordarme de sus inaudibles pláticas... hablaba rápido o lento... no le entendía... me invitaba a salir al parque, a cenar, a museos, al teatro, a conciertos, a perder el tiempo en alguna plaza tomando helado... “Esas canciones si hablan de amor”, él decía, y daba vueltas a mi alrededor hasta marearme. Después del rompimiento... los lunes por las noches yo salía temprano de casa, conducía por aquellas avenidas concurridas de gente en auto y a pie, llegaba al taller, ubicado en el centro de la capital, a tomar clase con esos hermanos, astrónomos, quienes no solo sabían de estrellas, sino también de piedras. Al concluir cada sesión nos despedíamos con amabilidad, y yo conducía directo hacia la catedral, me quedaba por ahí estacionada, estática por minutos, entonces comenza-

ba a llover, miraba los hilos de agua correr sobre el parabrisas deformando los palacios coloniales, y mientras alguna música sonaba allá afuera, mi corazón descansaba, llorar me ayudaba, permaneciendo un rato allí, a solas. En ocasiones, cuando no podía más, desabordaba el vehículo, y sin sombrilla caminaba por las banquetas hasta guarecerme dentro de la catedral, ahí, metida en aquella magnificencia, interrogaba a Dios y a todos los santos en forma de reclamo, con los ojos abarrotados de llanto preguntaba por qué aquel hombre no se había casado conmigo, frustrando nuestra felicidad, ¿acaso, él era más feliz sin mí?, hallaba el recinto siempre vacío, y no quería nadie viniese a sacarme, así que recriminaba por un instante y me marchaba. Buscaba un café, pero nunca me animaba a entrar, quedaba expectante, mirando a la gente que estaba allí adentro... Después regresaba a casa, en la oscuridad nadie me interrumpía ni me preguntaban por aquel par de ojos inundados de nostalgia y melancolía; entraba en mi habitación, sin encender la luz, tomaba asiento en un silloncito al lado del balcón, para escuchar la voz ronca de aquella señora entonando "...cuántas luces dejaste encendidas, yo no sé cómo voy a apagarlas". Sentada en ese rincón de mi habitación de soltera, me acordaba que el año en que nos volvimos novios, hubo cuarentena, consecuencia de una enfermedad bacteriana proveniente del sur, la gente quedaba en los huesos de tanto vómito y diarrea, y a los muertos debían envolverlos en hules con cierre, para no dejar disgregar el mal. Recordaba que aquel muchacho de aliento verde e inaudible plástica, se había aislado por el miedo a contagiarse. Después del rompimiento... pasaron años y yo seguía llorando, para entonces ese muchacho comenzó a escribirme cartas acerca de aves y ciempiés, cartas de las que yo no entendía nada, tanto que llegué a culparme por no entender, me sentía tonta, por creer aquellas letras ininteligibles, letras que a veces tenían el poder de volver a ilusionarme, pero volvía a morir, y en caída libre, pues él nunca me buscó.

—Y Violeta, ¿de quién es hija? —le pregunté... tantas veces...

—De un extranjero.

—Se enamoró de él.

—Pues creo que sí...

—...

—Él llegó a clase una tarde, se sentó por ahí de oyente, parecía poner atención,

y mientras dibujaba con la zurda fruncía el entrecejo de manera horizontal. Al salir de clase se acercó a mí para preguntarme algo sobre una librería de viejo, donde le habían prometido encontrar unas enciclopedias con fotografías de nebulosas. Fuimos juntos y hallamos lo que buscaba, las fotos eran espectaculares. Él se volvió mi inseparable, sabía mucho, había leído tanto que parecía mayor de lo que era. Estaba en la universidad por unos meses y esos meses bastaron para destacarse como el mejor estudiante, yo no sé cómo hacía... —la mujer dijo esto mientras en su cara se originó una apaisada sonrisa— ...no me descuidaba un solo día. Lo invitaba a mis clases, se presentaba a todas, y por supuesto a las suyas, pasábamos el tiempo en bibliotecas, librerías, podíamos escribir y dibujar juntos, hombro a hombro en el mismo escritorio... Algunas noches nos tirábamos en los campos de la universidad para ver las estrellas, sobre la hierba un poco crecida, así nos escuchábamos respirar, yo ponía mi oído en su pecho para sentir el movimiento de su corazón, entonces él hablaba de la bóveda celeste como todo un científico, y así mismo, del cielo sabía cantidad de mitos y poemas, ya después de estar en los campos nos volvíamos juntos, siempre abrazados. Poco después él debió volver a su país para concluir sus estudios. Yo ya estaba embarazada, así se lo hice saber, fue cuando él volvió, y al principio todo fue como lo imaginé, nunca teníamos dinero, y su prioridad comenzó a ser la astronomía. Viviendo con lo poco, carentes de cosas, un día Violeta se enfermó de aquella espantosa enfermedad, más para las criaturas, si no se usaban los antibióticos adecuados era mortal, aquella medicina era costosa, yo caí en desesperación, imaginando a mi niña envuelta de una manera hermética para mantener la enfermedad lejos de la gente viva y sana. Comencé a maldecir el momento de haber procreado una hija con aquel extranjero a quien no le importaba nada más que las estrellas, lo ofendí hasta cansarme, él me escuchaba mientras lloraba, al rato desapareció por unas horas. Al volver, trajo dinero suficiente para llevar a la niña a una clínica particular, para medicamento y aún sobraría para un “juguetico”, me dijo. No perdimos tiempo, llevamos a Violeta para que la atendieran, mi niña llegó delirante a la clínica, tuvieron que internarla durante días. Uno de esos días en los que él y yo nos turnábamos para ir y venir del hospital, tuve que regresar a casa por una muda de ropa para mi hija, pues según indicó la jefa de enfermeras, eventualmente darían de alta a Violeta. Al volver a casa, encontré una mujer mayor,

bien arreglada, parecía bastante rica, ella esperaba en el pasillo de los departamentos, “¿A quién espera?”, le pregunté, risueñamente puso sus ojos lilas en mí, y respondió con aquella diminuta boca: “Al astrónomo.” Entré al departamento, él salía de la habitación con un traje negro, en el brazo izquierdo llevaba doblada una capa de tela bruñida, como venturina oscura, y en la mano del mismo brazo, un sombrero, lucía cabal, yo solo cerré los ojos frente a él, sin preguntar nada. Así vivimos por años, incluso cuando él lograba tener becas para continuar especializándose; fuimos y venimos, siempre los tres, el astrónomo, Violeta y yo, juntos por el mundo, estudiando el cielo y las piedras.

49

Unos meses después de la muerte de Carmen, los estudiantes hicieron una fiesta fuera de la ciudad, en una casa rentada, la cual se veía desde la carretera, la carretera iba hacia la costa y pasaba por uno de los ríos más importantes del país, era la última casa de un vecindario hallado en lo alto de una ladera, en zona de matorrales. Fue mucha gente y todos se quedaron ahí, quemaron mariguana, tomaron, bailaron y hablaron de política hasta el cansancio. Yo fui Damián, por encontrarme contigo. Esa casa tenía una amplia estancia, las escaleras en lugar de subir descendían de a poco, intercalando el paso hacia las puertas de varios dormitorios; el jardín se dividía en niveles, como en Babilonia, hallándose repleto de pasto y matas, además había unas cuantas hamacas amarradas de las ramas más fuertes. Vivía ahí una guardiana, una perra san Bernardo que dio a luz a siete cachorros, la gente que fue los acogió mientras duró la bacanal.

Ya entrada la noche, el tema central fue Carmen, el porqué de su asesinato, el porqué de su suicidio. Advirtieron que la vida de una persona estaba conectada con el mundo entero, y lo que hacía esa persona tenía que ver con su mundo presente y con el que ya había pasado, como seres vivos nada nos era ajeno, todo nos tocaba, nos repercutía, nos procuraba, nos afectaba. La locura no nos venía de un don o de un perjuicio divino, la locura tenía que ver con todo lo que nos había sucedido, tenía que ver con el lugar y el momento en que habíamos nacido, con quiénes habían sido nuestros padres, nuestros abuelos y con todas esas

líneas genealógicas que nos habían llevado hasta el inicio de la vida, y después el crecimiento, siempre conectado al contexto, en cómo de alguna forma nacíamos y crecíamos determinados, y cómo sin rendirnos buscábamos una identidad propia, “Pero ¿qué hay de ‘propio’, si estamos dentro del sistema?”, dijo uno, y así continuó “se confunde lo ‘propio’ con lo que el sistema te dice que eres o que debes ser, o querer, ese sistema te dice que dentro de él se puede ser lo que uno quiera, pero ese ser lo que sea, también ya está determinado, ‘ser exitoso’, es lo que se dice aquí dentro que se debe ser, un éxito que vaya por encima de todos los demás, ah pero eso si... todos pueden obtener el ‘éxito’ y los que no lo obtienen es porque no se esfuerzan lo suficiente, eso ya no es culpa del sistema, en ese punto el sistema no varía, ‘es usted, no el sistema.’”, hizo una pausa y agregó: “Y los locos, los raros, los diferentes, quedan afuera automáticamente porque están en otro mundo, cuando fue este mismo sistema el que los enloqueció, estructurando mecanismos para dejarlos ‘afuera’, para hacerlos parecer incapaces ante ellos mismos y ante la sociedad, porque no funcionan adentro, entonces aquellos ‘inadaptados’ reducirán el número de la competencia, pues serán carentes de las oportunidades ya de por sí impuestas, quedando así los más ‘aptos’, los que pueden hacer fluir y crecer el capital...”, así seguía y seguía, hablando frente a la fogata, moviendo los antebrazos y las manos morenas llenas de venas, con los dedos ensortijados de plata y las muñecas con pulseras trenzadas en cuero, el cabello sostenido en la nuca, los ojos iluminados, mientras otro compañero atizaba el fuego.

Estuve un rato sentada ahí, pero me desentendí del soliloquio pues empecé a pensar en la muchacha sentada al lado de las biznagas, perdiéndome en ella contemplé su cara redonda con marcas de acné, su prematura alopecia y su visión desviada, algún día en otro lugar me contó de su tesis de José Martí mientras yo, en aquel momento... pensaba en ella, en su manera de hablar, en que era discriminada y que eso era una vileza de parte de los “humanistas” de la universidad. Me quite de ahí, me dolía pensar en la tesista de Martí, y fui hacia adentro, hacia la estancia, en donde había baile y rueda con dos muchachas en medio, me acerqué sonriendo, y comencé a aplaudir como todos los demás cuando las danzas húngaras de Brahams comenzaron a sonar, entonces me aventaron en medio de la rueda de gente y luego a ti, bailamos Damián, menos de dos minutos, giramos,

vi tu sonrisa y la falta de uno de tus dientes, de repente una carcajada unánime, pues la San Bernardo con parquedad maestra cruzó la rueda con un cachorro dormido en el hocico, siendo así tú y yo nos hicimos a un lado, para que la madre pasara y no encontrara impedimento al trasladar su lanudo y gigantesco cuerpo, con la responsabilidad de llevar a descansar a su cría a un sitio más silencioso.

Más tarde, ya de madrugada, los alegres y disidentes ánimos habían cambiado. Un grupo de muchachas estaba llorando en el baño, todas estaban borrachas, me asomé y miré a una vomitando en el lavabo, a otra tirada frente al inodoro, mientras otra más le recogía los abundantes rizos con una mano y con la otra le daba palmadas en la espalda, en la ducha una compañera era apoyada por otras dos quienes apenas, al igual que ella se podían mantener en pie, se escuchaban sollozos, eran todas ellas, hablando fuerte, creando ecos, haciendo escándalo. Cerré esa puerta, di media vuelta y ahí quedé frente a mi reflejo, en un espejo enmarcado dentro de un óvalo dorado, ahí entre la penumbra y la breve humazón del pasillo oliendo a incienso. Hacia abajo ubiqué las puertas de los dormitorios, atiné a descender, pausadamente, me detuve al darme cuenta que allá en el dormitorio, a oscuras, situado en la parte más baja de la casa estaba Damián, mirando a través de la ventana hacia el patio atiborrado de vegetación y de gente...

“Soñé que era tú y que me salían unas alas hechas de óleo, eran pesadas, pero como era tú me las aguantaba, salía a volar de noche y pasaba por encima de las fogatas que habían hecho los humanos. Miraba desde arriba la ladera con su hilera de casas, las poblaciones de provincia con sus luces, las cadenas de montañas que de noche parecían ballenas echadas sobre la tierra negra, serpenteadas por las carreteras, luego el gimiente río, y por último llegaba al apabullante mar, bajo aquel inacabable cielo, y como era tú seguí volando sobre el océano, le di la vuelta al mundo, sin miedo a caerme.”

...estabas mirando a través de la ventana cuando alguien viniendo del lado izquierdo se acercó, quedando atrás de ti te dijo algo al oído colocando sus manos sobre tus hombros, dio media vuelta, avanzó y se detuvo antes de cruzar el umbral de la salida de la habitación, tomó algo que estaba a su derecha, entonces salió de la habitación con una palmatoria en la mano, creando un cálido halo de ámbar alrededor de su cuerpo, ascendió las escaleras mirando hacia arriba, pasando por

mí de largo, como si yo no existiera. Yo quedé pasmada, y pude mirarte... apañar aquella imagen sin nadie juzgándome, fue cuando diste media vuelta y encontraste un bulto en la penumbra del pasillo ascendente, era yo entre el breve celaje del incienso, y no pudiste distinguirme.

50

Fueron esas mujeres a preguntar por ti. Escuché tocaron el portón con insistencia, salí de casa, podrías haber sido tú, pero me detuve a mitad del patio... tal vez no eras tú, y por precaución me asomé por una ranura, eran ellas.

—¿Qué necesitan? —pregunté sin abrir.

—Y... Oliver, ¿está? —preguntó una.

—No—contesté y se carcajearon.

—Pareces una anciana, ¿te damos miedo?

—No...

—Entonces, ¿qué pasa, no abres? —tenía pavor, la voz les cambió.

No abrí, no abriría... empero nunca olvidaré lo que vi.

—No puedo, tengo cosas que hacer. Oliver no está.

—¿Cosas que hacer... Oliver no está...? Tienes miedo Lima, lo huelo—dijo una, y yo quedé con los ojos sediciosamente abiertos.

—¿Estás sola?

—No... no estoy sola.

—Abre...

—Sí, que abra... —dijo la otra.

De pronto una se asomó por la ranura desde la que yo trataba de seguir mirando, así que logró verme, me alteró mirar ese ojo pues no parecía de gente, por instinto me quité de ahí, y me tapé la boca, mientras mi corazón se aceleró las manos, la frente y los pies comenzaron a transpirar, sentí mis mejillas encenderse, instantes después escuché que se alejaron, fue así como reuní valor para asomarme nuevamente por la ranura del portón... y nada... nadie... me quité, dejé pasar segundos y volví a asomarme para corroborar que nada estaba pasando, entonces las vi... y vi que ellas eran altas... tan altas que no podrían entrar por

la puerta sin bajar la cabeza. Estuvieron afuera un rato, queriéndose adueñar de ese pedazo de calle.

Pasó el día, en algún momento se fueron.

Llegó la noche, estaba asustada, y por otro lado la tristeza de no ver a Oliver me invadía.

Aún no llegaba la última vez de vernos.

Un mes después de que ellas vinieron a buscar al hombre de la armónica recibí una carta, colocada por debajo del portón. Ahí estaban sus letras en tinta negra, diciendo lo mucho que me añoraba, agregando que regresaría para llenar el estanque y pasar más tardes juntos haciendo nada, sentados afuerita de la casa en las sillas de palma, mirando el paso de la gente y el sol en su apogeo naranja. Vendría... para mostrarme las sonatas de luto de Bach, para tomar té, ir por pan, estar acá y desperdigar mi desconsuelo al despertar de la siesta vespertina. Vendría y traería material para pintar con acrílico sobre cartoncillo, y tocar la armónica mientras me daba un baño en la obsoleta tina. Vendría... para leer por las noches los libros de Damián, y al final dormir con la penumbra entrando mansamente por la ventana. Él regresaría para acompañarme durante mis sueños raros, y en ellos hacer lo posible por seguirme... cuando yo me hubiese ido volando.

Llegaste a medio día y pusiste sobre la barra de la cocina una bolsa transparente con peces dentro, te dedicaste a arreglar los menesteres descritos en tu carta. Entradita la noche el estanque ya tenía agua, fuiste por mí y de la mano fuimos a la cocina por los peces para dejarlos libres, sus cuerpos alargados se hallaron radiantes entre los visos del agua, ver aquellos sutiles destellos y nuestras sombras en la piedra nos alegró. Allá arriba, el cielo titilante daba la impresión de arreciar la velocidad del tiempo.

—¿Me acompañas mañana a la tienda de piedras? Quiero trabajar ahí otra vez—te dije, mientras mirabas desde adentro tu obra: el estanque sin la membruda capa de moho, con agua corriente y peces color mercurio.

—Sí... —dijiste sin voltear a mirarme, con los puños relajados puestos en tu cadera.

—Gracias por la carta Oliver.

—De nada —contestaste y viniste a descansar junto a mí, abrazándome.

Al otro día salimos temprano. Fuimos calle abajo cruzando cuadras y cuadras hasta dar con una transitada avenida vehicular, ahí nos detuvimos y

esperamos el cambio de luz del semáforo para atravesar al otro lado. Cuando se salía a la calle la piel y el cabello se llenaban de olores, y los ojos trataban de mirar a todos lados; el comercio ambulante invadía las banquetas. Las personas se advertían como una más de las ocupantes del espacio, aprehendidas a sus pertenencias caminaban rápido mirando de reojo, incómodas dentro de sus trajes sastres mal cortados de telas tiesas, a veces se detenían a mirar la hora o a comprar en los puestos cualquier fritanga, contando peso a peso el cambio, no fuera a ser “desacompletaran” para el pasaje, después se iban, retomando con eficacia el paso, sorteando los cúmulos de basura, había quienes pateaban las envolturas, los envases, y ese era un acto vulgar, era un hecho tan urbano convivir al ras de la basura. Parecía las personas se calmaban cuando llegaban a la parada, para esperar el transporte que los llevaría a su destino, así mismo cuando les llegaba el turno de levantar el pie para colocarlo en el estribo y, por último, los más afortunados del día eran los que alcanzaban asiento; ya sentados hallaban un momento para el diálogo interno, o simplemente dormían.

Oliver y yo subimos al transporte, alcanzamos dos lugares en la parte trasera. Mirando a través de la ventanilla, pensaba que de obtener el trabajo en la tienda de piedras, aquel sería mi camino a diario, volviéndome parte anónima de ese cuadro, entonces alguien me miraría asomada a través de la ventanilla y se preguntaría para sí, quién era yo. Bajamos y caminamos sobre la misma avenida, pasando por una serie de antiguos edificios, algunos abandonados, en los cuales abundaban la renta de bodegas y en menor medida oficinas. Llegamos a la accesoria, ubicada en la planta baja del número 1416, estaba cerrada, los muros y la cortina estaban rallados, y en los dobleces del acero había, adherido, un polvo combinado con grasa.

—¡Se cambiaron! —nos gritó desde varias accesorias adelante, un muchacho quien estaba soportando en el hombro una caja de cartón, sosteniéndola con la mano y el brazo derechos, al parecer la caja poseía contenido pesado, pues cabeza y cuerpo del muchacho estaban ladeados para mantener el equilibrio.

—¿A dónde? —pregunté fuerte para que alcanzara a escucharme.

—Aquí nomás—y señaló hacia el frente haciendo un ademán con el brazo y la mano libres.

—¡Gracias!

Atravesamos la avenida corriendo. Ahí estaba la gran tienda de minerales, ahora con seis extensas accesorias, las seis con ingreso al cliente, creo la tienda abarcaba toda la planta baja del edificio. Había empleados de sobra para atender, todos en batas azul marino como distintivo, con un bordado manuscrito en la espalada el cual decía “Petra”, y al frente, a la altura izquierda del pecho, en manuscrito también, el nombre de pila de la empleada o empleado. Los clientes llevaban en la mano bandejas para depositar ahí su producto, andaban entre los pasillos, deteniéndose a observar con paciencia los anaqueles cargados con multiplicidad de mercancía, tomando con la mano lo que había llamado su atención, separándolo del resto para apreciar pormenores. Otros clientes de manera metódica ya sabían lo que adquirirían y un empleado, sucintamente, les apoyaba en contar las piezas, para después guiarlos al área de cajas con su nota de pago, ya con la nota con sello de “pagado” les entregaban su compra debidamente empaquetada, por último, justo a un pie de salir, había guardas dados al menester de revisar las notas y su coincidencia con los paquetes.

Al ver aquel ágil movimiento y amplio espacio, imaginé que tenía fiables posibilidades de trabajar ahí, aunque la intimidación de la ruinoso tienda que hacía años yo conocí, se había diluido entre la bonanza de aquella sistemática organización, donde incluso parecía manejaban el negocio de fabricación en serie, ahí donde la naturaleza debía llevar sus propios e ilimitados tiempos, elaborando tejidos que volvía sólidos y fríos, capa tras capa, hasta grabar colores y texturas alucinantes. Fabricación en serie, ahí donde el proceso químico amalgamaba combinaciones inorgánicas indefinidas, pues ninguna piedra era igual a otra, sin embargo, el ser humano se había encargado de descubrir, de nombrar, de clasificar, de valorar, de industrializar.

Yendo de la mano de Oliver pregunté por la dueña a uno de los empleados, al que noté con menos trajín.

—Arriba —sintetizó haciendo una seña con el índice levantado.

—Gracias—contestamos.

Buscamos subir, aquello era un mundo, debimos volver a preguntar por dónde podíamos acceder a la planta alta pues nos perdidos, nos dijeron “Por allá”, haciéndonos señas sin mirarnos, así llegamos a la parte de atrás en donde había un pasillo con pilas de cajas bien ordenadas, entre todo aquello había un

elevador y al lado del elevador una puerta con un letrero que decía “Escaleras”, abrimos la puerta y subimos. Llegamos a la parte de arriba y ahí estaba todo ese piso alfombrado, con algunos cubículos de cristal y amplios espacios ocupados por unos depósitos cuadrangulares, repletos de ropa envuelta de manera individual en papel celofán transparente, además había unos envoltorios gigantescos, los cuales parecían ser de telas.

En el cubículo de cristal principal, desde el que se podía tener el dominio visual de la planta, había un hombre con turbante sentado en un escritorio, a su lado, de pie, se hallaba otro hombre más joven mostrándole una carpeta con cientos de hojas, haciéndole señalizaciones con un lápiz amarillo. El jefe advirtió nuestra presencia, sin levantar la cabeza de la carpeta dirigió sus ojos hacia nosotros, tanto yo como Oliver nos sentimos levemente intimidados, hasta casi comprender que debíamos regresar por donde habíamos venido, pero el jefe nos hizo una seña con la diestra moviendo sus dedos hacia él para que nos acercáramos, los pasos no se oían por la alfombra. Fuimos, abrimos la puerta de cristal y nos atrevimos a pisar por dentro, él nos miró con aquellos ojos moros, milenarios, no nos dijo nada, y mejor... yo quería salir corriendo, sin embargo, antes dije, pues ya estábamos ahí...

—Buenos días. Yo trabajé hace unos años con la señora Margo... y quería saber si podía emplearme nuevamente en la tienda de piedras.

—Muéstrale los requerimientos Gil —en fluido castellano, pero no sin los intersticios tonales de su lengua natal, dijo secamente el hombre mayor dirigiéndose al secretario, desdeñando que yo haya sido parte del nacimiento de esa ingente empresa— Espera allá afuera —agregó y volvió a bajar la mirada a la carpeta para seguir en lo suyo con inherente desdén.

Como dos robots seguimos la orden, marcando sin chistar nuestros inaudibles pasos.

51

Salí temprano, llegaría media hora antes y era mejor. Caminé cuerdas abajo, crucé la avenida, tomé el transporte. Iba pensando en cómo sería mi primer día

de trabajo, me emocionaba reaprender el nombre de las piedras, reconocerlas, clasificarlas, sentir su temperatura, apretarlas y cargarme de todo aquello que poseen silenciosamente. Bajé del transporte, esperé la luz del semáforo y crucé, llevaba buen tiempo y llegaría puntual. Ingresé a la gran tienda por un costado del edificio, donde había una puerta secreta, por ahí entraba en personal. Una de las empleadas me saludó y me dijo que aún no estaba listo mi uniforme, estaría listo después de mediodía.

—Como no estarás uniformada no atenderás clientes hoy, harás otras tareas. Yo te iré diciendo qué hacer. Como pudiste ver ayer, en la planta baja se ubica nuestra tienda de piedras, y en primer piso se encuentra la distribuidora de telas y trajes importados de Asia.

—... La verdad, solo tomaron mis datos y me pidieron presentarme hoy, temprano.

—Bueno... no te preocupes, ya te irás ubicando. En un momento llega mercancía, hay que ordenarla en la parte de atrás y en la planta de arriba, inmediatamente después de organizar la mercancía levantamos las cortinas.

Llegaron tres compañeros más, y en seguida un camión con mercancía. La compañera, quien me recibió para darme instrucciones, con lista en mano iba revisando los paquetes de manera superficial y con un lápiz palomeaba los artículos enlistados. En realidad, no hice nada, solo observar el proceso de recepción. Los compañeros se disponían a organizarlo todo, ayudé en cosas menores pues los paquetes eran pesados. Al concluir la organización de la mercancía en la planta baja y en el primer piso, la compañera me dio una lista y me pidió revisar la etiqueta de cada caja donde estaba escrito el nombre del mineral que contenía, en la lista yo debía anotar “Recibido”, según lo cotejara en lo que venía escrito en las hojas que me dio; antes, ella me pidió le ayudara a levantar las cortinas, lo hicimos, después regresé e inicié el cotejo; al terminar la labor subí a la planta alta, y empecé a hacer lo mismo con los bultos de tela y ropa que también poseían etiquetas. Por fin, entregué la lista a mi compañera quien se hallaba contando las piezas de unos trajes de seda, al terminar de contar y registrar el número de piezas, me recibió la lista y me dio las gracias. Comencé a tener un terrible dolor de cabeza, necesitaba salir a respirar, pensé en escapar unos minutos cuando escuché un barullo, iban subiendo algunos empleados y en medio una señora.

—Llegó Violeta —dijo mi compañera.

La señora entró a su oficina y los empleados se quedaron afuera. Al rato mi compañera me dijo:

—Te habla Violeta.

Ahí me presenté en un instante.

—¿Eres? —dijo mirándome con una expresión agradadamente simpática.

—Lima.

—Bien Lima, aquí está tu uniforme —y me mostró mi nombre bordado en manuscrito, dio la vuelta al traje, y leí “Petra”.

—Gracias.

—Pruébatelo querida, debe agradarte.

—Sí —dije y sentí la piel erizarse.

“Violeta... pareces una aparición anunciadora del paraíso. Una pintura al pastel, con ausencia de formas definidas; una pintura de nubes, de nubes solo imaginadas, porque podrían ser vaporosas ovejas, terso fuego, malteada de fresa, corazón de zafiro rosado prendido a las muñecas, al pecho, al cartílago de las orejas; podría ser un kilo de carne tierna, con la postura fetal de un bebé terminando de crecer fuera de la sangre fucsia de su madre, diez dedos en las manos, diez en los pies, de sexo ‘es mujer’; podría ser la pintura de la música orquestal, con arpa, clarinete y un xilófono de juguete, con peldaños varios en siete colores. Violeta magnífica, mezcla de dos tierras, de dos aguas, tierra y agua, provocadoras del más dulce petricor, combinación de dos fuegos haciendo el fuego y de dos vientos siempre hallándose de frente levantando polvaderas espirales, moliendo piedras preciosas hacia el cielo, fuego y viento hallándose en obstinada turba, logrando, a veces, una dorada y condenada resiliencia. Violeta dotada de mundo, ahora te andas con vestidos de seda tableados cubriéndote las rodillas, seguro, igualitas a las de tu madre, aretes de perlas de río y diamantitos incrustados en oro blanco, labios iluminados de coral, cabello castaño, rizado, enmarcando esa fusión de rasgos, de aquí de allá. Se nota la alegría en toda tu grácil figura, se ve te siguen, te quieren, desean abrazarte, contenerte unos segundos, disipar tu aroma por toda la planta, eres cercana, traes el paraíso. Eres un trago de licor de piñón en un año nuevo, ahí la mesa puesta con nochebuenas blancas, la cena servida en vajilla de porcelana con cubiertos de plata y copas rebosantes de frambuesas, ahí, una silla para cada uno de los seres humanos del mundo, en esa larga mesa dándole la vuelta a la tierra.”

—Entonces, ¿ya habías trabajado aquí?

—Allá enfrente—hablaba como si estuviera estupefacta.

—Con mami. Me acuerdo de ti, eras jovencita, mucho más que yo—y sonrió.

“¡Oh señora...!”

—Violeta, hay una caja que trae las piedras revueltas, todas son en tonos rosa, mira...

—Turmalina, espinela, granate de rodolita, ágata, morganita, cuarzo, ópalo y rodocrosita... —respondió Violeta, y la empleada, quien se había quedado en el quicio de la puerta, escuchando los nombres de las piedras, se retiró.

—¿Aún vive ella?

—No.

Inequívocamente terminó loca, porque ella siempre temió lo que nunca llegó, heredarle a su hija sus padecimientos mentales, eso la enflaquecía, la acababa, y Violeta... Violeta siempre estaba bien, la señora Margo decía: “Tengo miedo, miedo que Violeta sea vagabunda. Tengo miedo sufra hambre, frío o dolor y no tenga medicinas para apaciguar ese dolor.”, entonces lloraba, preguntándome “¿Has tenido infección en vías urinarias? ¡Eso duele horrores!”, y se cubría el rostro con ambas manos y con los dedos barrocammente ensortijados. Así seguía... “Tengo miedo de la gente, de que dañen a Violeta. Quiero que siempre este bien y vivir para acompañarla toda la vida, pero sé, es imposible, no estaré, enfermaré de manera terminal y moriré, la dejaré sola, sin mí, sin hermanas, sin nadie...”, no escampaba el llanto, al contrario, se desgarraba, y estaba vieja, pero sana y con trabajo, y Violeta estaba joven, hermosa, fuerte, pero a ella, a la madre de Violeta, la achicaba el miedo al futuro de una manera disparatada, se debilitaba con aquellas tóxicas lucubraciones, así volvía sobre el tema... “Quiera Dios Violeta no conozca la locura, esta locura mía... quiera Dios esto no lo lleve ella como semilla invisible en la sangre, y después, cuando yo no esté, le brote, así como brotan los malestares, de la nada, de un día para otro algo acontece y deseas estos dos brazos te los amarren para no arrancarte los cabellos y la carne, para no arañar las paredes con el fin de botarte las diez uñas...”, yo la miraba y quería reír a carcajadas, pero mejor me lo aguantaba, porque sabía que pasando un rato ella pediría el almuerzo, constanding de dos piezas de pan dulce, dos cafés de olla y dos guisados, todo al doble pues me daba almuerzo a diario. Después todo ese

llanto y angustia lo olvidaría metiéndose el primer bocado de potaje y luego el primer trago de café ardiente a la boca, consiguiendo energía para empezar a cantar fuerte, “Cuántas luces dejaste encendidas, yo no sé cómo voy a apagarlas...”, así día a día, esperando a sus clientes. Había días que llegaban y le hacían la manicura y la pedicura, o iban a peinarla y maquillarla hasta su negocio. Otros días iba y le interpretaba las cartas del tarot un amigo suyo, teólogo y filósofo, mayor que ella, él siempre le decía sus verdades, ese señor llegaba de la mano de su aprendiz, su hija Cynthia de voraces e inconfundibles ojos. También la visitaban las amigas, llegaban al negocio, se sentaban y mandaban traer pulque, contaban cantidad de anécdotas de risa y de misterio, ya después entraban en una catarsis de lamentaciones. “¿Y esta niña por qué no habla?”, le preguntaban de mí a Margo, “Pues porque no quiere.”, contestaba ella.

La accesoria de Margo era oscura, sin ventanas y reducida, apenas cabía todo lo que le habían metido, entre esto unos contados muebles, priorizando la repisa del mostrador para colocar las piezas en bruto que llegaban al negocio. Las paredes estaban cubiertas por cuadros polvorientos, remotos, eran retratos de gente. El acabose fue un día cuando llegué y abrí la cortina de la accesoria. Me dispuse a trabajar, limpiando unas piezas recién llegadas, las cuales acomodé en la curtida superficie de madera del mostrador, tomé una brocha y comencé a retirar las diminutas partículas cubriendo la nueva e impoluta roca. En esto estaba cuando sentí la presencia de alguien, era la señora Margo, repleta de joyas, sin ropa en la parte superior de su cuerpo, ocultaban sus flácidos senos collares y más collares; con los ojos mirando hacia la luz que entraba de la calle, extendió ambos brazos con las palmas livianamente hacia arriba, y me dijo:

—Estimada Lima... me voy. Me hace falta litio, voy a buscarlo.

Y se fue. Yo salí tras ella tratando de detenerla. Poco después cerraron por un tiempo la tienda y yo me quedé sin trabajo.

52

Llevaba dos semanas trabajando en la pasmosa “Petra”, y fue viernes cuando debí quedarme hasta tarde para hacer corte e inventario. La tienda cerró sus seis

entradas a la clientela a las ocho de la noche, quedándonos al interior personal encargado. La puerta secreta permaneció abierta por un momento hasta que las empleadas y los empleados, a quienes no les correspondía quedarse, se despidieron y retiraron. Por un momento, aquel lugar parecía estar vacío, solo yo en la planta alta realizando el inventario, pero no... había más gente, lo que pasa es que aquello era grande y nuestras voces y presencias se perdían. No quería desconcentrarme, ni empezar a tener riesgosas ideas, sin embargo, la antigüedad del edificio se prestaba para imaginar tonterías, se oía corrían de un lado para el otro en el piso siguiente a la planta alta, aquel piso era ajeno a la tienda y seguramente estaba rentado también, debiendo haber movimiento allá, entonces pasé un trago de saliva y continué en lo mío. Al rato se desparramó una bolsa, cayéndose parte del producto empaquetado, quité las manos de donde las tenía para ir a recoger lo que se había caído, en esto estaba, devolviendo a la bolsa el producto, cuando alguien gritó desde la planta baja: “Te buscan Lima.” Creí ya había llegado Oliver a encontrarme para regresarnos juntos a la casa verde, pero aún no concluía, me faltaba poco, pensé en bajar y pedirle al hombre de la armónica me permitiera unos minutos. Bajé... y nadie... ni compañeras, ni Oliver... fui a asomarme por la puerta secreta, ahí el callejón estaba vacío. Mejor subí, me di prisa y terminé. Bajé, me retiré el uniforme, lo doblé y lo guardé en mi bolsa, ¿me iría así, solo cerrando la puerta tras de mí, sin avisarle a nadie?, pues ya no había nadie. Tenía la bolsa al hombro, lista para partir, pero hacía falta dejar el manojito de llaves en la oficina de la planta baja, ahí fui sin pensar en miedo, la gente seguiría por ahí trabajando, aunque yo supusiera lo contrario, dentro de mí repetía... “Oigan, ¿dónde están?”. Aquel era como un mal sueño, sentía la boca llena de un acre y aguado chicle, y al querer abrirla para emitir palabra, no podía, estaba atascada, “No, esto no es un sueño, en la boca tienes saliva, no chicle.”, me dije. La oficina permanecía con luces encendidas, eso significaba que ahí estaba la gente, me tranquilicé, entré y coloqué las llaves en el cajón. Salí de ahí cerrando la puerta tras de mí para dar paso hacia la salida del personal, cuando por allá en alguno de los pasillos de anaqueles oí caer una piedra, había sido una piedra, porque yo conocía el sonido de las piedras al caer, no, no volteé hacia donde provino el ruido, solo abrí al por mayor los ojos cuando escuché... —Querida... —dijo una.

—¿Cansada? —dijo de inmediato la otra.

—... —yo sin voltear...

—Vamos, es viernes...

—... —yo sin voltear...

—Tenemos una fiesta.

—No —contesté firmemente sin voltear.

—Oliver si va... —dijo una.

—Lo hemos convencido... —dijo la otra.

—De hecho, ya debe estar allá —replicó la primera.

Salí corriendo de “Petra”, me puse frígida, con la boca seca, con el corazón a punto de salirse y abandonarme. No quería ser yo. Salí del callejón, y viré a la izquierda sobre la amplia acera de la avenida, no era tarde, pero aquellos sitios de la ciudad se vaciaban antes del anochecer. Rebotada dentro de la confusión pensaba... “por aquí debería estar él... él quedó en venir por mí...”, en esto iba cuando caí golpeándome la cabeza... Soñé o quizá deliré que volaba de noche por toda la ciudad, que era pájaro y me posaba en la orilla de lo más alto de los edificios para descansar y mirar las luces, distribuidas acá, allá, y de nuevo abría alas, enormes para mi cuerpo... de pronto caía al asfalto, levantándome y convirtiéndome en prostituta, buscando con desesperación a alguien. Creí ya estar muerta, y parece que sí.

Al terminar el sueño o el delirio abrí los ojos, vi la luna, traté de mover mis manos y al hacerlo ambas cayeron en un temblor incontrolable, me envolví la cabeza con manos y dedos y tuve la sensación de que podía envolver mi cráneo, junto con la cara, llegándome los dedos hasta la nuca, como si fuese la cabeza de una recién nacida, tuve miedo... manos y dedos habían crecido, tal vez otra no se daría cuenta, pero yo que era la dueña de mi cuerpo lo sabía, me observé con horror aún sentada en la acera. Estaba en esto cuando oí unas zancadas, temí, y como pude me arrastré para esconderme al lado de un muro, permanecí quieta con las piernas pegadas al pecho y la espalda encorvada, sentía una arbitraria cobardía y simultáneamente mucho morbo, decidí mirar con discreción, ahí venía alguien... eran ellas, quedé inmóvil, guardándome la respiración hasta verlas pasar de largo del muro donde yo me encontraba, eran esas dos, altas, muy altas, andando en el centro de la avenida, por donde circulaban los autos, ahí iban como dos estatuas vivas.

53

Tenía que reponerme del miedo, del dolor en la cabeza, efecto del golpe, pues quería saber a dónde se dirigían ellas, pero debía ser cautelosa y moverme con destreza para no ser vista, entonces decidí seguirlas. Se anduvieron caminando durante horas, parecía estaba metida en un sueño, probablemente era el sueño de alguna de ellas, mientras tanto la ciudad estaba vacía. En una esquina se detuvieron y unos montados en motos -eran seis, yo los conté-, quienes por ahí las esperaban, les entregaron un paquete, recibéndolo ellas continuaron su andanza y de vez en vez levantaban los brazos y, con las manos, acariciaban las hojas de las ramas de los árboles. Mi confusión era tal que de verdad me creí dentro de un sueño, miraba mis manos y las empuñaba, la sensación de empuñar me hacía ser capaz de saber que estaba despierta, a pesar de que esas manos ya no parecían ser las mías.

Llegamos por allá, al suroriente, en una de esas colonias pegadas a un cerro lleno de cuevas, por ahí avanzaron, sobre una calle de doble sentido llamada Bahamas, yo me percaté de ese nombre pues el letrero estaba en la esquina, era una calle ancha, limpia, llena de farolas y altísimos pinos, con algunos automóviles estacionados a las orillas, los zaguanes se hallaban escondidos más allá de la acera, las bardas separando unas casas de otras eran largas y altas. Ellas ingresaron a un domicilio donde había un imponente zaguán negro, alguien les abrió la puerta.

Había llegado hasta ahí después de caminar horas, no podía quedarme en medio de la calle, no había un alma. Me vi en una situación crítica, pues ni siquiera sabía cómo devolverme, ni sabía bien a bien en dónde estaba pues nunca había estado ahí; sobre la acera volteaba hacia un lado y hacia el otro, un golpe de morbo me había llevado hasta allí, tanto que no preví medir el peligro al que me estaba exponiendo, ¿y entonces?, el zaguán cerrado, ellas adentro, ¿por dónde entraría yo? No, no podía entrar, debía solo asomarme y ser testigo desde afuera, aunque era invitada a la fiesta, porque según ellas habría una fiesta, además Oliver ya estaba allí, habían dicho en tono amenazante.

Adentro se escuchaba una orquesta en vivo, aquello estaba siendo un festín sui generis. En mi ser se avivaban los impulsos viscerales, la razón se había vuelto humo y se me había salido por las orejas; aquellas mis manos se estaban

volviendo... garras... ¡sí, garras he dicho, señoras y señores: garras! Algo me estaba pasando pues comencé a trepar la barda de la casona con una fuerza y una agilidad inusuales en mí. Ya arriba proporcioné a mi cuerpo, creo transformándose en bestia, cierta incuria al echarme sobre la vastedad del canto de aquella barda de bloques de cantera en bruto, buscando guarecerme de los que pudieran verme, atrás de unos frondosos ramales, desde ese lugar divisé un templete de desgastada madera, donde estaba tocando la orquesta escuchada por un público, además el templete poseía un espacio vacío, supuse para los danzantes, aquel retablo para la música y el baile se hallaba rodeado de coníferas. El suelo era de tierra, irrumpido en su totalidad de lo que caía de los ramales, suelo levantado por la impía pujanza de las raíces donde se alzaban titánicos troncos, raíces rompiendo la tierra y entreverándose a su capricho, creando huecos en los que se captaba el agua de la lluvia, produciendo una especie natural de cuencas fantásticas donde las bestias iban a beber.

Quedé dormida sobre la vastedad del canto, me hallaba extenuada. Rato después la algarabía me despertó...

—“Hey, hey, hey, hey, hey...” —cantaron a coro los hombres de la orquesta, como preludio sin fondo musical al danzón “Elodia”.

Ellas ingresaron a la pista, galanamente emperifolladas, cargadas de alhajas, dominando de forma experta la pesada indumentaria en su danzón, ¡dios qué altas... y entonces con tacones eran realmente colosales! Bailaron solas allá arriba, mientras la gente congregada miraba boquiabierta desde abajo, ante la cautivadora consonancia de aquellos impresionantes torsos con el “ritmazo” de la orquesta, emitiendo descargas de calor y sensualidad, así toda la pieza. Poco antes del final, la gente comentaba aquel momento y bebían en copas un preparado traslucido y espumoso color magenta.

Tuve sed y me arriesgue a bajar del canto de la barda para beber, no de las copas pues no quería ser vista, sino de los pocitos, donde el agua estaba helada, estando ahí hice con mis manos un cazo y de allí bebí. Al irme moviendo, con esmerada discreción, de un lado a otro cubriéndome con los troncos de los árboles, miré que más allá del templete había una casona. Al terminar “Elodia” el público vitoreó, aproveché el alboroto para moverme más rápido, con el objetivo de posicionarme en un lugar mejor, pues observar la reunión no tenía desperdicio.

Instantes después la orquesta tocaba otro danzón, y las dos colosales mujeres habían tomado su lugar principal al lado del escenario en dos “tronos”, uno al lado del otro, las dos cruzaron la pierna hacia el mismo lado, y mientras apoyaban sutilmente el mismo codo sobre los macizos brazos de los “tronos”, los dedos sostenían sus triangulares barbillas. El público había sido invitado a ocupar la pista para realizar sus mejores pasos, mientras tanto ellas observaban, moviendo las pestañas como abanicos, luciendo los amplios y maquillados parpados con un desaforado orgullo, sin bajar la frente en ningún momento, sin ladear la cabeza, dejando las tiaras en lo más alto. Las mujeres no perdían detalle de lo que estaba ocurriendo a sus pies, una de las dos movía la punta del pie de la pierna cruzada, marcando así el ritmo de la música, dejando contemplar su proclive tentación a seguir bailando. El bosque guardaba su oscuridad, me coloqué tras un monolito, exactamente al frente del escenario, me senté un momento en el suelo recargando la espalda en la piedra, levanté la cara para observar el cielo, ahí estaba ese negro abismo puesto sobre todos nosotros y me dio por llorar.

Convincentemente fue el golpe en la cabeza, cuando caí en la acera de la avenida, lo que me mantenía en aquel estado, pues quedé otra vez dormida, no sé por cuánto tiempo. Bruscamente me despertó el sonido de fuegos artificiales, abrí los ojos confundida y alarmada, levanté la cara y justo los fuegos estaban reventando arriba de mí, no podía comprender qué era esa simultaneidad magnánima de colores, luces y ruidos sin fin, tronando de forma consecutiva, así que tapé mis oídos olvidando que debía de guardarme de ser vista. Unos segundos después, cayó una varilla ardiente sobre el monolito que me tapaba, la varilla vino al suelo y advertí su calor cerca de mi carne, por reflejo alejé la pierna, en seguida cayó una varilla más y en su caída pasó atravesando los ramales, aquel contacto hizo chispas, y comenzó el incendio.

Vi cómo inició todo, con aquellas chispas inofensivas haciendo encender el entorno, una rama se partió por el fuego, al caer encendió la hojarasca y aquello ya no paró, se siguió. La gente vino corriendo, y al ver el peligro retrocedían, de pronto entendí que debía perderme entre todos ellos, aprovechar el tumulto, no podía olvidar que estaba ahí en secreto, pues tenía pánico de esas mujeres. Miré a mi alrededor, un hombre vino hacia mí...

—Lima...

—... —entorné los ojos, sin decir nada, intentando recordar al hombre a quien tenía enfrente.

—Qué bueno que viniste —dijo, claro, era uno de los bailarines, pareja de una de las mujeres, además había ido a la fiesta en la casa verde, por eso sabía mi nombre.

—Hola...

—Luis, soy Luis.

—...

—Deberías irte ya.

—No sé cómo irme de aquí —repuse disimulando mi nerviosismo, entonces vi sus ojos llenarse de lágrimas y mirar hacia abajo, se levantó un poco el pantalón, mostrándome sin hablar que en lugar de pies tenía pezuñas.

Quedé absorta y di un par de pasos para retroceder, hasta tropezar con el monolito en el que me había escondido, siendo así todo mi cuerpo volcó hacia atrás y caí, como pude me puse en pie, estar tirada era lo más vulnerable que podía sucederme, debía reaccionar, resguardarme, y comencé a moverme entre todo el alboroto de gente, gente corriendo sobre pezuñas.

—No es cierto, no es cierto... —comencé a gritar, las lágrimas resbalaban hasta el cuello y mi cara iluminada de lumbre, y a veces cubierta por las sombras de los ramales, se hallaba desencajada, un calor infernal me subía desde los tobillos, adueñándose hasta de mis pensamientos, una gota gorda de sudor gélido me corrió por la columna vertebral haciéndome sentir un toque eléctrico, busqué un pocito y ahí me revolqué, sentí un urgente alivio.

Traté de hallar coherencia entre todo lo que estaba aconteciendo, mis sentidos no se daban abasto; comenzó a propagarse un olor a carne quemada y alguien gritó debían llamar a los bomberos, pues aquello era una emergencia. Me dirigí al zaguán, un hombre estaba allí poniendo una tranca, este hombre se dio cuenta de mi presencia y por la forma de mirarme había sospechado mi facha de intrusa, así que vino tras de mí. Eché a correr, a buscar refugio, di con la casona, la rodeé hasta encontrar una entrada, así hallé una puerta, esa puerta daba a un pasillo y en ese pasillo había algunas puertas cerradas, traté de abrir una y otra en vano, sabía que ese hombre venía decidido atrás de mí, así que hacía todo muy apresurada. Algo era evidente: las dimensiones de las cosas en ese lugar no eran

estándar, poseían más volumen, lo relacioné con la estatura de las mujeres, pero en ese momento buscarle una explicación a lo inexplicable me era irrelevante, porque estaba huyendo. Salí del pasillo en línea recta a través de una puerta, al abrirla encontré un gran salón con duela, una barra y lustrados espejos de suelo a techo, visualicé mi imagen en aquella bastedad, me acerqué y me miré. Creo ya no era la misma, con toda certeza mis manos habían cambiado, quise imaginar ese era el resultado del susto que estaba experimentando, olvidé un poco mi desventura pues atendí con fidedigna atracción la pintura de un cuadro, único adorno del salón, era un ungulado con las cuatro patas sobre la viva y fina hierba de un verde tierno, cayendo sobre la bestia una tenue luz quizá los primeros o quizá los últimos rayos del sol, sus ojos habían sido recreados con el tácito cometido de que el espectador se sintiera observado, por poco juzgado; me moví sin dejar de visualizar los ojos del animal, buscando así salir de aquel salón, llegué a unas puertas de desgastado y voluminoso cristal.

Al atravesar las puertas de cristal encontré una estancia con varias salidas, tomé la de la izquierda donde se ubicaba un comedor monumental con dos hileras de sillas, cinco de un lado, cinco del otro, y una silla más a la cabeza de uno y otro extremo. En uno de los lados del comedor, había una pintura que en expansión se llevaba más allá del largo de la mesa, en la pintura había un bosque con arbustos y árboles frutales, un grupo de gente cortando las frutas, otros comiéndolas y compartiéndolas, unos sentados, otros de pie, mientras un venado les miraba echado bajo el único claro del bosque, todo lo demás parecía estar entre sombras. Del lado contrario a la pintura, había una espectacular vitrina repleta de cristalería, la mayor parte eran copas estratégicamente ordenadas y lustradas. En un extremo del comedor había un ventanal y del lado contrario un arco dando a un pasillo. Por el pasillo proseguí, de frente estaba la cocina, a la derecha había otro arco dando a un pasillo más y a la izquierda una puerta de madera arqueada con bisagras, me dirigí a ella y la abrí de par en par, di un paso para estar adentro y sin dejar de mirar la bodeguita en la que me internaba, me encerré.

Desde afuera entraba luz a través de una ventanilla, frente a mí quedó una cadena que halé, entonces de forma intermitente se encendió la luz de una lámpara pendiendo del bajo techo, instantáneamente volví a halar la cadena pues comprendí me podrían descubrir. Estuve quieta ahí, mirándolo todo, entornaba los ojos para

mirar mejor en aquella poca luz, había tanto en ese cuartillo de alacena que me faltaron ojos. Acomodados sobre angostas repisas había frascos y frascos de vidrio transparente, contenían alimentos en conserva como chiles, aceitunas, duraznos, ciruelas, cerezas; otros tantos envases con mermeladas, además latas decoradas que al zarandear parecía sonar en su interior galletas; también había diversidad de refractarios con frutas secas, semillas, cereales, dulces de bola; en un rincón había un hermoso frasquito de cristal, al palparlo sentí relieves de figuras indistinguibles, estaba dividido, lo abrí, prensé con el índice y el medio una varita, supe de inmediato era canela, me la guardé en la bolsa del suéter, pensé podía ser la prueba de que no solo estaba soñando, después metí el meñique en el otro segmento del frasquito, apenas tocando el polvo allí contenido, lo probé con la punta de la lengua, causándome cierto picor, pues también era canela, haciéndome recordar unos chicles rojos que mamá traía tantas veces en el bolso, cerré el frasquito y, cuidadosamente, lo coloqué donde lo había hallado. A la derecha, en la parte de abajo de las repisas, había una canasta rebosante de jengibre, tomé una raíz, no pude evitarlo y le clavé ahí mismo, con enjundia, todas las uñas, que he dicho ya no parecían de humana, me olí, había quedado impregnada...

¿Acaso se habían olvidado de mí?, debía aprovechar, salir de ahí y buscar escapar para siempre de ese extraño sueño, sin hacer ruido salí de la alacena para ir hacia la cocina. En la cocina, en penumbras, vi de frente la barra y sobre la barra una res muerta con los ojos abiertos. Había ahí otro comedor, con sillas desacomodadas y sobre la mesa botellas vacías entre copas. En un rincón, hallé un arcaico recipiente en forma de cubo conteniendo algo, al parecer cera, al meter la punta de los dedos, frotarlos y olerlos supe aquello era manteca. Me acerqué a la ventana, para darme una idea de lo que pasaba allá afuera, se había propagado el humo, en la orilla de la ventana había formada una hilera de macetitas con hierbas... romero, manzanilla, laurel, tomillo y al final dos cajitas de madera con tapa, las cuales destapé, una portaba clavos de olor y la otra, orégano; al lado de las cajitas, dos botellas quizá vinagre y aceite; recargada en el muro de la ventana estaba una mesilla con un contenedor de mimbre atiborrado de cebollas de colores y cabezas de ajos, en la parte de abajo de la mesilla había una garrafa de cristal con agua. De la barra escurría la sangre, y en el suelo se formaron escandalosos ríos colorados...

Era hora de marcharse, a través de la ventana podía verse y escucharse el desastre siguiendo allá afuera. Me moví y encontré dentro de la cocina otras dos alacenas, una frente a la otra, también con puertas arqueadas, de madera y bisagras, entre las alacenas había un pasadizo, ahí percibí un olor a fermentado. El pasadizo terminaba en un par de escalones hacia abajo, dando inicio a un patio con techo y suelo de cemento, ahí se oía un ruido fuerte, bajé y descubrí que era el sonido de una bomba, al lado de la bomba había una tapa redonda donde pegué el oído, aquello parecía ser una cisterna, un tanque subterráneo de agua. Al final de este patio hallé una rejilla, estaba abierta, antes de salir me percaté de un macetón roto el cual albergaba un rosal, ahí entre las rosas desfloradas estaba tejida una delicada y esmerada telaraña, y sobre la rosa más abierta posaba una tarántula. Salí y moví la rejilla que rechinó; afuera había un farol a punto de fundirse, iluminando de forma entrecortada un estrecho callejón yendo en medio de las casonas, consumido por la hierba sin podar, arbolado, con un canal de agua ya desahuciado. De manera infortunada el farol se apagó, quedé definitivamente en medio de la más aplastante oscuridad.

Entornaba los ojos, algo había de ver, el camino pintaba semejante hacia adelante o hacia atrás. Pensé que aquel callejón cubierto de vegetación era alternativo, paralelo a la calle Bahamas, pero me hallaba desubicada, no sabía para dónde avanzar, estaba en esto, tratando de ser razonable, cuando escuché unos pasos venir hacia la rejilla, oí: “¡Afuera!”, era una voz masculina, y al final tiró un líquido queriendo mojar a la intrusa metida en la oscuridad, esa era yo, de inmediato comenzó a oler ácido, a vinagre, cerró la rejilla de un golpe, además se oyó un menear de manojos de llaves y supuse había puesto candado, se fue maldiciendo y blasfemando. Yo quedé ahí, llorando, ¿cómo se le ocurría a aquel hombre maldecir y blasfemar en medio de la oscuridad, acaso no sabía él que me quedaría sola, sin saber cómo irme?!

54

Tanteando no tropezarme, avancé un poco y a lo lejos escuché el sonido grave de una sirena, aquel era el camión de bomberos, no me detuve. Caminé sin tregua en

ese callejón de rebelde hiedra florida, trepada en las bardas y más bardas, límite de las casonas, interrumpidas por rejillas de acero.

¿Y si pedía ayuda en alguna casona?, lo pensé, pero no lo hice, el oler la porquería que ese hombre había lanzado me tenía mal, consternada, mareada, con nauseas, con dolor de cabeza; estaba cansada, mi cuerpo se dobló a la mitad y vomité... al incorporarme vi un gato cruzar el callejón, iba maullando recio, sin percatarse de mi presencia saltó intempestivo subiendo a una barda.

Seguí sin detenerme, y es que ya estaba en el bosque, en medio de los moscos y de los sabinos, apenas me di cuenta entorné los ojos, la cabeza iba a estallarme en pedacitos, estaba sedienta, y en disposición de lamer el rocío enmohecido de las piedras. Seguí, hasta hallar frente a mí la entrada a una gruta, me dirigí ahí, entré y los murciélagos salieron despavoridos... tumbándome. Me desmayé. Soñé la casa verde, siempre sin luz, Damián, Thelma, Bertha, las niñas, Oliver... Soñé que atrás de la res muerta, en la cocina de la casona desde donde yo venía, había una mujer, quien se presentó conmigo: “Soy Bri, debo destazar esto, arreglar la carne, a esta gente le da un hambre en la madrugada... Sal de aquí, por allá.” Y me apuntó hacia donde yo debía salir, me fui dando pasos hacia atrás, no podía dejar de mirarla, ella se encontraba entre sombras, atrás de la res chorreando sangre, una de sus manos estaba sobre el lomo del animal, luego me enderecé hacia adelante, y de tumbo en tumbo di con una estancia donde había un piano y encima del piano las dos altísimas mujeres se hallaban sentadas, estaban fumando, abanicando arteramente las pestañas, me miraron de arriba abajo de forma macabra, en ese momento supe que estaba soñando.

Desperté, abrí los ojos. La luz del amanecer entraba por la boca de la cueva, esas rocas y estalactitas trasminando la humedad formaban caras y cuerpos demoniacos, retadores, pendencieros. Me vi, me había vuelto una bestia, estaba tirada boca abajo, abatida, sin moverme me vi las garras cubiertas de hormigas, llevándose en fila los remanentes de jengibre; un poco más allá, pero a mi alcance, yacía algo que apenas gimí, afilé certera las garras y entonces... me lo tragué entero.

